



OTRA
VEZ TÚ

Alice Kellen



OTRA VEZ TÚ

Alice Kellen

OTRA VEZ TÚ

2014. Alice Kellen. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra.

Derechos de imagen: es.fotolia.com

Si deseas ponerte en contacto con la autora:

-Email: alicekellen7@gmail.com

-Twitter: [@AliceKellen_](https://twitter.com/AliceKellen_)

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

11

12

1

Elisa dejó tres mojitos en la mesa y parte del líquido, de color verde intenso, se derramó sobre la superficie. Me giré para coger una servilleta y advertí que, para los dueños de aquel antro caribeño, unos tristes trozos de celofán eran un lujo innecesario del que se debía prescindir.

Hannah arrugó su pequeña naricilla cuando rozó la húmeda copa con los dedos. Era raro verla en aquel ambiente, teniendo en cuenta que parecía un ser angelical e inocente recién caído del cielo; no me sorprendería que el día menos pensado brotasen unas alas de su espalda. Presumiblemente, la hazaña más peligrosa que había realizado a lo largo de su vida, fue visitar a un amigo que residía en Brooklyn. Solía relatar aquel episodio cuando iba algo achispada, con los ojos brillantes de emoción, como si aquel día hubiese escapado de una banda de narcotraficantes armados con varias AK-47.

Sin embargo, aquello había ocurrido años atrás. Con el paso del tiempo, las tres habíamos cambiado mucho y, a pesar de nuestras diferencias, seguíamos siendo grandes amigas. A decir verdad, estaba convencida de que el hecho de que fuésemos tan distintas era el verdadero secreto de nuestra duradera amistad. No se me ocurría ninguna otra teoría válida.

Hacía dos noches que habíamos llegado a California. Siempre había fantaseado con vivir allí en algún momento y, aunque mi trabajo en la editorial me impedía cumplir tal propósito, pasar veinte días de vacaciones bajo el sol junto a mis dos mejores amigas, superaba con creces todas mis expectativas. A pesar de que tenía una edad considerable —¡sabía que el final estaba cerca, pues en apenas unos años traspasaría la barrera de los treinta!—, durante aquellos días me había sentido de nuevo como una quinceañera. En plan viaje de amigas unidas. En plan molamos mogollón. En plan... en fin, supongo que pilláis lo que intento decir.

Elisa había propuesto hacer aquel viaje, alegando que estaba muy nerviosa por su inminente boda —que se celebraría en septiembre— y que necesitaba tomarse un tiempo para sí misma, antes de embarcarse en una nueva etapa de su vida. Yo no había puesto ninguna objeción porque, al fin y al cabo, nada excepto mi trabajo me ataba a Nueva York y ya había planeado pasar las vacaciones tirada en la cama, comiendo helados y batidos de EJ's Luncheonette mientras volvía a ver de forma compulsiva —y por cuarta vez consecutiva— la serie *Friends*.

Hannah había tenido que consultar con sus padres el plan de pasar las vacaciones en California, a pesar de que tenía veintisiete años y hacía siglos que se había independizado, mudándose a un lujoso ático en la avenida más transitada de Nueva York. Supongo que tener unos controladores padres millonarios también tenía sus desventajas. Bueno, ¿qué digo?, en realidad creo que son billonarios con <, o multimillonarios. Debería mirar en un diccionario las diferencias entre esos términos, aunque la idea principal queda clara: pasta suficiente como para tirarte en la cama desnuda y lanzar billetes verdes al aire estilo escena cutre de película de sobremesa.

—Está un poco fuerte —Hannah tosió, dejando el mojito sobre la mesa.

—¡No digas tonterías! —Elisa ondeó una mano en alto, tras beberse casi la mitad de su copa de un trago—. Me encanta el toque mentolado.

Hannah arrugó nuevamente su diminuta nariz —era el único gesto carente de elegancia que se permitía hacer a sí misma, a pesar de que su madre solía amonestarla por ello—, y rebuscó en su bolso hasta sacar un folleto turístico y depositarlo con sumo cuidado frente a nosotras.

—He pensado que mañana podríamos ir a la playa, ¿qué os parece? —su uña, pintada de un brillante esmalte rosa, repiqueteó sobre la idílica imagen que se veía en el folleto—. Al parecer, las playas que están frente a nuestro bungalow son de las mejores de toda la zona.

—¡Sí! ¡Quiero tostarme al sol como si no hubiese mañana! —exclamé.

—¡Ni hablar! Compraremos una sombrilla —Hannah me miró fijamente—. ¿Sabes lo perjudicial que es el sol para la piel?, ¿quieres tener un montón de manchas en cuanto cumplas los treinta?

Suspiré mientras Elisa reía. Cuando su móvil comenzó a sonar, se disculpó explicando que era Colin y salió del local. En realidad, siempre era Colin, su maravilloso e increíble prometido. Elisa había tenido la suerte de tropezar con el único prototipo masculino decente que quedaba sobre la faz de la tierra. Esperaba que procreasen pronto, expandiendo una nueva raza de hombres perfectos aunque, cuando eso sucediese, éstos me llamarían <<tía Emma>> y yo tendría la piel repleta de manchas de color café por no haber seguido los consejos de Hannah.

—¿En qué estás pensando? —Hannah se apartó con delicadeza algunos mechones de su sedoso cabello rubio.

<<En los extraordinarios hijos que tendrán Elisa y Colin>>

Descarté admitirlo en voz alta.

—En que si no quieres un mojito, puedo ir a pedirte otra cosa.

No hacía falta que Hannah dijese lo cohibida que se sentía en aquel local caribeño atestado de gente. Probablemente, su aventura en Brooklyn acababa de convertirse en una saga, cuya segunda parte se titulaba <<Peligro en un antro de mala muerte>>.

—¿Lo harías? —abrió excesivamente sus ojos azules.

Asentí con la cabeza.

—¡Gracias, Emma! —sacó la billetera de su bolso, pero denegó su ofrecimiento—. Tomaré un San Francisco.

—Genial —me terminé de un solo trago lo que quedaba de mi mojito—. ¡Qué sean dos!

Arrastré la silla hacia atrás para levantarme torpemente e intenté avanzar entre el gentío. Jamás había estado en un pub similar, ni que se le pareciese de lejos. En Nueva York, los locales solían ser sofisticados y aunque había todo tipo de gente —¿para qué mentir?—, podía asegurar que el noventa y nueve por ciento de los clientes solían ir vestidos. Ese nimio detalle no parecía ser un requisito en California.

Había numerosos chicos sin camiseta y jóvenes en biquini. Las que no iban en bañador, llevaban unos minúsculos pantaloncitos de tela vaquera o cinturones que usaban a modo de falda. Sonaba una música caribeña de fondo —no podía distinguir si era salsa, bachata o algo similar— y un sinfín de sudorosos cuerpos se movían a un mismo ritmo, rozándose entre sí. El ambiente destilaba sexo. Era como si todos los clientes de ese bar llevasen escrito en la frente <<Fóllame, ¡fóllame!>>

Definitivamente, al lado de aquellas adolescentes desenfundadas, ya no me sentía como una quinceañera, sino más bien como una anciana senil a punto de palmarla. Mi fantasía juvenil acababa de ser aniquilada de un modo cruel.

Respiré hondo mientras apartaba de mi camino a otra chica medio desnuda y conseguía llegar hasta la barra. En eso consistía ese local, en tener que hacer malabarismos para poder pedir una copa. No, los camareros no se acercaban a tu mesa con una libretita y te atendían amablemente; eran los clientes quienes debían lograr —no sé cómo, todo sea dicho— que uno de los bronceados camareros te prestase atención durante un segundo de su valiosísimo tiempo.

Mientras estaba en la barra, con los antebrazos apoyados sobre la superficie de madera oscura, me pregunté si Elisa habría terminado la conversación telefónica con su inmejorable novio. No estaba segura de que Hannah pudiese sobrevivir sola en aquel lugar durante más de cinco minutos.

—¿Qué te pongo, preciosa? —preguntó un camarero, sin dejar de preparar alrededor de diez mojitos a un mismo tiempo, con los vasos colocados sobre la barra formando una larga fila recta.

Le miré asombrada. Es decir, tenía entendido que los hombres no podían hacer más de dos cosas a la vez, pero ese espécimen me estaba hablando... mientras movía las manos... Guau. Impresionante. Seguro que habría hecho un máster en hostelería o algo similar.

—Dos San Francisco.

—En seguida —contestó al tiempo que cogía varios vasos más del estante.

Permanecí muy quieta, como si fuese una estatua de hielo, ajena a la marabunta de gente que saltaba y bailaba animada a mi espalda. ¿Desaparecerían todos si cerraba los ojos y contaba hasta diez?

Definitivamente no, dado que alguien me estaba tocando el trasero.

Me giré bruscamente y aparté la mano del intruso de un manotazo. Un chico joven, que tenía el cabello muy rubio, sonrió y se tambaleó hacia un lado sin dejar de mirarme.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tocarte el cu...

No pudo terminar de pronunciar su *elaborada excusa*, puesto que un desconocido se abalanzó sobre él y la espalda del joven chocó contra la barra de madera, volcando a su paso varias bebidas recién preparadas, antes de que lograra escabullirse y huir corriendo como si acabase de ver la muerte muy de cerca.

Me froté las manos en los pantalones vaqueros, algo nerviosa.

—Oh, bueno, gracias, pero no era necesario ser tan...

Me quedé muda cuando mi supuesto *salvador* alzó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Literalmente, dejé de respirar. Y estaba segura de que, a diferencia del chico que acababa de escapar, yo sí moriría de un momento a otro, por eso que dicen de que los humanos necesitamos oxígeno y tonterías varias para seguir con vida.

Porque os aseguro que, cuando hace más de un año que no ves a tu ex

prometido y te lo encuentras de sopetón, no-puedes-seguir-respirando. Da igual lo mucho que te esfuerces por hacerlo, especialmente si él continúa mirándote fijamente con sus encantadores ojos azules y, pasados unos instantes, te dedica su sonrisa más irresistible.

Y creedme, es verdaderamente la MÁS irresistible. Sé de primera mano que solía ensayarla frente al espejo, después de afeitarse por las mañanas, y que la utilizaba constantemente desde en sus entrevistas de trabajo, hasta para conseguir reservar mesa en los restaurantes más inaccesibles de Nueva York. Era un valor añadido al que recurría con frecuencia.

A mí también me hubiese parecido irresistible, si no fuese porque le odiaba profundamente como nunca, jamás de los jamases, había odiado a nadie más. Ni siquiera a los guionistas de *Perdidos* les guardaba un rencor semejante por ese cuestionable final de la serie.

Cuando Alex dio un paso al frente, acercándose más, mi cuerpo reaccionó de forma autómatada dando un paso atrás. Y después otro paso más, otro y otro... hasta que mi espalda chocó contra un taburete y me obligué a frenar. Fue entonces cuando me pregunté por qué estaba huyendo, ¿era él quién debía sentirse avergonzado!

—Los San Francisco ya estaban servidos. Tendrá que pagarlos —exigió el camarero, mientras limpiaba con un trapo el líquido que se había derramado por la barra.

—¿San Francisco para ti? —Alex me señaló y alzó las cejas en alto—. Bien. Yo pago. Ponga otros dos. Y para mí un ron con cola —le dijo tras tenderle el dinero. Cuando el camarero volvió a sus quehaceres, me escrutó con la mirada de los pies a la cabeza, sin ningún tipo de disimulo—. No sabía que te gustase el San Francisco.

Puse los ojos en blanco.

—Eso confirma mi teoría de que nunca has sabido nada de mí —farfullé, intentando controlar la rabia que parecía bullir en mi estómago. Dios, ¡quería matarle! Tenerle enfrente me convertía en una asesina en potencia—. Pero gracias por tu interés, de todos modos.

En realidad, todavía no había probado ese cóctel, así que teóricamente no podía saber a ciencia cierta si me gustaba a o no, pero una mentira tan insignificante no hacía daño a nadie. Existía tan solo un 50% de posibilidades de que tuviese razón y ese porcentaje me parecía más que suficiente.

Alex se giró ligeramente para guardarse la cartera en el bolsillo de los vaqueros y aproveché el momento para echarle un rápido vistazo. Seguía teniendo el mismo cabello negro, brillante y despeinado, que contrastaba con sus ojos azules. Vestía una camiseta de color gris oscuro que se ceñía a su perfecto torso —dolía admitirlo, sí— y la única diferencia con el Alex que tan bien conocía, era que éste estaba más bronceado.

Bien. Tendría manchas en apenas un par de años. <<Jódete, Alex. El sol actúa en consecuencia con el karma>>.

Sonrió cuando me pilló mirándole.

Mierda.

—¿Qué estás haciendo aquí, Emma?

Me encogí de hombros.

—Pasar el rato, supongo.

No era la mejor contestación, dado que vivía en la otra punta del país. Pero tampoco era la mejor pregunta por su parte, si también tenemos en cuenta que la última vez que lo vi él residía en mi misma ciudad. ¿Qué hacía Alex allí? Ni idea. Pero me importaba entre cero y nada, aproximadamente.

Alex rompió la escasa distancia que nos separaba y maldecí interiormente al descubrir que utilizaba la misma atrayente colonia que, tiempo atrás, conseguía volverme loca. Ese tipo de increíbles colonias masculinas, que emanan testosterona sin ton ni son, deberían ser ilegales.

Algún día escribiría un informe detallado sobre el daño irreversible que tales diabólicos aromas causan en las mujeres. ¿Existía en la Casablanca un buzón de sugerencias o algo similar para aquellos ciudadanos que nos atrevíamos a alzar la voz? Vale, puede que a Obama no le importase, dado que tenía un pene, pero seguro que la Primera Dama estaría encantada de leer mi opinión y hacer algo al respecto.

—En serio, Emma —insistió. Y oh Dios, odiaba su encantador modo de pronunciar mi nombre—. ¿Qué demonios haces en California?

—¿Por qué no me dices tú qué es lo que haces aquí?

—No, no me creerías —rio estúpidamente—. Además, tu maravilloso ego estallaría en mil pedazos.

—¿Cómo dices?

Atisé la barra del local, a la espera de encontrar algo punzante. Quizá el tenedor que había más allá pudiese valer, a pesar de que estaba demasiado alejado y debería inclinarme sobre la barra si quería alcanzarlo.

Eso dolería, ¿no? Lo de que le clavase un tenedor, digo. En el estómago. Así ninguna otra chica podría dormir plácidamente sobre su torso, al menos durante unas semanas, hasta que la herida sanase. ¡Dios, divagaba!

—Digo que no podrías soportar que las cosas me fuesen bien, ¿verdad? —se inclinó más hacia mí—. Porque ya sabes, tal como solías repetir unas cuatrocientas veces al día, soy demasiado inconsciente e impulsivo como para ser constante en algo.

—Sí, cierto. ¡Me lo demostraste claramente cuando huiste una semana antes de nuestra boda! —grité, perdiendo el control.

¡A la mierda todo!

En ese momento pude salir de mi cuerpo, a modo de revelación espiritual, para verme a mí misma desde un punto objetivo, montando una escena digna de cualquier loca psicópata. O de una novia despechada que, en esencia, viene a ser prácticamente lo mismo.

Era un alivio que aquel local fuese tan ruidoso y que nadie más pareciese oírme o prestarme atención. Alex pestañeó, haciéndose el sorprendido, como si acabase de descubrir que, oh, sí, me dejó plantada a escasos días de subir al maldito altar. Me pregunté si debía aplaudirle por su tardío descubrimiento.

—¡Joder! ¿Tú te estás oyendo? ¡Me pediste que me marchase! —exclamó, alzando ligeramente los brazos. La vena en su cuello se tornó más visible, siempre empezaba a palpar furiosamente cuando se cabreaba—. ¡Dijiste que querías cancelar la boda!

—¡Dije muchas cosas a lo largo de nuestra relación y jamás me hiciste caso! —le recordé—. Y ésa, ¡ésa fue la PRIMERA Y LA ÚLTIMA VEZ QUE HISISTE LO QUE TE PEDÍ!

Cogí los dos San Francisco, que llevaban un buen rato sobre la barra, y di media vuelta dispuesta a fingir que no me había encontrado con Alex y que, por el contrario, todavía llevábamos un año y dos meses sin vernos. Era lo mejor. Eliminaría el recuerdo de los últimos veinte minutos de mi vida y seguiría adelante. No volvería a mirar atrás. Nunca. Nunca. Nunca.

Alex me cogió del brazo y me obligó a girarme hacia él.

El contacto de sus dedos sobre mi piel parecía quemarme, como si de una reacción química se tratase. Y estaba tan guapo... Y olía tan bien... ¡Y le odiaba tanto...!

—¿Realmente no querías que me marchase? —preguntó casi en un susurro, mirándome fija e intensamente—. ¿No dijiste en serio lo de

cancelar la boda?

Me debatí interiormente durante unos instantes. Dado el trágico final de nuestra relación, ¿servía de algo admitir ahora la verdad? No, definitivamente no.

—Lo dije en serio, Alex —contesté, tras lo que pareció una eternidad—. Ya lo sabes, lo nuestro estaba... destrozado. Son cosas que pasan, supongo.

¿Por qué demonios sus dedos continuaban sobre mi brazo? Estaba casi segura de que éste se había tornado de color rojo, a causa del calor que su piel parecía desprender, y de que moriría por combustión espontánea de un momento a otro. Al menos, había un 30% de posibilidades de que eso sucediese.

—Vale, de acuerdo —Alex se llevó al cabello la mano que tenía libre, despeinándose todavía más—. ¿Y qué estás haciendo aquí? Dímelo, por favor.

No sé si fue por el tono suave de su voz, por el hecho de que lo pidió <<por favor>> o porque su cercanía conseguía marearme, pero finalmente aflojé las riendas y noté que mi enfado disminuía alrededor de un 20%.

—He venido de vacaciones, durante veinte días —tragué saliva despacio—. Con Elisa y Hannah.

Exactamente tal y como lo recordaba, sus labios se fruncieron ligeramente en cuanto pronuncié el nombre de mis dos mejores amigas. Porque, aunque era un misterio para mí descubrir la razón, Alex siempre las había detestado a las dos.

¿Lo más curioso de todo? Ellas le adoraban.

O al menos lo hacían, antes de que me dejase tirada una semana antes de casarnos.

Independientemente de este hecho, él siempre había estado convencido de que en realidad le odiaban cuando, no, no era cierto. Sin embargo, dado que Alex jamás cambiaba de opinión cuando una idea se incrustaba en su cabeza como una garrapata, con el paso del tiempo había dejado de intentar explicarle lo mucho que ambas le apreciaban. Era inútil. Era como hablar con una maldita pared, con la excepción de que algunas paredes producen eco y, al menos, eso puede considerarse como una especie de respuesta.

—Así que de vacaciones... —nos miramos en silencio—. ¿Y dónde te hospedas?

Y ese era el momento exacto en el que debía decir una frase brillante como, por ejemplo, <<Alex, eso no es de tu incumbencia. Además, un latino de metro noventa me está esperando ahora mismo en la cama. Tengo que irme. Chao. Pásalo bien>>. Lanzar el típico beso al aire podía ser el perfecto toque final.

Pero por el contrario, dije:

—En el bungalow 47, al final de esta misma calle.

Él me mostró su famosa sonrisa irresistible, seguramente siendo consciente de que acababa de anular y pisotear toda mi brillantez. Aunque algo tardío, conseguí recuperar la compostura.

—Lo siento, pero me están esperando las chicas... —Alex apartó su mano de mi brazo y el frío que sentí me golpeó de súbito—. Espero que todo te vaya bien.

Asintió, sin murmurar ni una palabra, y yo seguí mi camino, preguntándome por qué no dejaban de temblarme las piernas y haciendo un análisis mental sobre cómo la vida de una persona puede trastocarse desde los cimientos en apenas veinte miserables minutos.

2

—Es increíble, ¿cuántas posibilidades existen de que te cruces con tu ex prometido, teniendo en cuenta que en Estados Unidos hay más de 313 millones de personas? —Elisa abrió la cortinilla azul del salón, permitiendo que los débiles rayos matutinos penetrasen e iluminasen la acogedora estancia.

—Menos de un 1,01%. Necesitaría una calculadora para sacar los decimales correctos —respondí pensativa, echa un ovillo en el sofá.

—Emma, no lo decía de un modo literal. No es necesario que calcules constantemente los porcentajes de todo —me sirvió una taza de café.

—¡Es el destino! —gritó Hannah, radiante de buena mañana. A ver, ¿cuántas personas cuando se despiertan tienen bucles dorados y perfectos en el pelo? Su cabello siempre era como una dichosa cascada de oro.

Elisa terminó de preparar su café y se sentó junto a nosotras en el sofá. Señaló a Hannah con el dedo, con su típica actitud de <<soy abogada, soy invencible, soy la lucha contra el mal>>.

—No olvides que la dejé —recordó duramente. Seguramente pudo ver cómo mi corazón volvía a partirse en mil pedazos por la compungida expresión de mi cara—. Tranquila, Emma. Hemos hablado de esto muchas veces durante el último año. Lo tienes superado. Si sobreponerse a una ruptura fuese una oposición, tú saldrías la primera de la lista con matrícula de honor.

Bien, debo admitir que eso no era del todo cierto, aunque agradecía lo bien que Elisa mentía, así podía creérmelo momentáneamente y sentirme una mujer fuerte e independiente.

En realidad, la ruptura me había dejado totalmente destrozada. No siempre me veo como la típica víctima, pero la situación que había tenido que vivir, cuanto menos, resultaba bastante irónica; o eso era lo que habitualmente solían decir mis compañeras de trabajo. Me explico:

Mi trabajo en una de las editoriales más prestigiosas de Nueva York, consistía en ser editora de la línea Rose, que era donde catalogábamos las novelas de temática romántica. Y básicamente me designaron el puesto porque había leído la mayoría de los libros románticos que existían en el mercado, desde clásicos hasta históricos e incluso eróticos. Todo. Era como una especie de esponja dispuesta a absorber cualquier historia con una buena dosis de amor.

Sin embargo, a pesar de mi pasión por el género, nunca me había

considerado una persona excesivamente enamoradiza, básicamente porque un tal Alex Harton me robó el corazón cuando apenas tenía ocho años, impidiendo que pudiese entregárselo a nadie más.

Alex era el mejor amigo de mi hermano mayor. La primera vez que vino con él a casa y lo vi, en fin, ya sabéis, miles de mariposas aletearon en mi estómago, sentí un nudo en la garganta y bla bla bla. Fue todo muy idílico. El único problema era que él tenía cinco años más y, por consiguiente, me trataba como a una chiquilla mocosa, y probablemente bastante pesada, dado que mi juego preferido consistía en perseguirles a ambos allá donde fuesen e intentar, desesperadamente, inmiscuirme en sus vidas.

Cuando cumplí los doce, mis esperanzas aumentaron tras un episodio que ocurrió frente a mi casa. Un niño bastante repelente, llamado Frank Willes, se burló de mi pelo, asegurando que parecía un chico. En cierto modo tenía razón, dado que mi *querida* madre había decidido cortármelo ella misma, en el garaje, y el resultado había sido como si llevase un casco en la cabeza.

Alex estaba esperando en la puerta de casa a que mi hermano saliese para irse a dar una vuelta, apoyado en su motocicleta como si protagonizase un anuncio de desodorante masculino, y escuchó el comentario de Frank. Sin mediar una palabra, le cogió del brazo y lo arrastró unos metros más allá, impidiéndome oír la conversación que mantuvieron.

No sé qué le dijo exactamente, pero sí sé que durante dos cursos consecutivos, Frank se comportó como si fuese un eficiente sirviente y yo la mismísima reina de Inglaterra.

Poco después de que ocurriese aquel incidente, Alex se marchó a la universidad. Cinco años más tarde, yo también seguí ese mismo camino y me mudé a Nueva York.

No fue hasta que estaba a punto de terminar la carrera cuando nos encontramos en un pub del centro. Cuando le vi, sentado en una de las mesas y riendo junto a varios amigos, tuve que reconocerme a mí misma que seguía enamorada de él. Y que probablemente, siempre lo estaría.

No era un encaprichamiento meramente platónico e infantil. Yo sentía cada poro de mi piel vibrar cuando él estaba cerca; era una sensación tan intensa que daba vértigo. Cada uno de sus gestos me llamaba a gritos, su forma de caminar, su característica media sonrisa, el brillo inquieto de sus

ojos...

Había estado con otros chicos, no lo niego. Tuve buena compañía durante el baile de graduación, en el instituto. Más tarde, ya en pleno apogeo universitario, salí con algunos durante cortas temporadas. Con unos me divertí, con otros tuve una conexión a un nivel más espiritual... pero con ninguno llegué a sentir ese vuelco en el estómago tan intenso que te deja casi sin aliento. Bueno, con uno sí. Con él. Con Alex.

El reencuentro fue algo brusco. Como estaba tan nerviosa no me atrevía a saludarle así que, cuando pasamos por su lado, Elisa me dio un fuerte empujón —ella siempre tan táctica—, lanzándome sobre él. Supongo que, al menos, debí <<impactarle>>, literalmente hablando.

Pasados unos instantes de confusión, me reconoció como la acosadora hermana de su mejor amigo —eso era un poco humillante, conste en acta—, me invitó a una copa y estuvimos hablando hasta que nos echaron del local porque iban a cerrar.

Una semana más tarde, me llamó preguntándome si quería acompañarle a un concierto de rock, asegurándome que tenía dos entradas y nadie con quién compartirlas. Sobra decir que ni siquiera recuerdo el nombre del grupo al que fuimos a ver, especialmente porque estuve sumamente ocupada mirándole embobada, pero sí sé que fue una de las mejores noches de mi vida.

A partir de ese día, comenzamos a quedar con más frecuencia. Normalmente, si era por la noche, Alex solía acompañarme hasta la puerta del minúsculo piso de estudiantes que, por aquel entonces, compartía con Elisa. Una de las tantas noches que salimos, nos despedimos en el rellano y cerré la puerta cuando vi que él comenzaba a descender las escaleras del edificio para marcharse. Suspiré agotada, incapaz de moverme; siempre me sentía así tras estar con Alex, como si él fuese un furioso huracán que me arrebatara toda la energía.

Un minuto después, cuando todavía no me había movido de la puerta, llamaron al timbre. Pensé que se habría olvidado algo en mi bolso, pues habitualmente le guardaba alguna cosa, pero no me dio tiempo a preguntárselo. Lo único que vi, antes de que sus labios encontrasen los míos con desesperación, fue que el azul de sus ojos se había oscurecido, como el cielo cuando se avecina una tormenta.

Alex siempre conseguía que todo fuese sumamente intenso e inesperado. Siguió siendo así mucho tiempo después de aquel primer beso

en la puerta de mi apartamento, incluso cuando ya llevábamos cuatro años saliendo juntos y más de uno conviviendo en un confortable piso a las afueras de Nueva York. El simple hecho de que me mirase, me hacía temblar por dentro.

Pero todo aquello ya era historia, ¿no?

—¿Por qué siempre tienes que ser tan fría? —le reprochó Hannah a Elisa, antes de mirarme—. ¡Tengo una idea!, ¡deberíamos leer el horóscopo a ver qué dice!

—Sí, genial, un modo infalible para solucionar todos los problemas —musitó Elisa con ironía—. Y después podemos ir a comprar un poco de cuerno de unicornio para hacer la poción de la felicidad.

—Chicas, la realidad es más simple: no tengo ningún problema —sonreí, esforzándome por aparentar despreocupación—. Seguramente no volveré a cruzarme con Alex. Estamos de vacaciones, ¡y me muero de ganas por estrenar mi nuevo bikini! Así pues, ¡en marcha!

Terminé de tomarme el café con leche y corrí hacia mi habitación, dispuesta a encontrar el fantástico bikini rojo, que había comprado la semana anterior, entre las docenas de prendas que había metido a presión en la maleta. Un día de playa, relajante y tranquilo, era exactamente lo que necesitaba para que todo volviese a la normalidad.

Estaba colocándome la parte superior del bikini, cuando llamaron al timbre de la puerta.

Quizá el señor Harrigan, el hombre que se encargaba del alquiler de los bungalós, se hubiese molestado al fin en traernos las toallas que le pedimos en cuanto llegamos.

El timbre sonó una segunda vez.

Me dirigí hacia el salón, al tiempo que enlazaba un último nudo en la zona del cuello, molesta porque ninguna de mis amigas se dignase a abrir la puerta.

—Oh, joder —murmuré, tras toparme por segunda vez consecutiva con los azules ojos de Alex en apenas unas horas.

A la luz del día, todavía tenía mejor aspecto. Una tortura, vamos. En secreto, cuando nos reencontramos con nuestras antiguas parejas, todas anhelamos descubrir que se han quedado medio calvos y les ha salido una prominente barriga inamovible, pero desgraciadamente no era el caso.

—Buenos días para ti también.

Sonrió y me miró descaradamente.

Entonces recordé que había abierto la puerta en biquini. Genial.

Era imbécil. ¿Por qué me estaba sonrojando? ¡Alex me había visto desnuda mil veces! En todo tipo de lugares, en todo tipo de posturas... Bien, eso no ayudaba a disipar el rubor que me cubría las mejillas.

—Estás increíble. En serio.

—Gracias. Tu madre no pensaba lo mismo —escupí de pronto.

¿Qué narices me pasaba? Era como si un montón de pensamientos y recuerdos negativos invadiesen mi mente. Solo quería vomitar toda esa aura de maldad y cerrarle la puerta en las narices.

—¿Cómo puedes acordarte ahora de eso? —frunció el ceño—. Además, lo único que mi madre dijo fue que tenías un cuerpo curvilíneo.

—Lo cual se traduce por: eres una maldita vaca y no mereces estar con mi fantástico hijo.

Inconscientemente, me llevé una mano al estómago.

—Sigues comportándote como una psicópata.

Puse los ojos en blanco y sujeté con fuerza el marco de la puerta, hasta que se me quedaron los nudillos blancos.

—Vale, genial —le mostré la sonrisa más falsa de mi repertorio de <<falsas sonrisas>> que solía utilizar a todas horas con mis compañeras de trabajo—. ¿Algún motivo especial al que debo el honor de que estés aquí?

—En realidad, sí —curvó el labio hacia arriba y se le marcaron los hoyuelos—. Pensé que... dado el tiempo que ha pasado... podríamos... no sé, ¿salir a desayunar juntos?

—Un año, dos meses y catorce días.

—¿Qué?

—El tiempo que ha pasado desde que rompimos.

—Ah, sí, vale —se rascó la nuca distraído—. Lo que intentaba decir es que podríamos intentar ser amigos. En caso de que hayas superado lo que ocurrió, claro.

—¡Por supuesto que sí! —mi voz sonó ligeramente aguda, como si de un momento a otro fuese a cantar ópera—. Lo superé la sexta semana. Todo un logro, si tenemos en cuenta que el 80% de las mujeres tardan más de medio año en seguir adelante con sus vidas. Sí, el proceso fue... bastante tranquilo. Elisa suele decir que saqué matrícula de honor en el examen de ruptura de pareja.

Reí con nerviosismo mientras él enarcaba las cejas. ¡Qué alguien me cerrase la boca, por favor! Era como si no pudiese dejar de hablar. No sé

por qué me desequilibraba tanto su presencia.

—Típico de Elisa —farfulló—. Tan adorable como de costumbre.

Nos sumimos en un silencio incómodo.

¿Qué se suponía que debía decir? <<¡Eh, estás muy moreno! ¡En apenas unos años tendrás la piel llena de manchas, gilipollas!>> No, no parecía lo más adecuado.

Recurrí a las estadísticas. Es algo que nunca falla. ¿Te quedas sin tema de conversación? Di algo interesante, de algún asunto mundano con el que todos puedan sentirse identificados. Nadie comprueba finalmente si lo que has dicho es cierto o no. Además, a todo el mundo le apasionan los datos.

—¿Sabes que la probabilidad de tener hemorroides es de una entre veinticinco?

Alex sonrió y sus ojos adquirieron un brillo fugaz bajo la luz del sol. El aire desapareció de mis pulmones y, durante unos instantes, me sentí extrañamente animada por haberle hecho feliz, como si estuviese participando en un programa de la televisión por cable y fuesen a darme puntos extra por mi hazaña o algo similar. Me obligué a recordar detalladamente lo mucho —muchísimo— que le odiaba.

—Veo que sigues recurriendo a las estadísticas cuando te pones nerviosa —comentó, sin dejar de sonreír—. Ahora que ya has roto el hielo con tu fórmula infalible... ¿desayunamos?

Cogí mucho aire de golpe.

Era una lástima que él conociese todos mis trucos.

—¡Sí, perfecto! Espera aquí, salgo en un momento.

En cuanto cerré la puerta y me giré, descubrí a mis dos amigas espiándome deliberadamente. Ambas fingieron no haberse percatado de lo ocurrido. Es más, Hannah sostenía una revista al revés.

—¿Vas a estrenar tu bonito biquini rojo o al final han surgido otros planes más interesantes? —preguntó Elisa con cierto retintín.

—No dramaticemos, tan solo es algo informal. Será rápido, estaré aquí antes de la hora de comer.

Caminé hacia la habitación y ambas me siguieron a toda velocidad.

—¡Tengo razón!, ¡es el destino! —Hannah se llevó una mano al pecho—. Además, acabo de leer tu horóscopo, ¿quieres saber lo que dice? —se colocó bien el escote de la camiseta y continuó hablando sin darme tiempo a contestar—. Asegura que algo increíble va a suceder en tu vida y

que una persona de tu pasado tendrá mucho que ver con ese hecho.

—Hasta un mono manco podría escribir la sección de los horóscopos —Elisa rodó los ojos al tiempo que me arrebatava el veraniego vestido que acababa de sacar del armario—. No olvides que te partió el corazón. Puedes optar a algo mejor, Emma.

Me llevé los dedos al puente de la nariz y presioné con fuerza, intentando calmarme.

—¿Crees que tengo intención de volver con él?

—Eso parece —repiqueteó con el pie sobre el suelo, cruzada de brazos.

—¡Y es tan romántico! —Hannah se dejó caer sobre la cama como en las películas adolescentes. Hubiese estado bien, de no ser porque las tres teníamos ya veintisiete años y la escena parecía... ¿rara?

—No existe ni un 1% de probabilidades de que eso ocurra —le aseguré—. Jamás le daría una segunda oportunidad. Confía en mí, Elisa. Sé de lo que hablo.

Hannah estaba tan apenada que pensé que lloraría de un momento a otro. Era como un cervatillo inocente en medio de una cacería. Vale, sí, admito que *Bambi* traumatizó mi infancia. Siempre quise denunciar a la compañía *Disney* por todos los daños irreparables que causó a mi cerebro.

—¿Entonces por qué demonios quedas con él?

—Porque Alex piensa que no lo he superado, ¿lo entiendes? —me metí el vestido azul por la cabeza y, tras alisarlo con las manos, me observé en el espejo de la habitación—. Me mira desde su altar de superioridad con esa sonrisita de idiota, convencido de que la ruptura fue por mi culpa y de que me merezco mi desgraciada vida. Tan solo quiero demostrarle lo increíblemente feliz que soy sin él. Es más, puede que hasta me invente que tengo novio.

—¡Pero eso sería mentir! —Hannah abrazó con fuerza la almohada.

—Hannah, eres muy madura —farfulló Elisa—. ¿Ves? Acabo de mentir. No pasa nada, todos lo hacemos constantemente —me miró—. Me parece genial lo de decirle que tienes novio.

Me planteé no hacerlo, dado que no era buena señal que a Elisa le gustase la idea. La quería mucho, pero en ocasiones era demasiado malévola —como con Hannah, por ejemplo—, seguramente porque tras tantos juicios e historias de papeleos se había ido convirtiendo en la típica abogada terrorífica. Y creedme, en los juzgados era temida hasta por los

asesinos en serie. No tenía rival.

—Chicas, me tengo que ir —cogí un pequeño bolso veraniego de muchos colorines—. Pasadlo bien en la playa. Llevo el móvil encima, por si necesitáis algo.

Hannah comenzó a saltar en la cama. Sus enormes pechos —naturales— se movían de un lado para otro de un modo hipnótico. Cualquier tío hubiese pagado más de cien pavos por ver semejante espectáculo.

—¡Dale recuerdos a Alex de mi parte! —exclamó.

—Claro, ¡lo haré!

Salí por la puerta, intentando no pensar en que la palabra más bonita que Alex le había dedicado a Hannah había sido <<descerebrada>>. Por supuesto, mis amigas no tenían por qué saber lo mucho que él siempre las había detestado, ¿para qué meter cizaña? Un año atrás, cuando todavía estábamos juntos, solía fingir que Alex las apreciaba tanto como si fuesen sus hermanas pequeñas. Y ellas lo creían. Era una mentirosa sin remedio.

—Esto de esperarte durante horas mientras te arreglas me trae recuerdos —musitó en cuanto avanzamos por el pedregoso camino de la entrada.

—A mí me trae recuerdos oírte protestar sobre lo mucho que tardo en arreglarme. Así que estamos en paz.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me quedé dormido en el sofá porque tenías que cambiarte los pendientes? Decías que no combinaban con el vestido que llevabas o no sé qué historia. Era demencial.

Tragué saliva despacio. Claro, por supuesto que no me había olvidado de aquella noche. No por los pendientes que finalmente escogí —unos de color esmeralda, largos, con pequeñas incrustaciones de oro blanco—, sino porque fue el día que me propuso matrimonio.

Me engañó, asegurándome que cenaríamos en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, y pasé toda la tarde decidiendo qué modelo ponerme. Unas horas después, tras recorrer las calles de Nueva York en un coche de caballos a lo *Carrie Bradshaw*, descubrí que había preparado una cena romántica en Central Park, a la orilla del lago, con el típico mantel de picnic a cuadros rojos y blancos y velitas repartidas por todo el césped...

No era sano rememorar todo aquello, no.

Alex se subió a una moto que había aparcada en la acera y me miró sonriente.

—¿Piensas robarla? —reí tontamente.

—Es mía.

Esto... eh... no, no, no.

—Sabes lo mucho que odio las motocicletas —dije entre dientes, pronunciando lentamente cada una de las palabras.

—Exacto. Esa es la razón por la que no tenía una cuando estábamos juntos —apoyó el codo en el manillar—. Pero cuando lo dejamos pensé, ¿por qué narices no puedo tener algo que me encanta?

—Bien, me alegro por ti —di un paso hacia atrás mientras balanceaba el bolsito de colores—. Ahora, si no te importa, me marcho a la playa con mis amigas. Qué pases un buen día, Alex.

Comencé a caminar de nuevo hacia el bungalow. Escuché el ronco sonido del motor al arrancar e instantes después él estaba a mi lado, montado en su fantástica y brillante motocicleta.

—Iré despacio, Emma —me aseguré—. Iré tan despacio que pensarás que vamos en bicicleta.

—No. Imposible —reí nerviosa—. ¿Sabes cuántas posibilidades hay de palmarla en un accidente de moto? ¡Infinitas!

—¡Vamos, no seas gallina!

Presioné los labios, intentando no caer ante su provocación. Sabía cómo era Alex, me presionaba constantemente, enviando ondas de tensión hasta que finalmente me hacía estallar.

—Si lo que realmente te pasa es que no has superado lo nuestro, puedes decírmelo. Lo entiendo —bajó el tono de voz—. De verdad que puedo comprenderlo, Emma. No te preocupes, con el tiempo lo verás todo de un modo diferente. Créeme, a mí me ocurrió.

¿Sabéis que la probabilidad de que la Tierra sufra el impacto letal de un asteroide en los próximos 100 años es de 1 entre 5.000? Si a esa ecuación le añadimos el hecho de que el mencionado asteroide debería caer sobre la cabeza de Alex, ¿cuáles son las posibilidades?

Dejé de caminar, cogí mucho aire de golpe y alzando una pierna en alto, me subí en la parte trasera de la motocicleta. Vibraba. De pronto, todo mi cuerpo vibraba, tanto por su presencia, como por el cacharro sobre el que acababa de montar. Era una sensación espeluznante. Alex se giró, con una estúpida sonrisa de suficiencia, y me abrochó el casco. Antes de que pudiese incorporarse a la carretera, le pellizqué el brazo.

—Te advierto una cosa: si en algún instante, por pequeño que sea,

sobrepasas los treinta kilómetros por hora...

—¿Qué ocurrirá si lo hago? —preguntó socarrón.

—No sé, no sé —medité, llevándome un dedo a la barbilla—. Todavía tengo por casa ese video que grabamos... sí, ése en el que salíamos ambos con poca ropa.

—¿En serio? —se movió hacia atrás, hasta que su espalda chocó contra mi pecho—. ¿Y no podrías enviarme una copia?

—Sí, por supuesto. Y también otra a tu madre —apunté—. Tengo entendido que le encantan las películas de acción. Además, así podrá criticar cada centímetro de mi cuerpo a conciencia. Puedes enseñarle a congelar la imagen en el video, para que me estudie desde todos los ángulos.

Alex soltó una carcajada y comenzamos a avanzar lentamente por la carretera, cerca de la cuneta, dejando que los demás coches nos adelantasen. Me esforcé por separarme todo lo posible de su cuerpo, pero no era una tarea sencilla dado el escaso espacio que había.

Casi me sorprendió que cumpliera su palabra. Durante todo el camino, mantuve la vista fija en la carretera, a pesar de que a la derecha se veía la preciosa zona de la costa, a la espera de que él acelerase de un momento a otro, lanzándonos a ambos por los aires. Pero no ocurrió. Cuando bajé de la moto, seguía viva. Era un milagro.

Entramos en un típico restaurante de playa y nos acomodamos en la terraza. El camarero saludó a Alex como si le conociese de toda la vida y ambos pedimos el desayuno popular que, en resumen, consistía en un sinfín de grasas saturadas y alrededor de tres mil calorías por cabeza.

Olía a sal marina y la brisa del mar soplaba ligeramente, revolviéndome el cabello. Debía admitir que el lugar tenía su encanto. Los ojos de Alex eran de un azul casi tan intenso como el color del mar que teníamos enfrente.

Apoyó los antebrazos sobre la mesa, cogió un palillo y comenzó a moverlo entre sus dedos. Había olvidado que, cuando estaba sentado, normalmente necesitaba tener algo en la mano. Cualquier cosa. En ocasiones se entretenía con mi pelo, mientras veíamos una película, enroscando y desenroscando un mechón de cabello entre sus largos dedos.

Sacudí la cabeza, expulsando de golpe aquel recuerdo.

—Y dime, ¿qué tal está Cereza? —preguntó.

Qué cuestión tan... interesante.

Cuando llevábamos un mes viviendo juntos, decidimos tener una mascota. Alex quería un gato, pero a mí me parecía demasiada responsabilidad —y ni hablar de tener un perro—, así que finalmente conseguimos llegar a un acuerdo, tras arduas discusiones que parecían no tener fin, y decidimos comprar un hámster.

Le llamamos Cereza. Nunca tuvimos claro si era hembra o macho, pero como su pelaje era totalmente de color blanco, se nos antojó como un signo de feminidad.

Lamentablemente, Cereza murió tres días después de que nuestra relación se rompiera. En serio. Fue increíble. ¿Habéis visto esos artículos de periódico donde los dueños de algunos animales explican que éstos no pueden superar la marcha de un ser querido? Algo similar le ocurrió a Cereza. Murió porque se atragantó con una de sus pipas. Y aunque nunca lo admitiré en voz alta, estoy segura en un 95% de que la culpa la tuvo Alex, porque fue él quien se largó, a fin de cuentas. Pobre Cereza. Pobre.

—Está bien —mentí—. Feliz en su jaula, como siempre. Comiendo sin parar.

Alex me miró fijamente mientras el camarero dejaba el ingente desayuno sobre la mesa. Cuando éste se marchó, comencé a untar un panecillo con mantequilla.

—Emma, estás mintiendo.

—¿Qué?, ¿por qué dices eso? —reí. Una risa estrangulada, de esas que se te quedan atascadas en la garganta.

—Sé cuándo mientes. Dejas de pestañear.

—¿Perdona? Oh Dios, definitivamente no me conocías en absoluto. Tuvimos suerte de que surgiese esa... esa discusión imprevista y que cancelásemos todos nuestros planes de futuro —comencé a divagar—. ¿Sabes cuántas probabilidades hay de que alguna vez aciertes en algo que esté relacionado conmigo? ¡Ninguna!

Alex se frotó la incipiente barba.

—No te esfuerces. Sé a ciencia cierta que no pestañeas mientras estás mintiendo. Y eso es exactamente lo que has hecho mientras hablabas de Cereza.

Negué con la cabeza, masticando un trozo de huevo frito.

—Al menos podrías tener la decencia de admitir que nuestro hámster la palmó.

—Dejó de ser <<nuestro>> en el momento que te marchaste. Y pasó a

ser <<mi>> hámster. Y sí, vale, ahora está en un lugar mejor con otros muchos roedores felices, ¡pero fue por tu culpa! No pudo superar la ruptura —tosí, atragantándome—. Contrariamente a lo que me ocurrió a mí, por supuesto.

Suspiró.

—No hacía falta que lo dijese en voz alta. Sé que cualquier desgracia que ocurra en tu vida siempre es por mi culpa —se señaló a si mismo con el dedo—. Soy omnipresente. Soy el único hombre capaz de asesinar hámsteres a distancia. Es un don que Dios me dio.

El desayuno me estaba dando ganas de vomitar. La situación me resultaba familiar. Típico de nosotros, salir a pasar un buen rato, al lugar más relajado sobre la faz de la tierra, y terminar discutiendo sobre quién mató a Cereza.

—Este sitio es genial. Muy bonito —dije, intentando cambiar el rumbo de la conversación—. Así pues... ¿cómo te trata la vida?, ¿a qué te dedicas ahora?

Y por ahora me refería precisamente a eso, <<ahora>>, no ayer o la semana anterior, dado que Alex solía cambiar de trabajo casi mensualmente, como poco, alegando que se aburría rápidamente de sus quehaceres. Como si los demás seres humanos nos levantásemos todos los días a las seis de la mañana pensando: <<¡Oh, qué genial!, ¡otro día más de maravilloso trabajo! ¡Espléndido! ¿Qué sorpresas me deparará el día? ¡No puedo esperar para subir al maloliente metro atestado de gente e ir al curro!>>.

¿Pero había servido de algo decírselo? No. Es más, había sido uno de los temas por los que más discutíamos. Según él, no comprendía su pasión, sus ansias de descubrir nuevos horizontes que explorar, sus... sus tonterías, básicamente.

—Tengo una empresa.

—¿Cómo?

Me incliné sobre la mesa. Estaba segura de haber escuchado mal.

—En la empresa ofrecemos cursos de surf para turistas y residentes que quieren iniciarse en ese deporte —detalló, con un tono extrañamente profesional—. Y me gusta. No sabes cuánto. Te sorprenderá saber que abrí la empresa dos meses después de nuestra ruptura y... sigue en pie. El negocio no podría ir mejor.

Fruncí el ceño. Tenía que ser una broma.

—¿Puedes volver a explicármelo todo?

Alex rio, satisfecho ante mi desconcierto.

Menudo idiota. Pues vale, pues bien por él. Tenía una empresa de surf, ¿y...? Yo era editora de un prestigioso sello editorial. Pasaba veinte horas al día leyendo estúpidas novelas de amor que llenaban de fantasías y mentiras la cabeza de miles de mujeres inocentes.

Nota mental: ¿Cuántas vidas habría arruinado por culpa de las novelas que publicaba? ¿Cuántas mujeres ingenuas estarían ahora abrazando uno de esos libros, con lágrimas en los ojos, mientras miraban a sus incompetentes maridos tirados en el sofá con una cerveza en la mano?

—Ahora vamos a expandirnos un poco. Hace unas semanas, decidimos abrir una tienda enfocada a los deportes acuáticos. Así podremos recomendar a los clientes nuestros propios artículos. Todavía estamos buscando un local adecuado, pero la cosa marcha bien.

Proseguí comiendo, masticando lentamente el desayuno, temiendo que me saliese una ulcera o algo parecido. Pero me alegraba por él, ¡claro que sí! Era genial que Alex hubiese seguido con su vida tan fácilmente. Estupendo. Solo había tenido que eliminarme de su entorno para que todo le fuese a las mil maravillas.

—Emma, ¿estás bien?

—Sí, claro.

—¿Qué opinas de la empresa? Di algo, al menos.

—Oh, cierto —me tapé la boca para tragar—. Creo que es increíble. Te lo mereces, en serio. Me alegro mucho por ti.

Alex dejó a un lado su servilleta y se recostó sobre el respaldo de la silla. La brisa del mar sacudía su cabello.

—No estás pestañeando.

—¡Por supuesto que sí!

Batí las pestañas rápidamente y Alex rio. Tenía una sonrisa perfecta, de esas sinceras, esas que nacen de un modo natural y que van acompañadas de una mirada significativa. No se trataba de su irresistible sonrisa, aquella que ensayaba de buena mañana frente al espejo, ésta era la verdadera, la que tiempo atrás solía dedicarme cada día.

—Deberías haber creído en mí... en algún momento —comenzó a decir, de pronto mostrándose más serio de lo que era habitual en alguien tan despreocupado como él—. Yo siempre te apoyé en todo. En todo —repetió, perdido en sus pensamientos.

—¡Yo creía en ti! —protesté—. Es decir, casi siempre. No era fácil, ¿vale? Variabas de opinión constantemente, tenías ideas nuevas cada semana...

Nos quedamos ambos en silencio, incapaces de continuar hablando. El camarero trajo otra cestita de pan y la depositó delicadamente sobre la mesa.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, sin decirnos nada, sin mirarnos, sin tocar el pan recién horneado, tan solo observando fijamente el ondulante mar y escuchando el melancólico sonido que las olas producían al romperse en la orilla.

En un momento dado, advertí que me sentía relajada a pesar de que Alex estaba enfrente y, durante unos segundos, creí ver cómo hubiese sido mi vida si todavía continuásemos juntos, pasando unas idílicas vacaciones en California, tan solo nosotros dos...

—Entonces, ¿tú estás bien? —me sobresaltó cuando habló, sacándome de mis ensoñaciones. Sus ojos se clavaron en los míos—. ¿De verdad?

Me esforcé por pestañear.

—Sí. Estoy perfectamente.

3

No volví a ver a Alex durante los siguientes cuatro días. Fue como si todo lo ocurrido, el encuentro en aquel antro caribeño y el desayuno a la mañana siguiente, nunca hubiese sucedido realmente. ¿Era posible que todo fuese fruto de mi imaginación? Casi me habría convencido de ello, de no ser porque tanto Elisa como Hannah me seguían el juego, especialmente esta última.

Y aunque parecía plausible que me hubiese vuelto loca, estaba segura de que si realmente así fuese, Elisa me daría una torta —bastante potente—, para hacerme despertar de mi letargo y comentar después: <<Lo siento, tenía que hacerlo. Era necesario>>.

Pero a lo que iba: Alex se había esfumado.

La sensación de pérdida me resultaba extrañamente familiar.

¡Jodido cabrón sin corazón...!

Aunque no me importaba que hubiese desaparecido. En absoluto. Para nada. Cero resentimientos. Ce-ro.

—¿Por qué no vamos a esa cala que nos recomendó la chica de la oficina de turismo?

Hannah comenzó a revolver los múltiples papeles que había sobre la diminuta mesa del salón. Se había apropiado de tantos folletos en tan solo seis días, que parecía probable que las imprentas de todo el país se hubiesen colapsado por el exceso de trabajo.

—Te prohíbo que cojas más propaganda turística —dije en tono amenazante—. Y además, esa cala está a más de media hora a pie, ¿quieres que te salgan manchas por caminar bajo el sol?

—¡Oh no, Santo cielo! —Hannah se llevó una mano al pecho—. Cogeremos un taxi. Y luego podemos comer en el restaurante que anuncian en esta revista. Aquí dice que Madonna y otros muchos famosos suelen ir allí habitualmente.

—No todas somos millonarias —le recordó Elisa.

—Querrás decir billonaria. Con <> —corregí.

—No os preocupéis. Yo invito —nos mostró su radiante sonrisa.

Por primera vez en mucho tiempo, Hannah estaba en lo cierto. Hacía un calor sofocante y hubiese sido una tortura ir a pie hasta aquella maravillosa cala. Porque sí, era increíble. Tenía una forma ligeramente ovalada y estaba delimitada a ambos lados por irregulares rocas bañadas por la espuma de las olas. Incluso estando a una distancia considerable, se

distinguía que el agua era totalmente cristalina, como si nos acabásemos de *teletransportar* al caribe. Lástima que a nadie se le hubiese ocurrido plantar unas cuantas palmeras aquí y allá, un poco de vegetación le hubiese dado un toque más exótico.

En cuanto colocamos las toallas sobre la arena, advertí la presencia de numerosos surfistas que practicaban giros imposibles entre las olas.

Mala señal.

Tampoco quería mostrarme demasiado paranoica. Estaba al tanto de que el surf era uno de los deportes más populares en California. El hecho de que en aquella cala no cupiese ni una maldita tabla más, no significaba nada, ¿cierto?

Me obligué a pensar en el restaurante donde más tarde comeríamos. Si Madonna solía ir por allí de vez en cuando, no parecía descabellada la idea de que Brad Pitt se dejase caer por el famoso local, así de pasada, así como quien no quiere la cosa. El plan de aquel día me pareció de pronto más interesante de lo esperado en un primer momento.

Gasté más de la mitad de la crema protectora, untándome todo el cuerpo con esmero. Si pretendía mantener una futura relación con Brad Pitt, debía empezar por evitar las manchas. Era una regla básica.

Tardé en darme cuenta de que no se absorbía. Daba igual cuanto frotase, seguía teniendo las piernas blancas, repletas de la pegajosa sustancia, y no quería ni imaginar en qué estado se encontraría mi rostro. Me giré para observar a Hannah, totalmente estirada sobre la toalla de playa, impecable. Su piel debía de tener una textura especial que sí podía absorber la crema. Bien por ella.

—Tienes que intentar encontrar el equilibrio, ¿entiendes? —musitó una voz a mi espalda. No me resultó familiar. Tenía que calmarme, ¡seguro que había cientos de empresas de cursos de surf en California! Ja, ja, ja. Estaba loca.

Control. Relax. Emma, céntrate.

—Exacto. Concéntrate en tu cuerpo y no pienses en nada más.

Mierda.

Esa voz, ligeramente más ronca que la anterior, sí la conocía perfectamente.

Intentando no hacer ningún movimiento brusco, como si estuviese en plena misión de investigación detectivesca, conseguí coger las gafas del bolso y ponérmelas disimuladamente. Una vez estuve segura de que no

podría reconocirme —es el inmenso poder que tienen unas simples gafas con los cristales ligeramente tintados—, ladeé la cabeza hasta encontrarle.

Los cuatro primeros detalles que pillé al vuelo:

A) Alex no llevaba camiseta.

B) Hablaba con una chica rubia de metro ochenta. Impresionante. No pesaría más de 47 kilos, obviando el hecho de que solo sus pechos superarían los 10 kilos.

C) ¿Por qué no llevaba camiseta? Estar en la playa, a treinta grados, no era una excusa.

D) ¿Qué narices hacía hablando con esa... esa... modelo? ¿Y por qué ella se reía tontamente mientras le tocaba el brazo?

—Emma, ¿estás bien?

Elisa se incorporó, al tiempo que apartaba la camiseta que minutos atrás se había puesto sobre el rostro, para protegerse del sol. Hannah también abrió los ojos y se ahuecó la zona del escote con una elegancia innata.

—Sí, perfectamente. Como una piña fresca.

—¿Cómo una piña fresca? —Elisa entrecerró los ojos cuando me miró—. ¿Y por qué hablas en susurros?

Maldita sea, siempre me hacía sentir como si estuviese subida al estrado del tribunal constitucional de justicia y fuese juzgada por haber atropellado accidentalmente a un inocente gatito que jugaba por la calle intentando cazar una colorida mariposa.

¿Queréis saber cuánta gente sufre accidentes automovilísticos por intentar esquivar animales?, ¿no? Mejor, porque no tengo ni idea y no me apetece seguir inventándome más estadísticas.

—¿Ese chico de allí no es Alex? —preguntó Hannah señalándolo con el dedo.

¿Por qué?, ¿POR QUÉ? ¡Un poco de compasión!

—Sí, pero no digas na...

—¡ALEX!, ¡ALEX, AQUÍ! —gritó como si estuviese loca. Os aseguro que el tono de su voz era tan agudo como el de la sirena de una ambulancia. Al menos, el 50% de los bañistas nos miraron.

Y por supuesto, Alex se incluía en aquel porcentaje.

En cuanto se giró, mostró su sonrisa irresistible. La falsa.

La modelo rubia que tenía al lado frunció el ceño cuando él le dio la espalda y comenzó a caminar hacia nosotras. Intenté frotarme las piernas,

con la esperanza de que la crema desapareciese mágicamente, pero era inútil. Al parecer, había que estudiar una ingeniería para saber cómo narices ponerse el protector solar.

Después, todo sucedió muy rápido.

Hannah le abrazó. Alex hizo una mueca de asco y pareció esforzarse por no vomitar sobre su hombro. Cuando le tocó a Elisa el turno de saludar, le estrechó la mano con decisión. El apretón duró una eternidad, mientras ambos se retaban con la mirada como si fuesen dos altos ejecutivos de la competencia luchando fervientemente por cerrar el contrato de sus vidas.

Relax. Calma. Control.

Cuando fijó la vista en mí, sonrió —seguramente por el hecho de que era un bote andante de crema solar—, y me acarició la cabeza cariñosamente, como si fuese un buen perro obediente.

Una de las cosas que más me sorprendió de aquel encuentro fortuito, fue que Alex se mostró extrañamente educado. Siempre se le había dado bien fingir. Era un actor de primera. Les explicó a mis amigas lo que estaba haciendo allí, todo el rollo de su increíble empresa, bla bla bla. El hecho de que la vida le iba fantásticamente bien, bla bla bla. El detalle de que se estaba tirando a una modelo que tan solo tenía curvas en los pechos, bla bla bla.

Vale, eso último no lo dije, pero tampoco hacía falta ser Sherlock Holmes para deducirlo.

Y no era de mi incumbencia.

No me importaba ni un 1%.

Cuando propuso que participásemos en el curso de surf que estaba a punto de empezar, Hannah estuvo a punto de llamar a la Casablanca para que lanzasen fuegos artificiales. Dejando a un lado su bendita inocencia, ¿no era un poco desleal que adorase al hombre que me había destrozado la vida?

Aunque probablemente, yo debería haber dado ejemplo evitando quedar con él, cosa que no fui capaz de hacer.

Gracias a Dios, Elisa se molestó en preguntar mi opinión antes de aceptar el plan.

Alex ya había empezado a explicarnos detalladamente en qué consistiría la clase de iniciación, cuando la modelo se acercó y posó sus largos dedos sobre el hombro de mi prometido.

Perdón. Ex prometido. Eso era exactamente lo que quería decir.

Típico error sin importancia.

—¿Cuándo empezamos la clase, profe?

Escuchad, en la vida existen muchas maneras diferentes de pronunciar la palabra <<profe>>, que según indica mi diccionario corresponde al diminutivo cariñoso de <<profesor>>. Bien, llegados a este punto de comprensión, <<profe>> puede sonar como <<¡Venga, va, profe, déjanos salir cinco minutos antes!>> a modo suplicante. O estilo <<¡Jo, este profe es un pelmazo!>>, intentando mostrar hastío. Y luego se conoce que hay una variable que se pronuncia con un tono ligeramente aniñado que se suele utilizar en situaciones así: <<Profe, he sido una chica muy, pero que muy mala. Va a tener que castigarme...>>.

Ése último era exactamente el tono en el que se había especializado la rubia que tenía enfrente.

—Samantha, en esta clase irás con Gael —le indicó, señalando a un chico mulato, que estaba unos metros más allá y llevaba el cabello afro.

Juro que Samantha hizo un puchero antes de caminar hacia el tal Gael dando pequeños saltitos. ¿Y para qué? La silicona carecía de movimiento, era un hecho científico, no me lo estaba inventando.

Seguimos a Alex hasta una de las casetas de madera que había al otro lado de la playa y esperamos pacientemente mientras él sacaba tres tablas gigantes de surf.

—¿No podrías darme la rosa de ahí detrás? ¡Es tan divina! —preguntó Hannah.

Oh Dios, ¿vomitaría Alex o lograría sobreponerse?

—No. Es demasiado pequeña —explicó con calma. Me pregunté si llevaría todo un año empapándose de filosofía zen—. Y como sois principiantes necesitáis unas tablas más grandes. Quizá la próxima vez puedas coger la rosa, ¿de acuerdo? —añadió, como si mi amiga tuviese una mentalidad de cinco años de edad y él fuese un padre sumamente comprensivo.

—¿Y no podemos llevar trajes de neopreno? —insistió Hannah.

Alex parpadeó y se mantuvo en silencio durante unos instantes.

—No es necesario, pero si es lo que queréis... —suspiró—. Entrad en la caseta y hablad con Roxane.

Mis amigas desaparecieron en el interior de aquel pequeño cuadrado de madera y yo me quedé allí, sujetando mi tabla con fuerza, sintiéndome un tanto estúpida.

—¿No quieres neopreno?

Negué con la cabeza.

—¿Eres consciente de que tienes la cara completamente blanca?

Alex sonrió, extendió la mano y me frotó la mejilla con delicadeza, inclinándose hacia mí más de lo estrictamente necesario.

Calma. Control. Relax.

—Sí, lo sé. Leí en un artículo que era súper importante untarse bien de crema. Aunque pueda parecer excesivo, así a primera vista, es primordial si no quieres que en el futuro te salgan manchas en la piel porque...

Dejé de hablar cuando los dedos de Alex rozaron mis labios. Ante el brusco silencio, él pareció volver en sí y dio un paso atrás.

—También tenías crema en la boca —se excusó, y pareció aliviado cuando divisó a mis amigas saliendo de la caseta, enfundadas ambas en unos profesionales trajes de neopreno.

Punto uno: hacer surf no es una tarea sencilla.

Punto dos: fui la única de las tres que no logró subirse a la dichosa tabla.

Punto tres: a Alex parecía divertirse que fuese una zopenca.

—Emma, tienes que tratar de incorporarte en un solo movimiento —me repitió—. Procura caer con los dos pies a la vez, uno delante y otro atrás, pero sin empujar la tabla.

Tanto Elisa como Hannah estaban algo más alejadas y ésta última había entablado una conversación con Gael, que daba clases a otro grupo de principiantes.

—¿Y no puedo simplemente tumbarme sobre la tabla? —le pregunté, sujetándome al extremo de ésta y moviendo los pies bajo el agua como si estuviese en una bicicleta. Siempre había oído que era bueno para la circulación.

Alex desapareció de mi vista cuando se sumergió en el agua. Genial. Me encantan ese tipo de bromas, ¿se nota la ironía? Pasados unos segundos de espeluznante calma, su mano me rodeó un tobillo y me arrastró hacia abajo. Por puro instinto, me abracé a su cuerpo antes de lograr salir de nuevo a la superficie y tomar una gran bocanada de aire.

Estaba rodeándole el cuello con los brazos y su rostro se encontraba tan cerca, que podía distinguir cada una de las gotitas de agua que pendían de las negras pestañas que enmarcaban sus ojos azules. Me obligué a respirar, al tiempo que bajaba la mirada hasta observar aquellos labios

tan... tan... perfectos. ¿Cómo era besar a Alex? Ya apenas podía recordar esa sensación con total exactitud... Aunque estaba casi segura de que primero venía un cosquilleo, seguido de un calor sofocante y una sensación de urgencia.

Cuando sus manos descendieron hasta acariciarme el estómago y la cintura, tomé consciencia de la electrizante sensación que seguía provocándome y le solté con brusquedad. Alex me miró fijamente y respiró hondo.

—¿Sabes que las probabilidades de que te ataque un tiburón son de una entre once millones? —dije y reí con nerviosismo, al tiempo que me agarraba a mi tabla de surf como si fuese la salvación.

Él estiró la mano y me apartó del rostro un mechón de cabello.

—¿Qué haces más tarde? —¡sus ojos eran tan cristalinos bajo la brillante luz del sol!—. Tengo algunas cosas tuyas por casa que me llevé por error y me gustaría dártelas, aprovechando que estás por aquí...

Nota mental: odiaba encarecidamente a Alex Harton.

—Sí, claro. Por supuesto —intenté sonreír—. Ya va siendo hora de que me devuelvas mis pertenencias.

Ja, ja, ja. Qué divertido.

(¿Se entiende la ironía? Siempre me quedo con la duda).

—¿Te vendría bien que pasase a recogerte sobre las siete? —pequeñas gotas de agua se escurrían por su frente—. Hoy tengo turno doble de trabajo.

Comencé a subirme a la tabla de surf con cierta dificultad, sintiéndome como una morsa intentando alcanzar las rocas.

—Sí, me parece bien —contesté, al tiempo que me enzarzaba en una batalla campal contra la gravedad para lograr sentarme sobre la maldita superficie y distanciarme de él todo lo posible—. Estarás ocupado castigando a Samantha —añadí en un susurro.

—¿Qué has dicho?

—Oh no, nada —sonrisa falsa en tres, dos, uno...—. A las siete estaré lista.

4

Alex llegó a las siete y veinte.

Tarde, como siempre.

Él sabía lo mucho que me molestaba su impuntualidad habitual. Estaba segura de que lo hacía a propósito, seguramente con la intención de hundirme psicológicamente o para demostrarme que no tenía ninguna prisa por verme. Eso guardaba cierta lógica.

En cuanto abrí la puerta, intenté encontrar en su rostro algún signo esclarecedor que me indicase si se había pasado toda la tarde practicando sexo desenfrenado con una modelo.

—¿Qué estás mirando? —se rio.

—¡Nada! —caminamos hacia su dichosa moto—. ¿Qué tal el trabajo?, ¿muy agotador?

—Sí, desde luego.

Y entonces hizo algo que tiempo atrás odiaba pero que, por alguna misteriosa razón, en ese momento provocó que se me empañasen los ojos. Movi6 el cuello a un lado y después al otro, haciéndolo crujir para, a continuación, estirar los brazos y la espalda.

Vale sí, era una soberana tontería, pero ese mísero gesto envolvía numerosas cosas. Le relajaba y siempre solía hacerlo antes de sentarse en el sofá, al caer la noche, cuando por fin nos quedábamos a solas, hablábamos de nuestras cosas, nos reíamos de tonterías y planificábamos lo que haríamos el siguiente fin de semana, a pesar de que jamás llegábamos a cumplir ninguno de esos elaborados planes.

Subí en la motocicleta y Alex siguió al pie de la letra lo acordado, evitando circular a más de treinta kilómetros por hora. Cuando paramos en un semáforo en rojo, se giró levemente.

—Puedes sujetarte, Emma.

—¿Sujetarme a qué?

—A mí —me cogió ambas manos y rodeó con ellas su cintura—. ¿Te sientes más segura? Quizá así podamos ir a más de treinta, ¿no te parece?

No, no me lo parecía. Pero como si tuviese dos personalidades en un mismo cuerpo, contesté:

—Vale. Puedo probar a ver qué tal...

Alex fue acelerando poco a poco, progresivamente, sin dar grandes tirones o cambios bruscos. En un momento dado, cerré los ojos y me deleité con el aire, que olía a sal y mar, y acariciaba mi rostro a causa de la

velocidad. Era extrañamente liberador. Creo que, durante diez placenteros minutos, no pensé absolutamente en nada.

Y eso era bueno, teniendo en cuenta que el 80% de los pensamientos que me acechaban solían ser negativos.

Tan solo cuando el ruido del motor se extinguió, advertí que habíamos llegado a nuestro destino. Permanecí un largo minuto sentada sobre la moto, sin soltar a Alex, admirando la acogedora casita blanca que teníamos enfrente.

Era similar a las otras casas que formaban una línea recta frente al paseo; apenas unos metros de distancia nos separaban de la arena de la playa. Tenía las ventanas de madera pintadas de un color azul pastel y una fina cortina blanca ondeaba en el ventanal del piso superior.

Yo siempre había soñado con tener una casa similar. Se lo había repetido a Alex desde que tenía uso de razón. Es más, ambos solíamos fantasear con que, tras unos cuantos años de duro trabajo, dejaríamos atrás el ajetreo de Nueva York para mudarnos a California y vivir tranquilamente frente a la costa, bajo el brillante sol... Bueno, al menos uno de los dos había logrado cumplir sus sueños.

—¿Qué te parece? —preguntó Alex, tras bajar de la moto, haciendo tintinear las llaves entre sus dedos.

—Es preciosa —admití, muy a mi pesar.

Él sonrió, pero la alegría no llegó a sus ojos.

Cuando entramos en la casa, descubrí que era exactamente como la había imaginado: apenas había muebles, tan solo los estrictamente necesarios. Los colores eran claros, grises, blancos y algún toque de azul no demasiado estridente.

Esperó pacientemente hasta que terminé de analizar el salón, observándome con cautela desde la puerta de lo que parecía ser la cocina, apoyando la cadera sobre el marco de ésta.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Vale —se frotó el mentón—. Subamos. Tus cosas están arriba.

Le seguí por las escaleras, intentando no mirar su trasero, hazaña complicada dado que lo tenía justo enfrente de las narices y era bastante tentador. Respiré hondo cuando Alex empujó la puerta de lo que parecía ser una especie de trastero. Se hizo a un lado, dejándome pasar, y abrió las ventanas de madera, permitiendo que la escasa luz del atardecer penetrase

en la estancia.

—Son esas cajas —comentó, señalando a mi derecha.

Había tres cajas de cartón marrón que se me antojaron tremendamente tristes, como si tuviesen vida propia. En una de ellas, destacaba un paquete rectangular, envuelto en papel de regalo de un rojo brillante y con un vistoso lazo dorado. Estaba a punto de cogerlo cuando Alex se me adelantó.

—Esto estaba ahí por error —explicó, depositando el regalo sobre una estantería de madera.

Volví a fijar la mirada en las tres cajas de cartón, distinguiendo un par de prendas de ropa que me pertenecían, varios libros, algunos recuerdos...

—¿Sabes? En realidad sí que me apetecería beber algo —dije—. Cualquier cosa que lleve alcohol, a ser posible.

Alex sonrió.

—Claro, ahora soy especialista en preparar mojitos.

—Oh, genial.

Asintió con la cabeza.

—Tú quédate aquí... echándole un vistazo a todas esas cosas —se rascó la nuca, parecía incomodo—. Supongo que algunas querrás tirarlas, no lo sé.

—Ajá. Vale, gracias.

Me senté en el suelo de madera en cuanto Alex bajó a preparar los mojitos. Saqué una camiseta blanca, de cuello ovalado, que tiempo atrás había sido de mis favoritas. Después, le siguieron varios libros e incluso una fotografía de Cereza. Parecía feliz. Miraba a la cámara con sus pequeños ojillos negros mientras sujetaba entre las manitas una pipa.

Oh Dios, no podía con aquello.

Suspiré hondo y alcé la vista hasta toparme con el resplandeciente regalo que Alex había dejado sobre la estantería.

Estaba segura de que era un regalo para Samantha.

¿Qué sería...?

Seguramente un conjunto de *Victoria's Secret*, a juego con un corsé de cuero de la talla 0.

O un traje de colegiala, con la corta faldita a cuadros, la escotada camisa blanca...

—Pruébalo, a ver qué te parece.

Alex colocó un mojito frente a mi rostro y lo cogí con manos

temblorosas. El dichoso asunto del regalo me había puesto nerviosa. Me metí la pajita en la boca y le di un trago largo, acabándome casi la mitad de la copa. ¡Eso es, lo único que necesitaba era un poco de alcohol y todos los problemas desaparecerían!

—Uhhh. Increíble.

—Gracias —Alex se sentó a mi lado, en el suelo, y cogió la fotografía de Cereza que había estado observando minutos antes—. ¿Podrías decirme al menos cómo murió?

Le miré de reojo, sin dejar de sorber por la pajita.

—Creo que se atragantó con una pipa. Fue por la tristeza.

Él asintió. Cuando me terminé el mojito, señalé el maldito regalo de Samantha.

—¿Para quién es?

No me malinterpretéis, estaba al cien por cien segura de para quién era, pero nunca está de más tener una segunda opinión.

Alex apartó la mirada y dejó su vaso a un lado.

—No es de nadie, ¿vale? No tiene importancia.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo puede un regalo no ser de nadie? —gesticulé extrañamente con las manos—. Si lo que pasa es que no quieres decírmelo, prefiero que lo admitas directamente.

—Tienes razón —me miró fijamente—. No quiero decírtelo, ¿te vale eso, Emma?

—Sí, claro.

Me encogí de hombros, pero cuando Alex se levantó y salió de la habitación, le seguí escaleras abajo. No estaba segura de qué me ocurría, era como si ese mojito fuese un coctel molotov.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—¡Joder, siempre haces lo mismo! —se quejó, mientras entrábamos en la pequeña cocina—. Me acabas de decir que lo entendías.

—¡Y lo entiendo perfectamente! —protesté—. Solo quiero saber para quién es...

—No —se acercó a mí. La vena de su cuello se tornó más palpable—. Lo que verdaderamente quieres es volverme loco. Es lo que has deseado desde el día que nos conocimos. Y no me extrañaría que tuvieses apuntados los pasos a seguir en tu jodido diario.

—¿Me estás llamando loca?

Alex apoyó los puños cerrados sobre la repisa de la cocina. Tardó una eternidad en darse la vuelta y clavar sus ojos en los míos. Estaba furioso.

—Sí. Creo que eso es exactamente lo que pretendía decir.

¿Probabilidades de que el mundo estallase en mil pedazos en ese preciso instante? ¡Mil!, ¡mil millones! Podía sentir la rabia fluyendo por mis venas, revolviéndome el estómago, provocando que tuviese la respiración entrecortada.

—¿Cómo te atreves? —le apunté con un dedo acusador—. Me destrozaste la vida. Te marchaste sin previo aviso. ¿Sabes cómo me sentí mientras llamaba a más de trescientos invitados para comunicarles que la boda se cancelaba? ¿Tienes idea de lo mal que lo pasé? ¿Te has parado a planteártelo en algún momento de tu nueva y maravillosa existencia? No, ¡claro que no! Estás demasiado ocupado dando cursos de surf a estúpidas colegialas.

—¿Qué?, ¿qué demonios...? —Alex golpeó la repisa con el puño. Vale, ahora sí estaba enfadado. Y me alegraba por ello. Se lo merecía—. ¡Tú tuviste la culpa de todo! ¡No dejabas de cabrearte por cualquier cosa!, ¡te volviste loca planificando esa maldita boda! —gritó—. Lo único que recuerdo es que estaba tranquilo en casa, preparando la cena, cuando llegaste hecha una furia por no sé qué historia del traje de novia. ¡Empezaste a discutir porque no había metido una puta lechuga en la nevera! —respiró hondo, intentando tranquilizarse—. Me pediste que me fuese. Y aseguraste que querías cancelar la boda.

Nos miramos fijamente. La tensión era tal que no pude soportarla y terminé dándome la vuelta y caminando a toda velocidad hacia la puerta de salida, con la correa del bolso fuertemente agarrada entre los dedos.

—Emma, ¿a dónde vas?

Quería llorar.

Pero no podía permitir que él me viese hacerlo.

No, no le daría esa satisfacción.

Me sujetó de la muñeca y me zafé con facilidad, sacudiendo la mano como si me provocase alergia.

—No me toques —escupí, al tiempo que abría la puerta y salía.

Alex me siguió.

Nota mental: ahora le odiaba más que nunca. El odio anteriormente experimentado no era comparable a lo que sentía en esos momentos.

—Deja que te lleve a casa, al menos.

—No. Cogeré un taxi.

—¿Dónde? La avenida principal está lejos.

Al final conseguí guardarme las lágrimas y me giré para enfrentarle cara a cara.

—No me importa —aseguré—. ¡Déjame en paz! ¡Quiero que desaparezcas de mi vida! ¡Yo solo quería pasar unas agradables vacaciones con mis amigas!

Volví a rehuir su contacto cuando posó la mano sobre mi hombro. Él suspiró.

—Hagamos una cosa, tranquilicémonos —dijo—. Sentémonos en la arena y hablemos como dos adultos.

Ja. Claro.

Ni de coña.

—Mira, tú piensas que tuve la culpa de lo que ocurrió —insistió—. Mientras que yo estoy convencido de que perdiste los papeles. ¿Quieres que lo solucionemos de una vez por todas para que podamos seguir con nuestras vidas? —preguntó—. Acudamos a un especialista. Le contamos ambas versiones de lo que ocurrió y que dicte un veredicto. Punto.

—¿Y para qué? —farfullé.

—Para que dejes de echarme en cara que te destrocé la vida, por ejemplo —sus ojos parecían soltar chispas—. No pienso cargar con la culpa eternamente.

Medité durante unos instantes. A ver, no es por nada, pero era obvio quién había terminado siendo la víctima de todo aquel embrollo. Me había convertido en la novia despechada de América, cualquier loquero con dos dedos de frente comprendería el suplicio por el que había tenido que pasar. No era algo complicado, no hacía falta estudiar cinco años en Harvard para llegar a la conclusión adecuada.

—Vale. Hecho.

Alex soltó todo el aire de golpe. Parecía sorprendido por mi decisión.

—Perfecto —se sacó las llaves del bolsillo—. He oído hablar de una psicóloga de la zona que es bastante buena.

Siendo mujer, me entendería en menos de cinco minutos.

Esperaba que al fin Alex fuese plenamente consciente del daño que me había hecho. Es más, esperaba que desde ese instante sufriese pesadillas terribles y su vida se convirtiese en un infierno.

—Vale, como quieras.

Sonrió de lado y arqueó las cejas.

—¿Puedo llevarte a casa? —se inclinó hacia mí—. Por favor, no lo hagas más difícil.

Me mordí el labio inferior mientras asentía con la cabeza.

Durante el camino de regreso ni siquiera le rocé. Me sujeté a la parte trasera de la moto, ladeando el cuerpo ligeramente hacia atrás y rezando para no morir en un accidente automovilístico. Era complicado mantenerme serena con Alex delante, a escasos centímetros de distancia. Una parte de mí, quería hundir las manos en su pelo y acariciar su sedoso cabello con delicadeza; siempre me había resultado extrañamente excitante. Sin embargo, otra parte de mí quería tirarle del pelo hasta dejarle una coronilla.

Quizá él tenía razón. Quizá estaba loca.

5

Elisa entró en estado de shock cuando le confesé mis intenciones de acudir a un loquero con Alex para demostrar, ¡por fin!, quién lo había destrozado todo.

En resumen, Elisa estaba convencida de que todos los psicólogos eran una paria social. Personalmente, sabía que su odio indiscriminado estaba fuertemente ligado a su trabajo como abogada. Le habían fastidiado varios casos, alegando que el paciente no era plenamente consciente de sus facultades mientras le clavaba un cuchillo al vecino de enfrente o que la Señora Derow sufría bipolaridad... y al parecer eso anulaba su condición como asesina en serie.

Sin embargo, no me importaba lo que opinasen mis amigas —Hannah aseguró que todo lo que necesitábamos era amor, como si fuese un eslogan televisivo de una nueva telenovela venezolana—. Estaba dispuesta a demostrarle al mundo lo mal que lo había pasado.

Alex me recogió por la tarde con diez minutos de retraso.

(¿Por qué?, ¿por qué no podía ceñirse a la hora establecida?)

Pasado un rato de tortuoso viaje —dado que no pensaba tocarle ni agarrarme a él—, nos desviamos de la avenida principal y perdimos de vista la maravillosa costa de California. El camino de asfalto se esfumó, dando paso a un sinuoso sendero de gravilla. La motocicleta traqueteaba entre nubes de polvo que lo envolvían todo a su paso. Si no fuese porque a ambos lados del sendero había un sinfín de vegetación, hubiese jurado que nos encontrábamos en medio de un desierto.

Apagó el motor del vehículo tras estacionar frente a una caseta de mala muerte. Vale, no era exactamente terrorífica, el desorden que se atisbaba a ver desde el exterior tenía su encanto... si deseabas vivir como un ermitaño, claro está, o si eras un fan incondicional de *The Walking dead*.

No, definitivamente ese lugar no podía ser la consulta.

Miré a Alex con suficiencia.

—Te has equivocado —apunté—. Reconócelo: nos hemos perdido.

Las comisuras de sus ojos se arrugaron ligeramente cuando me mostró una sonrisa.

—Es aquí —aseguró—. Venga, ¡entremos!

Dejándome trastocada, comenzó a caminar hacia la verja principal. La abrió sin siquiera llamar —¿Allí no estaban familiarizados con la palabra

<<ladrones>>, verdad?—, y se internó en la propiedad.

Temiendo que de pronto me atacase algún animal salvaje, dado que me encontraba en medio de... ¡la nada!, le seguí.

La propiedad era una casita de madera que parecía bastante antigua. Colgados de puertas y ventanas había infinidad de hilos repletos de pequeñas piedras que giraban movidas por el viento, brillando bajo el sol. Cada ventana estaba pintada de un color diferente. Y cada cortina de cada ventana tenía una textura distinta. En resumidas cuentas: no había nada que conjuntase en aquel lugar.

En lo alto de la caseta, encaramado al inclinado techo de madera, había una veleta con forma de gallo. Pero no se movía. No funcionaba. Y tumbado sobre una hamaca —un raído trozo de tela atado a dos postes de madera—, descansaba el gato negro más terrorífico con el que jamás me había topado. Al fin entendía por qué los asociaban con las brujas y la mala suerte; tenía los ojos de un intenso color naranja y me miraba fijamente sin pestañear.

Esperamos pacientemente, después de que Alex llamase a la desvencijada puerta de madera golpeando con los nudillos. La propiedad se me antojaba tan tenebrosa, que estuve tentada de abrazarle, admitir que él tenía razón en todo y que era un Santo, para segundos después rogarle que me sacase de allí.

No. Era demasiado tarde. Se oían pasos caminando hacia la puerta.

Me coloqué tras él.

¿Abriría un hombre llevando un hacha en la mano?

Dios, los cristalitos que colgaban de todas partes no dejaban de tintinear. Eso otorgaba al ambiente un toque más siniestro.

Me sobresalté cuando una mujer de mediana edad abrió la puerta de golpe.

Tenía el largo cabello negro y rizado recogido en una especie de... ¿moño?, ¿coleta?, lo que fuese. Sus ojos pardos —tenían una forma similar a los del gato—, me miraban con un interés desmedido, como si fuese un extraterrestre recién llegado a la Tierra al que debía dar la bienvenida con honores. Y su vestimenta... en fin, no conocía palabra que pudiese describir adecuadamente esa especie de poncho repleto de estridentes colores, pero sí sabía que *Coco Chanel* hubiese puesto el grito en el cielo de haber podido verlo con sus propios ojos.

—Queridos... —nos miró a ambos—. Os estaba esperando. Pasad,

pasad.

Le dirigí a Alex una mirada de súplica, pero él no pareció comprender lo que quería decirle, porque tan solo sonrió más abiertamente.

Avanzamos por un estrecho pasillo de madera poco iluminado, hasta entrar en una habitación que bien podría utilizarse para realizar sentadas pacifistas o esconder a fugitivos. El suelo estaba cubierto de deshilachadas alfombras de colores y no logré adivinar el tono de las paredes, dado que éstas estaban repletas de polvorientos libros mal apilados.

No había sillas.

—Sentaos donde queráis —ofreció señalando el suelo—. Los almohadones están ahí detrás. ¿Os apetece tomar algo?, ¿un poco de té?, ¿algunas pastas, quizá?

Me quedé muda. Sencillamente, había perdido la capacidad de hablar.

—Vale. Un té con leche estaría bien —Alex le sonrió mientras cogía un almohadón de color verde pistacho y se acomodaba en el suelo, con las piernas cruzadas al estilo indio.

Yo desperté de mi letargo y negué rápidamente con la cabeza, instantes antes de que la chalada mujer abandonase la estancia.

Me incliné hacia Alex.

—Escúchame atentamente —susurré—. Podemos escapar por la ventana. Es grande. Cabemos. Lleva las llaves de la moto en la mano, así no perderemos tiempo —añadí al tiempo que conseguía abrir el ventanal. Me sentía un poco como *Bruce Willis* a punto de hacer estallar un coche por los aires para salvar a la humanidad de un ataque terrorista.

Interrumpí la misión, girándome sorprendida, cuando escuché a Alex riendo a carcajadas.

—Emma, siéntate —me pidió sin dejar de sonreír.

¿Qué demonios le pasaba?, ¿acaso quería morir en ese lugar?

No pude seguir adelante con mi plan de huida, puesto que la mujer entró de nuevo en la habitación portando una pequeña bandeja de flores en las manos. Le tendió a Alex su té.

En ese momento, me di cuenta de que, a pesar de lo mucho que le odiaba, no quería ver cómo le envenenaban delante de mis narices. Sí, era un imbécil de primera, ¡pero incluso alguien como él merecía una muerte más digna!

Mientras volvía a mi sitio, fingí que tropezaba con el borde de una alfombra y caí sobre el regazo de Alex, logrando volcar la tacita de té,

¡bien hecho, Emma! Ya tenía algo más que echarle en cara en un futuro próximo: me debía la vida. Acababa de salvarle.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó mirándose los vaqueros, ahora empapados de té con leche.

—Lo siento, ¡no ha sido a propósito! —me excusé, tras acomodarme a su lado sobre otro almohadón.

Ella se levantó para tenderle un paquete de pañuelos y Alex se limpió con cierto hastío. ¿Cómo podía no darse cuenta de que ese lugar no era normal? ¡Hasta Hannah hubiese podido deducirlo desde la puerta de la entrada, por Dios!

—Bien, bueno, ya estamos todos —la mujer se sentó frente a nosotros—. Me llamo Hilda —mordisqueó un trozo de su galleta, que llevaba pepitas de chocolate—. E imagino que Alex me llamó anoche porque ambos estáis dispuestos a llegar a un entendimiento pero, dado que no podéis hacerlo vosotros mismos, necesitáis que os guíe en el camino hacia la luz. ¿No es cierto, Emma?

En realidad no la había estado escuchando. Tenía la vista fija en la ventana y había recreado varios planes de huida, pero asentí ante su pregunta de forma automática.

—Bien pues —sonrió—. En primer lugar, me gustaría empezar por el principio...

—Ja. Más bien deberíamos acelerar hasta llegar al catastrófico final o no terminaremos nunca esta sesión —le interrumpí.

—Y eso es lo que hace todo el tiempo —musitó Alex, señalándome—. En resumen, ella jamás está de acuerdo con ninguna idea que no parta de sí misma. Siempre necesita meter la puntillita. ¿Me entiende, Hilda? Es como su toque personal. Cuando uno piensa que todo está en calma, ¡pum! Emma aparece sin previo aviso y lo tira todo por la borda. Es completamente autodestructiva.

Me levanté del almohadón, hecha una furia.

—¡Estás delirando! ¿Intentas hacerte la víctima delante de nuestra psicóloga? —grité.

Vale. Durante unos minutos volví a sentirme como si tuviese ocho años de edad y Alex acabase de chivarle a la profesora algo que era mentira. En realidad no creía que esa señora fuese una psicóloga de verdad, pero no por ello dejaría que él me definiese como su <<ex prometida chalada>>.

—Emma, por favor, siéntate —exigió Hilda con dureza—. En esta consulta no permitimos los gritos ni gestos que connoten negatividad, como el hecho de que te levantes manteniendo una actitud claramente amenazante.

Estúpida hippie.

Me dejé caer de nuevo sobre el almohadón, haciéndome daño en el trasero.

—A partir de ahora, os haré algunas cuestiones simples. Y por favor, os pido que tan solo respondáis con monosílabos, es decir: <<sí>> o <<no>> —cogió una libretita del estante antes de volver a sentarse—. Por descontado, lo mejor para ambos es que seáis sinceros.

—Eso será difícil con Emma. Vigile su pestañeo —apuntó Alex sonriente.

—¿Ve lo que hace? ¡Me saca de quicio! —protesté.

—¡SILENCIO! —bramó abriendo los ojos de golpe.

¡Santo Dios, daba un miedo tremendo! No volvería a abrir la boca nunca más. Mis labios estaban sellados.

—Bien, ahora que por fin he conseguido que los dos os tranquilicéis —nos miró a ambos significativamente—, podemos empezar. La primera pregunta es para ti, Alex. ¿Cuándo rompisteis vuestra relación, seguías estando enamorado de Emma?

¡Guau!, ¡qué directa!, ¡qué cañera!

—Sí.

Su voz retumbó en la habitación, firme y contundente. No me atreví a mirarle, mantuve la vista fija en Hilda.

—Perfecto —apuntó algo en la libretita—. Ahora, Emma, ¿tuviste algún problema con tu vestido de novia?

¿Eh?, ¿cómo?, ¿a qué venía ese tema?

—¿No debería preguntarme si yo también estaba enamorada de él?

Hilda dejó de mirar la libreta, alzó la cabeza y sus ojos se clavaron en los míos como dos dagas afiladas.

—Permíteme que haga las preguntas pertinentes, a no ser que tú tengas una licenciatura en psicología de la universidad de Stanford. Con honores —añadió, señalando con la cabeza el diploma enmarcado que había sobre una de las estanterías.

Santa mierda, ¡realmente era una profesional!

—Volveré a repetir la cuestión: ¿surgió algún problema con el

vestido?

—Más o menos.

Alex puso los ojos en blanco. Idiota.

—¿Sí o no?

—Sí —admití finalmente.

—Bien —dejó a un lado el bolígrafo, cogió una pintura de color verde del estuche y volvió a garabatear sobre el cuadernillo—. Alex, ¿la boda que se iba a celebrar, cumplía con tus expectativas?

—No.

—Ajá —asintió con la cabeza—. ¿Podrías detallarme por qué?

—Por supuesto. En principio iban a ser...

—¡Eh, eso es trampa!, ¡solo puede hablar con monosílabos!
—protesté.

Hilda suspiró, como si estuviese terminando con su paciencia. ¿Acaso en Stanford regalaban diplomas al comprar una vajilla o qué? Esa sesión no tenía ni pies ni cabeza.

—Yo dicto las normas, Emma —farfulló—. Ahora, por favor, deja que tu compañero pueda expresarse sin interrupciones innecesarias.

—Lo que intentaba decir... —Alex me miró de reojo—, es que en principio la boda iba a tener treinta invitados. Acordamos que sería una celebración sencilla, con un ambiente familiar tranquilo. Yo solo quería casarme con ella, ¿entiende? Me hubiese bastado con que estuviésemos tan solo nosotros dos —hizo una pausa tan melodramática que casi pude sentir como mi alma volvía a quebrarse en mil pedazos—. Pero no sé cómo, Emma se las arregló para terminar invitando a más de trescientas personas.

—Trescientas doce —aclaré.

Ya que me tiraba en cara la planificación de la boda, al menos que lo hiciese con datos correctos.

Dios, tenía un nudo en la garganta. No quería recordar todo aquello.

¿Por qué había accedido a ir a esa sesión? Ya había olvidado las razones.

—Eso, lo que sea —Alex sacudió una mano en alto, molesto—. No conocíamos ni a la mitad de la mitad de esas personas. Había incluso compañeros de trabajo con los que se había cruzado en el ascensor en una o dos ocasiones —detalló—. Y por supuesto, después de aquello, tuvimos que cancelar también el asunto de celebrar la boda en un hotel de campo a las afueras de la ciudad, tal como habíamos previsto, para terminar

alquilando la típica sala gigantesca de fiesta.

Hilda asintió conmovida, como si Alex le estuviese relatando minuciosamente cómo le arranqué el corazón del pecho con mis propias manos para bailar a continuación una danza africana.

—Y luego surgieron muchos otros problemas: centros de flores que no combinaban, el alquiler de la iglesia, aunque inicialmente habíamos acordado que no sería una ceremonia religiosa, malentendidos con el traje de novia... Yo no me enteraba de nada. Si a todo ese estrés, le sumamos que nosotros ya éramos propensos a discutir de por sí...

¿Qué DEMONIOS estaba apuntando en esa libretita?

Esperaba que fuesen cosas como: <<Las palabras de Alex demuestran que es alérgico al compromiso>>, <<se desentendió de ella con una crueldad indescriptible y con una facilidad similar al acto de quitarse una pelusa de un suéter de lana>> o <<las mujeres deberíamos mantenernos unidas en este tipo de causas>>.

—De acuerdo —Hilda centró la vista en mí—. ¿Te importaría explicarme qué problemas había con el traje de novia?

¡Pues claro que sí! Ese tipo de cosas no se preguntan.

Mantuve un voto de silencio.

—No le entraba —confesó Alex finalmente—. Faltaba una semana para la boda y ella había engordado un par de kilos.

Oh, vale, estaba en racha el jodido idiota.

—¿Es eso cierto, Emma?

—Sí, pero... —reí nerviosa—. ¿Qué se supone que tiene que ver con... con saber quién fue el culpable de... todo? —balbuceé.

Ah, quizá el asunto era todavía más sencillo: Alex me abandonó por gorda.

—¿Crees que tienes problemas de autoestima?

—¡No! —la miré indignada—. En absoluto —negué con la cabeza repetidas veces, al tiempo que me levantaba—. Lo siento, pero esto es de locos. Creo que lo mejor será que me marche.

—Emma... —susurró Alex a modo de súplica.

—¿Te considerabas atractiva a los ojos de Alex? —prosiguió Hilda, implacable.

—¡Sí!, ¡no! —grité, de pie en medio de la estancia—. ¿A usted qué le importa? ¡Me pasé media vida detrás de un tío que me veía como a una chiquilla mocosa! —proseguí, fuera de control—. No sé si se ha dado

cuenta de que mi cuerpo no es el típico que puede verse en las portadas de las revistas. Y si no está completamente ciega, advertirá que él sí cumple todos los requisitos para protagonizar un anuncio de *Gucci* —admití—. Estuve más de medio año a dieta para poder ponerme ese dichoso vestido de novia. ¿Y quiere saber cuál fue el resultado final? ¡Engordé dos kilos!, ¡dos malditos kilos a base de nauseabundas zanahorias! —me esforcé por respirar—. ¡Y entonces me dejó! ¿Eso responde a su pregunta sobre la autoestima?

Un silencio sepulcral envolvió la estancia.

Me llevé las manos a las mejillas y advertí que, oh dios mío, estaba llorando, ahí parada al lado de Alex y frente a una psicóloga que parecía sacada de los sesenta.

Mientras me esforzaba por limpiarme los ojos sin hacer un estropicio con el rímel, vi que Alex se levantaba del suelo e instantes después sus brazos me rodearon con fuerza. Y no quise apartarle. Volver a sentirme cobijada, envuelta en uno de sus cálidos abrazos, fue mucho más reconfortante de lo que recordaba.

—Alex, ¿piensas que Emma es una mujer atractiva?

¡Por Dios! ¿Acaso Hilda no se callaba nunca?

Su abrazo se volvió más fuerte y protector. Se inclinó ligeramente a un lado, sin soltarme, y sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. Cuando habló, su aliento cálido me provocó un escalofrío indescriptible.

—Sí —respondió sin ningún atisbo de duda en la voz—. Jamás he visto a una mujer que me parezca tan atractiva como ella.

6

No sé cuánto tiempo estuvimos fundidos en aquel eterno abrazo, pero ni un millón de años me hubiesen parecido suficientes. De pronto, me sentía confusa, débil y triste. Aferrarme a Alex, calmaba mis miedos.

—Creo que por hoy ha sido más que suficiente —comentó Hilda, pasados unos minutos—. En cuanto a la segunda sesión... mañana tengo un hueco libre a las cuatro.

Me giré hacia ella, separándome de Alex y despertando de aquel letargo. Quise responder que no era necesario que acudiésemos de nuevo, no deseaba volver a enfrentarme a sus malévolas preguntas. Pero no pude hacerlo, me había quedado sin habla.

El momento de paz que acababa de vivir, se esfumó de un plumazo. Nunca mejor dicho.

Una gallina. Una maldita gallina estaba en la ventana, sujetándose al marco de madera con sus horripilantes patas blanquecinas.

La señalé con el dedo. Hilda miró al animal, sonrió y le acarició la cabeza con cariño.

—Se llama Cleopatra. Le encanta acudir a las sesiones. Es muy cotilla —dijo, como si eso lo explicase todo.

En respuesta, la gallina cacareó.

Entonces decidí que, llegados a ese punto, nada podría sorprenderme. Desgraciadamente, tuve que aplastar aquel pensamiento en cuanto miré la libretita donde ella tomaba notas, a la espera de descubrir qué conclusiones había sacado, porque lo único que vi fue un prado verde donde corría un niño —hecho con cinco palitos—, que sujetaba un globo rojo.

—¿Eso es lo que ha estado haciendo durante la sesión? —fruncí el ceño—. ¿Dibujar?

Hilda se levantó con cierta dificultad, frotándose las rodillas, sin dejar de sonreír.

—Sí. Deberías probarlo, es relajante.

Alex me pellizcó el brazo, indicándome que mantuviese la boca cerrada.

Caminamos por el estrecho pasillo hasta el exterior. Ya había empezado a anochecer.

—¿Cuánto es la sesión? —pregunté, sacando la cartera del bolso, mientras Alex se entretenía acariciándole las orejas al terrorífico gato negro.

—La voluntad —contestó Hilda.

Oh mira, ¡qué amable!

Quizá, si me esforzaba lo suficiente, podría empezar a verla con buenos ojos.

Rebusqué algunas monedas en la cartera.

—Y la voluntad son setenta dólares —añadió, sin perder su espléndida sonrisa.

Levanté la cabeza de golpe.

Bien. Ella había estudiado psicología, pero yo era licenciada en filología y estaba al tanto del significado de la palabra <<voluntad>>. Era bastante simple. Pues eso, lo voluntario, contrario a <<obligatorio>>.

Alex colocó varios billetes en la palma de su mano, que mantenía firmemente extendida, antes de que pudiese protestar.

—Nos veremos mañana, Hilda —le dijo—. Gracias por la sesión.

—Sí, gracias, gracias —farfullé—. Espero que le hayamos servido de inspiración... para sus dibujos... y eso.

Literalmente, Alex me arrastró hasta la salida.

Regresamos en silencio hacia la zona de la costa. Él estacionó la moto a un lado del paseo, antes de que llegásemos a la calle donde estaban los bungalós. Se quedó allí quieto, con los brazos apoyados en el manillar y la mirada fija en el inmenso mar.

—No quiero que te sientas atacada, Emma —dijo finalmente—. Sé que quizá Hilda ha sido un poco brusca contigo, pero creo que podría ayudarnos.

—¿Cómo podía saber ella el problema que surgió con mi vestido de novia? —pregunté, percatándome de ese detalle.

Alex se quitó el casco y ladeó la cabeza para mirarme.

—Cuando la llamé anoche le conté por encima lo que había pasado —explicó—. Mira, en la siguiente sesión, podríamos hablar de todas las cosas que solía hacer que a ti te molestaban tanto, por ejemplo.

—No sé si quiero volver. No he pasado un rato agradable, no.

Alex suspiró.

—¿Te apetece que cenemos juntos? —se removió incómodo en la moto, provocando que ésta se inclinase hacia la derecha—. Podrían venir también Elisa y Hannah, si tú quieres.

¿Qué?, ¿unos extraterrestres le habían hecho una lobotomía completa?

—¿Lo dices en serio?, ¿no te importaría que viniesen?

Durante los cuatro años que habíamos estado saliendo juntos, Alex jamás, JAMÁS, me había propuesto un plan en que se incluyesen los nombres <<Hannah>> o <<Elisa>>. Eso era una especie de pecado para él. Sacrilegio total.

—Podré soportarlo —asintió con la cabeza.

—¡Oh gracias, Alex!

Sin poder contenerme, le abracé con fuerza, apoyando el rostro en su espalda. Al darme cuenta de la rareza de aquel impulso, me aparté de él con brusquedad. Probablemente, no tenía ni idea de lo importante que era para mí que pudiese comprender lo mucho que quería a mis amigas. Lástima que llegase con tanto retraso.

Dos horas después, los cuatro estábamos sentados en la mesa de una terraza, con un farolillo en medio que daba escasa luminosidad. Era agradable poder observar cómo se ondulaba ligeramente la llamita, especialmente porque era la única fuente de entretenimiento, dado el silencio sepulcral que nos envolvía.

—Buenas noches, ¿Ya han decidido lo que desean pedir?

¡Amaba a ese camarero! ¡Daba gracias a Dios por su presencia!

Volver a escuchar una voz a mi alrededor, consiguió calmar momentáneamente los nervios que se sacudían incontrolablemente en mi estómago. No estaba segura de querer pedir nada. No se me había pasado por la cabeza que cenar con aquellas tres personas tan dispares entre sí pudiese ser peor que una tortura china.

Cuando el camarero terminó de apuntar el pedido, volvimos a sumirnos en un incómodo silencio. Lo más interesante que ocurrió a continuación, fue que Alex cogió su servilleta y comenzó a formar pequeños cuadrados doblándola sobre sí misma una y otra vez.

Me planteé hacerle una fotografía. Así, en el futuro, podría recordar el momento más significativo de aquella noche.

—¿Os lo estáis pasando bien? —preguntó Alex de pronto—. ¿Ya habéis visitado la playa de Venice?

—¡Sí! —gritó Hannah—. ¡Estuvimos el otro día contigo! ¿Ya no te acuerdas? —emitió la risa más estridente que había escuchado jamás.

Alex arqueó las cejas y me miró fijamente antes de volver a dirigir sus ojos hacia Hannah.

—No. La playa de Venice no es... no es el lugar donde estuvimos haciendo surf —le explicó, hablando en voz baja—. En realidad, está a más

de una hora de distancia. Pero podríais planteaos la idea de alquilar un coche.

—¡Claro! ¡Como si conducir por una ciudad que no conocemos fuese una tarea sencilla! —protestó Elisa, poniendo los ojos en blanco—. Perdonad, necesito ir al servicio. ¿Me acompañas, Hannah?

Alex mantuvo la mirada clavada en el mantel mientras mis amigas abandonaban la mesa.

—Lo siento. No sé qué le pasa —dije—. He intentado explicarle que estamos intentando ser amigos, como adultos, pero creo que todavía te guarda rencor. Un poquito. Bastante.

Él sonrió.

—¿Deberíamos pedir cubiertos de plástico?, ¿cuántas probabilidades hay de que Elisa utilice su tenedor para asesinarme?

—Yo creo que ronda el 85%, al menos —contesté, tras corresponder a su sonrisa—. Y me parece una buena idea lo de alquilar un coche —admití.

Abrió la boca, dispuesto a contestar, pero volvió a cerrarla en cuanto divisó a mis amigas acercándose a nuestra mesa.

Afortunadamente, el resto de la cena fue tranquila, si omitimos el hecho de que Elisa y Alex mantuvieron un arduo debate sobre si los vegetarianos podían comer o no moluscos.

Ella defendía que se había demostrado científicamente el hecho de que los moluscos no podían sentir dolor. Y ése era el fundamento que utilizaba para afirmar que no había razón para no comerlos. Sin embargo, Alex enfocaba su discurso de un modo más filosófico, alegando que ser vegetariano era un <<modo de vida>>. Además, estaba convencido de que Elisa mentía sobre su teoría del dolor y empezó a cuestionar tonterías del estilo: <<¿por qué la vida de un mosquito se considera menos valiosa que la de un perro, por ejemplo?>>

¿Lo mejor de todo? Ninguno de los dos era vegetariano y ambos habían pedido un bistec de carne para cenar. Así pues, ¿a quién narices le importaba la ingesta de moluscos?

Finalmente, cuando parecía que la discusión llegaba a su fin, y ya estábamos a punto de pagar la cuenta, Hannah preguntó: <<¿Qué es un molusco, exactamente?>>, al tiempo que se limpiaba con una servilleta los restos de salsa del plato de mejillones que acababa de zamparse alegremente.

Juro que en ese instante, a Alex le entró un tic en el ojo. No sé cómo

lo hizo, pero logró sobreponerse y evitó hacer ningún comentario al respecto.

Después, nos animamos a ir al pub caribeño donde días atrás me había encontrado con él. Nos sentamos en una de las mesas del fondo, junto a varios amigos de Alex entre los que estaba el tal Gael que daba clases de surf en su empresa. Apenas se podía mantener una conversación a causa del elevado volumen de la música, así que me concentré en beber una copa tras otra, convencida de que así olvidaría todas las cosas horribles que me habían sucedido durante el último año.

Os confesaré un pequeño secreto: no sé bailar.

Sin embargo, cuando Alex me propuso hacerlo, respondí con un enérgico asentimiento de cabeza, sintiéndome extrañamente animada tras la ingesta de alcohol.

Entrelazó sus dedos con los míos con decisión y me arrastró hacia el centro del local. A continuación, como si fuese lo más normal de mundo, sus manos se enredaron en mi cintura y pegó su cuerpo al mío todo lo que pudo, dejándome sin respiración.

Comenzó a moverse lentamente, llevándome con él, a pesar de que la música que sonaba de fondo era una especie de salsa con un ritmo frenético. Mantuve la vista clavada en el suelo durante lo que pareció una eternidad, intentando convencerme de que sus manos no me quemaban y de que su olor no me hacía enloquecer.

Se me erizó el bello de la nuca cuando sus labios rozaron mi oreja.

—¿Por qué no me miras? —preguntó, pronunciando cada palabra con una inquietante lentitud.

<<Porque estamos tan, tan sumamente cerca, que sé que si alzo la cabeza sufriré un infarto de un momento a otro. Y soy demasiado joven para morir. Quiero tirarme en paracaídas, quiero tener hijos, quiero teñirme el pelo de color naranja al cumplir los cincuenta...>>.

No, no.

Tenía que ser fuerte.

No podía permitir que Alex tuviese poder sobre mí. Era agua pasada. Y podíamos ser viejos conocidos, lo único que debía hacer era comportarme como una persona adulta y madura de veintisiete años que tenía un trabajo estable en una prestigiosa editorial. Esa era yo. Emma, la invencible.

Levanté lentamente la cabeza hasta que nuestras miradas se

encontraron.

Alex sonreía. Tenía los ojos brillantes, ligeramente entrecerrados a causa de ir algo achispado. Me sobresalté cuando sus manos descendieron despacio por la curvatura de mi espalda, acercándose peligrosamente a mi trasero.

No, bajo ningún concepto.

Por encima de mi cadáver.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —siseé.

—Te acaricio la espalda —sonrió más abiertamente y se aventuró a inclinar su cabeza hacia la mía—, de momento...

—No puedes tocarme —aclaré, pero no me moví. No permitiría que él llevase el control de la situación. Me mantendría firme. Sería implacable. Sería letal.

—¿Por qué no?

—Eh, déjame pensarlo... —fingí que meditaba, apoyando un dedo sobre mi barbilla—. ¡Ah, sí, lo tengo! ¡Porque ya no estamos juntos! —concluí, alzando levemente la voz.

Alex no pareció escuchar mis palabras, pues una de sus manos rozó el borde de mi camiseta y sus dedos se internaron bajo ésta, acariciándome la piel, trazando cálidos círculos...

¿Cómo se atrevía...?

¿Cómo osaba hacer algo tan íntimo después de todo lo que había pasado entre nosotros?

Cuando volví a bucear en el océano de sus ojos, advertí que me retaba con la mirada, mostrándome una estúpida sonrisa presuntuosa. Tal comportamiento merecía una acción ofensiva.

Lentamente, descendí las manos desde sus anchos hombros hasta su torso, palpando cada centímetro de su cuerpo por encima de la ajustada camiseta negra que vestía. Alex pareció asombrarse en un primer momento, pero en seguida volvió a mostrarse seguro de sí mismo mientras me levantaba ligeramente la camiseta para acariciar la piel de mi espalda con más libertad.

Di un pequeño saltito, angustiada. Apenas podía tragar saliva y respirar se estaba convirtiendo en una tarea ardua. Ese hombre enviaba ondas electromagnéticas de calor a mi cuerpo como si fuese un maldito microondas.

¿Hasta dónde quería llegar?, ¿qué extrañas ideas se amontonaban en

su diminuto cerebro?

Finalmente, tomando una acción arriesgada, descendí todavía más las manos hasta tocar su cinturón y el borde de los vaqueros. Y me quedé ahí, quieta, congelada, a la espera de que al fin él se apartase.

Pero no lo hizo.

Inclinó su cabeza escondiendo su rostro en mi cuello e, inmediatamente, sentí la humedad de sus labios cuando comenzó a depositar pequeños besos por mi clavícula. Me estremecí de los pies a la cabeza. Era una sensación extraña pero, al mismo tiempo, agradablemente familiar.

Abrí los ojos de golpe, sintiéndome fuera de mí misma, como si estuviese drogada —cosa bastante probable, dado la cantidad de copas que ahora intentaba digerir mi estómago. Esa noche trabajaba a jornada completa—. Luces de diversos colores danzaban de un lado para otro, aturdiéndome, y la gente a nuestro alrededor seguía bailando sin descanso, totalmente ajena al hecho de que mi vida estaba a punto de desmoronarse como un castillo de naipes frente a un furioso terremoto. La música salsa que sonaba de fondo me sonaba, ¿no era Marc Anthony o algo así? ¡No lo sé, no lo sé, no podía pensar con claridad!

Alex estaba mordisqueándome el lóbulo de la oreja y ese simple gesto era suficiente para nublar me la mente. El único pensamiento que tenía claro era que, definitivamente, no estaba siendo letal.

Pero cuando sus labios se deslizaron suavemente por mi mejilla, incluso aplasté ese último resquicio de cordura. Sencillamente, mi mente se quedó en blanco.

Alex se alejó unos centímetros para poder mirarme a los ojos. Probablemente, ése era el momento exacto en el que debería haberme hecho a un lado, interponer con firmeza una mano entre nosotros y decir: <<Tenemos que dejar de comportarnos como unos adolescentes>>.

Pero, dado que lo único que hice fue mirarle ligeramente embobada, Alex sujetó mi rostro entre sus manos y me besó, con tal intensidad que me temblaron las piernas. Fue como si de pronto olvidase todo lo malo que había ocurrido entre nosotros, porque besarle se me antojaba algo tan natural como respirar. Y su atrayente aroma era tan reconfortante... tan... normal...

Jadeé y entreabrí los labios, permitiendo que nuestras lenguas se rozasen. Alex rodeó mi cintura con la mano que tenía libre y, me estrechó

con tanta fuerza, que en un momento dado advertí que mis pies habían dejado de tocar el suelo y que él me sostenía entre sus brazos.

Ahora sí deliraba. Ahora sí estaba totalmente drogada.

Entonces, sin previo aviso, alguien me cogió del brazo y tiró de mí con firmeza hasta lograr separarme de Alex.

Ese alguien era Elisa.

Sintiéndome mareada —no estaba segura de poder caminar más de dos metros seguidos sin caer al suelo—, me aparté el cabello de la cara.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —escupió Elisa, manteniendo los ojos muy abiertos.

—Solo... pasábamos el rato —logré decir—. Bailábamos —añadí.

—Creo que la fiesta debería terminar aquí —me susurró al oído—. Emma, te aseguro que mañana te arrepentirás de esto.

Hannah, plantada al lado de Elisa, sonreía.

—Vale, sí, id saliendo —dije, tras advertir que Alex se estaba conteniendo para no descuartizar allí mismo a una de mis mejores amigas—. Os veo en la puerta en un minuto.

En cuanto ambas desaparecieron, me llevé las manos a la cabeza, consciente al fin de lo que acababa de ocurrir. No hacía falta que llegase <<mañana>> para empezar a arrepentirme. Ya lo estaba haciendo.

Alex se cruzó de brazos. Dios, otra vez esa maldita vena en su cuello, palpitando furiosamente.

—¿Vas a dejar que te diga lo que tienes que hacer? —preguntó, con la mandíbula en tensión—. ¿Ahora Elisa es tu madre o algo así?

—No la pagues con ella —impedí que se acercase a mí colocando una mano en su pecho. Podía notar el latir atropellado de su corazón. Tragué saliva con fuerza y parpadeé, intentando no llorar—. Sabes que no está bien... lo que ha pasado...

—Tan solo nosotros deberíamos decidir qué está bien o no.

Sus manos volvieron a rodearme. Era como una especie de pulpo. Y yo una presa excesivamente fácil, desde luego. El pez más tonto del océano. Tan solo me faltaba rogarle que me comiese de una vez por todas.

—Los dos hemos bebido —comencé a decir, sintiéndome muy, muy pequeña—. Lo siento, pero creo que realmente lo mejor para ambos será que esto no vuelva a suceder.

Alex me soltó de golpe y asintió con la cabeza, manteniendo los labios presionados y el ceño fruncido, antes de desaparecer de allí a toda

prisa, mezclándose entre la multitud.

Estaba sola. Otra vez.

Pero así era como debían ser las cosas, ¿no?

7

Estiré los brazos en alto, después de incorporarme y sentarme en la cama.

Elisa acababa de despertarme, tras dejar un delicioso café sobre la mesilla de noche de mi habitación. Sonreí, agradeciéndole el gesto en silencio, al tiempo que ella se acomodaba a un lado de la cama, con las piernas cruzadas al estilo indio.

Me froté las sienes con la punta de los dedos, intentando en vano aliviar el dolor. La cabeza me estallaría de un momento a otro y sentía el cuerpo totalmente entumecido.

—No volveré a beber en lo que queda de viaje —le aseguré.

—Escucha, Emma... —se mordió el labio inferior pensativa—. Puede que no fuese lo más sensato interrumpiros anoche..., ya no somos unas niñas, pero no quiero verte sufrir de nuevo. Lo pasaste muy mal —me recordó—. Y por si no te has dado cuenta, las cosas han cambiado mucho. Ahora él vive aquí, en California, mientras que tu trabajo sigue en Nueva York...

Claro, era fácil decirlo cuando te esperaba en casa <<el perfecto Colin>>. Bueno, vale, quizá no debería excusarme en el hecho de que ella hubiese conocido al prototipo de hombre ideal.

—Lo sé, lo sé —me tapé la cara con las manos—. Fue una tontería. Un error. No tuvo importancia, te lo aseguro.

No sé exactamente cómo lo hice, pero la convencí de que no tenía nada por lo que preocuparse. Y sorprendentemente, Hannah no hizo ni un solo comentario sobre lo que sus angelicales ojillos habían visto la noche anterior. Estaba segura al 100% de que Elisa había mantenido con ella una intensa charla.

Tenía que plantearme las cosas desde una nueva perspectiva.

Intenté mantenerme ocupada durante toda la mañana, evitando así recordar lo que había pasado la noche anterior. En primer lugar, tras persuadir a Elisa, nos acercamos a la oficina de turismo más cercana para averiguar cómo podíamos alquilar un coche.

Era fácil, básicamente porque la propia oficina estaba asociada con una agencia de vehículos y se encargaban de todo. En apenas un par de horas, tras disfrutar de un copioso almuerzo en un restaurante del paseo —más de mil calorías, seguro—, nos entregaron las llaves de nuestro nuevo coche. Era blanco, pequeño, sencillo y perfecto.

A pesar de la resaca, me había levantado con una energía positiva que nadie lograría pisotear bajo ningún concepto. Era una mujer renovada.
Emma, versión 2.0

Cuando al fin montamos en el coche —y tras aprenderme el mapa de los alrededores casi de memoria—, nos dirigimos hacia una playa cercana que aparecía en los folletos de Hannah. A lo largo de la espléndida mañana, no surgió ni un solo contratiempo.

Vale, sí, reconozco que mientras estuve tumbada en la arena bajo el sol, recreé unas mil veces —quizá fueran más—, el beso que me había dado Alex la noche anterior. Pero omitiendo ese pequeñísimo detalle puntual —¡en serio, finjamos que no ocurrió!—, todo fue perfecto.

En ese idílico trocito de costa no había gente practicando surf, ni atractivos profesores sin camiseta, ni modelos llamadas Samantha que tenían pechos enormes que bien podrían servir como flotadores de salvamento marítimo.

¿Y por qué todas las chicas guapas tenían nombres que empezaban por la letra <<S>>? Ya desde antes de nacer, los padres de estas agraciadas jóvenes, sabían de antemano que serían <<Sensuales>>, <<Sexys>>, con cuerpos de <<Sílfides>>, <<Sirenas>>.

Puede que mi teoría cojease un poco, pero estaba dispuesta a perfeccionarla con el paso de los años para, más tarde, exponerla en un tribunal de quejas (¿eso existía?) o difundirla por internet.

Pero siguiendo con el trascurso de aquel día, dada la gran sensación de paz que me había invadido durante toda la mañana, cuando me dirigí a la consulta de la *psicóloga* —todavía guardaba ciertas dudas con respecto a su titulación—, lo hice tranquila, sin prisas —especialmente porque me perdí cuatro veces—, sintiéndome segura al volante del nuevo coche de alquiler.

Al llegar, no me extrañó no ver la moto de Alex. Típico de él llegar tarde, por supuesto. Era como su sello de identidad.

Esperé pacientemente tras llamar a la puerta, mientras escuchaba el tintinear de los numerosos cristalitos y cachivaches diversos que colgaban de todas partes.

Hilda abrió la puerta y me miró sorprendida, al tiempo que se quitaba las manoplas de cocina que llevaba en las manos.

—Oh, no te esperaba querida —musitó.

Aquel día llevaba una túnica roja con bordados en hilo dorado, que me

recordó a las vestimentas de algunos países orientales.

—Son las cuatro —alcé la mano para volver a mirar el elegante reloj que tenía en la muñeca, a pesar de que sabía perfectamente qué hora era.

Hilda arqueó sus finas cejas.

—Alex llamó esta mañana para cancelar la sesión —me informó.

—¿Qué? —fruncí el ceño—. ¡Pero si todavía tiene usted que decidir quién tuvo la culpa de todo lo que ocurrió!

Juro que Hilda se esforzó por no reír. Las comisuras de sus labios se tensaron cuando presionó los labios con fuerza, intentando contenerse. ¿Qué era lo que le parecía tan gracioso?

—Pasa querida, pasa —dijo, sosteniendo la puerta abierta—. No importa. No tenía a ningún otro paciente a esta hora, así que podemos proseguir con la sesión.

—Pero Alex no está —recalqué lo evidente.

—Lo sé, pero será interesante hacer una sesión individual.

Lo que en realidad a ella le parecía interesante era cobrar la voluntad. Es decir, setenta pavos. Netos. Sin factura. ¡Y parecía tonta con tanto rollo bohemio!

Suspiré dramáticamente, antes de decidirme a entrar en la casa y seguirla hasta la habitación de las coloridas alfombras. Al fin y al cabo, solía gastar el dinero en cosas estúpidas, como velitas de intensos olores, miles de utensilios de cocina que jamás llegaba a estrenar o ropa que finalmente me quedaba pequeña. Un poco de psicología nunca estaba de más.

—Siéntate —comentó en cuanto entramos.

Ah sí, claro, ahí tenía un mullido y cómodo... suelo.

—En primer lugar, ¿tienes idea de por qué Alex decidió cancelar la sesión?

Medité durante unos instantes, mientras ella buscaba entre un montón de papeles su pequeña libreta para, seguramente, comenzar a dibujar. Si es que a un niño hecho con cinco palitos se le podía denominar <<dibujo>>, claro está. Cuando era pequeña, a ese tipo de obras pictóricas, mi madre solía clasificarlas amablemente como <<garabatos>>.

—Probablemente sea porque... anoche nos besamos —desvié los ojos de su intensa mirada. Se me antojaba como un tigre feroz. Y mortal—. No fue nada importante. Obviamente, esto demuestra quién es más maduro de los dos.

—Ajá —cogió una pintura roja—. Así pues, ¿todavía te sientes atraída por él?

Esa pregunta era estúpida, como preguntarle a un cerdo si le gustaba rebozarse en un charco de barro, ¡pues claro que sí! Era algo instintivo. Había estado enamorada de Alex desde que era una niña, no era un sentimiento que pudiese esfumarse por las buenas, de la noche a la mañana.

Asentí en silencio con la cabeza. No vi necesario explicárselo utilizando la metáfora del cerdo.

—¿Te resultó agradable volver a mantener contacto físico con Alex?

Santo Dios, ¡odiaba a esa mujer! ¿Por qué no me levantaba, abría la maldita puerta y me marchaba, con la firme intención de no regresar jamás?

—Sí, supongo que es lo normal cuando alguien te atrae, tal como hemos dicho antes —recalqué—. Pero, si no le importa, preferiría hablar de lo que ocurrió antes de mi boda. O mejor dicho, de la anulada boda.

—De acuerdo —suspiró, al tiempo que dejaba la pintura color roja a un lado y cogía entre sus dedos una morada—. ¿Crees que Alex fue el único culpable de que vuestra relación se rompiera?

¡POR FIN!

¡Llevaba TANTO tiempo deseando que alguien, dispuesto a juzgar, me hiciera esa pregunta!

Y sí, ¡sí! ¡SÍ! ¡La respuesta era sí!

Quizá por eso —el hecho de tenerlo tan claro—, me sorprendí al ver que era incapaz de abrir la boca y contestar. Y aunque mi cerebro me gritaba una vez tras otra que la respuesta era afirmativa, no pude llegar a decirlo en voz alta. Por el contrario, me mantuve muy quieta, como una pánfila, mirando a Hilda fijamente.

—Emma, ¿podrías contestar a mi pregunta?

Era obvio que no. ¿Por qué siempre cuestionaba cosas evidentes?

—¿Y usted no podría... pasar a la siguiente pregunta? —tanteé, nerviosa—. Como en ese programa de la televisión, donde si los concursantes no saben qué responder se produce una especie... una especie de rebote hacia el siguiente y...

—Aquí tan solo estamos nosotras dos, Emma —me interrumpió—. Me temo que eres la única persona que puede contestar. Y además, ¿no era eso lo que querías desde el principio? Tenía entendido, si no me equivoco,

que demostrar la culpabilidad de Alex fue lo que te impulsó a visitar esta consulta. Este es el momento adecuado para hacerlo.

¡Puf! ¡Cómo si a eso se le pudiese llamar <<consulta>>!

—Todo este asunto de la culpabilidad es un poco ambiguo —logré decir.

Hilda apartó la mirada de su próxima *obra de arte* y clavó sus ojillos en mí. Por un momento, creí que podría leerme el pensamiento gracias a una pócima hecha a base de hierbas naturales.

—Lo enfocaremos de forma diferente —exhaló con fuerza—. ¿Crees que tú pudiste cometer algún error?

¿Sabéis que el 15% de las mujeres americanas se mandan flores a sí mismas en el día de los enamorados? Estaba convencida de que mi psicóloga formaba parte de ese porcentaje, porque no creía que ningún hombre estuviese dispuesto a mantener una relación estable con alguien tan despiadada. Ella cogía la cuerda de mi vida y la retorció cruelmente entre sus manos, estrujándome, mientras emitía la típica risa malévola característica de los villanos de *Disney*.

—Es posible —contesté tras un largo silencio—. Quizá me emocioné demasiado con el asunto de la boda. Al principio quería algo sencillo pero, entiéndame, tengo mis debilidades y Hannah no dejaba de enseñarme un montón de folletos de propaganda con vestidos preciosos, increíbles salones de baile, coches de lujo con sus florecitas bien colocadas en los retrovisores... —me mordí el labio inferior, pensativa.

—Continúa —me instó.

—Puede que se me fuese de las manos —admití—. Debí haber tenido en cuenta la opinión de Alex, puesto que también era su boda. Aunque, por otra parte, todo el mundo sabe que el matrimonio fue creado para satisfacer a las mujeres...

—¿Eso es lo que realmente piensas del matrimonio?

Me llevé las manos a la cara, angustiada.

—No —confesé alicaída—. Sinceramente, no sé por qué invité a trescientas doce personas, a más de la mitad apenas los conocía, pero no sé, no sé... —alcé la mirada al techo, sintiéndome tremendamente confusa y un pelín culpable—. La verdad es que él fue muy paciente con todo lo relacionado con la boda, siempre que le comentaba algún cambio de planes solía decir: <<Vale, si eso te hace feliz...>>.

Por primera vez, Hilda dejó a un lado su libreta, apoyó los codos sobre

sus rodillas para inclinarse hacia delante y me sonrió.

—Acabas de dar un gran paso, Emma —dijo—. Creo que es tremendamente importante que ambos empecéis a reconocer vuestros errores.

—Gracias.

Me sentí sutilmente aliviada. Era la primera vez que Hilda hilaba una frase completa sin atacarme deliberadamente.

—Y ahora hablemos de la noche en la que se rompió vuestra relación. Mierda. Ahí estaba otra vez la Hilda perversa.

—¿Qué quiere saber exactamente?

—Cuéntame qué pasó, desde tu punto de vista.

—Si insiste... —cogí mucho aire de golpe—. Faltaba una semana para la boda, así que había pedido dos días libres en el trabajo para ultimar todos los detalles. En concreto, si no recuerdo mal, era viernes. Estuve desde las diez de la mañana ocupándome de algunos asuntos pendientes. Ya sabe, los del catering no dejaban de dar problemas, repitiéndome una y otra vez que no podían servir salmón, ¿por qué no podía tener salmón en mi boda? ¡Me estaban volviendo loca!

Enmudecí de pronto, tas escuchar —o mejor dicho, asimilar—, mis propias palabras. ¿Qué demonios me había pasado? ¿A quién le importaba un dichoso salmón cuando ibas a casarte con el hombre más increíble del mundo?

—¿Te ocurre algo, Emma?

—Eh... no, no —sacudí la cabeza, levemente aturdida—. Como estaba diciendo, el estúpido salmón me torció la mañana. Después, tras comer con mis amigas, fuimos al salón de estética donde tenía que hacer las pruebas de peinado, maquillaje... —Hilda alzó una ceja en alto, como si todo lo que estuviese diciendo le sonase a chino—. Verá, consiste en que según el vestido que lleves, el ramo, la decoración general... se enfoca de un modo u otro la parte estética.

¿Por qué, por qué había perdido el tiempo con tantas tonterías?

Respiré hondo, antes de proseguir.

—Estaba ya en el salón, con todos esos profesionales esperando fuera, cuando descubrí que el vestido no me entraba. No había forma de abrochar los últimos botoncitos —expliqué, moviendo las manos de un modo extraño—. Me hundí totalmente. Entiendo que a usted puede parecerle una tontería, pero de pronto me convencí de que no era lo suficientemente

buena para Alex. Quizá tenga razón con aquel asunto de la autoestima del que hablamos ayer.

Sorprendiéndome, Hilda me dedicó una cálida sonrisa.

—¿Cómo reaccionaste en ese momento?

—Lloré.

—¿Y después...?

—Continué llorando, supongo —reí tristemente—. Bueno, en realidad, tras un buen rato de sollozos, me hicieron las pruebas de peinado y maquillaje igualmente —le relaté—. Y eso fue la gota que colmó el vaso. Resultó que me pusieron un maquillaje de una nueva marca y tuve una reacción alérgica. Fue horrible. Me picaba toda la cara, creí que estallaría de un momento a otro.

—Oh Dios, qué mala suerte, querida.

Se estaba mostrando misteriosamente amable. Esperaba que no escondiese un as bajo la manga.

—Y hubieron más problemas, tenía infinidad de cosas que solucionar... —añadí—. Así que, cuando llegué a casa y encontré a Alex en la cocina, sin camiseta, descalzo, tan solo vestido con esos vaqueros que le quedaban tan bien... pensé, ¿por qué demonios él es tan perfecto? ¿Y por qué querría estar con una chica a la que ni siquiera le cabe su vestido de novia? Estaba cocinando unos espaguetis y cuando se giró y me miró sonriente... Dios, creo que ése fue el momento exacto en el que exploté.

—Interesante. Muy interesante.

Debía de serlo, porque definitivamente había dejado de lado su faceta artística, dedicándome toda su atención.

—Un millón de pensamientos negativos me invadieron. Me sentía tremendamente inferior. —continué, asombrada por tener tantas ganas de contárselo todo—. Entonces vi la lechuga que estaba en la bolsa, sobre la repisa de la cocina, dado que todavía no la había metido en la nevera y me dije: <<pues no, no es perfecto, es evidente que si lo fuese habría guardado esa lechuga>>. Sencillamente pagué con él mis frustraciones, mis problemas de autoestima, mis miedos... Le grité. Le grité un montón de cosas que ni siquiera recuerdo. ¡Estaba tan enfadada conmigo misma! ¡Y me picaba tanto la cara!

Me quedé unos segundos en silencio, meditando sobre mis últimas palabras.

¡Pestañeé! ¡Pestañeé constantemente porque me ardían los ojos por

culpa de la alergia!

Y según Alex, tan solo cuando mentía dejaba de pestañear...

¿Sería todo distinto si él hubiese podido deducir que estaba mintiendo?, ¿qué las cosas horribles que le dije no eran ciertas?, ¿qué tan solo me sentía dolida, triste y débil?, ¿qué realmente lo último que deseaba era que se marchase de mi lado?

—Emma, prosigue.

Me llevé una mano al pecho, intentando aliviar la presión que empezaba a sentir.

—La discusión derivó en otros muchos temas porque, por supuesto, también teníamos algunos problemas que no tenían nada que ver con la boda —aclaré, hablando en un tono más bajo de lo normal—. Al final, fuera de control, le pedí que se fuese. Él preguntó: <<¿Y la boda?>> Y yo simplemente dije: <<No, no va a haber ninguna boda>>.

Comencé a sollozar.

—El caso es que, al final, esa noche la que se marchó fui yo. Dormí en el apartamento de Hannah —respiré con dificultad a causa de los mocos—. A la mañana siguiente, casi al medio día, cuando regresé a casa, descubrí que sí, se había ido.

Hilda se había acercado a mí y ahora me abrazaba con fuerza. Sé que puede parecer de locos, pero me daba igual. Ya no me importaba si esa mujer era psicóloga o una hippie que se escondía de las autoridades en aquel lugar, porque olía a incienso, a paz... y su cercanía me resultaba inmensamente reconfortante.

Me tendió un pañuelo y me soné la nariz.

—Y después... después pensé en llamarle —hipé—, confesarle que realmente no sentía nada de todo lo que había dicho y decirle lo mucho que le quería, pero... pe-ro... mi estúpido orgullo...

—Tranquila, Emma. Ya es suficiente —me acarició la cabeza con delicadeza—. Cálmate. La sesión ha terminado.

8

Tras la dura sesión con Hilda, me había refugiado en una playa cercana para ver el atardecer. Resultaba extrañamente triste observar cómo el sol, de un intenso color naranja, desaparecía lentamente del cielo, frente a las aguas tranquilas que se me mecían con melancolía. Después, me había tumbado en la arena con los brazos extendidos en alto, admirando la belleza de las estrellas y estremeciéndome al recordar la cantidad de veces que las había mirado con Alex a mi lado, cuando nos subíamos la cena a la terraza del edificio donde vivíamos.

Allí solíamos hablar de nuestros planes de futuro. Los nombres que les pondríamos a nuestros hijos, los lugares que nos gustaría visitar, los problemas del trabajo, el asunto de mudarnos algún día a una zona de la costa... Alguna vez, en plena madrugada, habíamos hecho el amor bajo las estrellas, con la esperanza de que a ningún vecino del edificio se le ocurriese subir a esas horas.

Una hora más tarde, suspiré mientras traspasaba la puerta abierta de madera, pintada de blanco, que conducía a la casa de Alex.

La luz del piso superior estaba encendida.

Llamé con los nudillos a la puerta, incapaz de encontrar el timbre en medio de la oscuridad, puesto que eran las doce de la noche.

Ya estaba a punto de darme la vuelta, inventándome mil teorías sobre por qué se negaba a recibirme —¿estaría con Samantha?—, cuando abrió.

Debía de gastar lo justo y necesario en camisetas, teniendo en cuenta que casi nunca llevaba una puesta. Evité desviar la mirada hacia su torso desnudo y la centré en el marco de la puerta. Ese trozo de madera parecía seguro e inofensivo.

—Hola —susurré.

—¿Estás bien? —preguntó de inmediato, frunciendo el ceño.

Asentí con la cabeza.

—Tan solo estaba... paseando por la playa —expliqué—, y me preguntaba por qué habías cancelado la sesión de hoy con Hilda.

Me miró fijamente durante lo que pareció una eternidad.

—¿Quieres entrar?

Me mordí la uña del dedo meñique, nerviosa.

—No hagas eso —Alex me apartó la mano de la boca e inclinó la cabeza hasta que nuestros ojos se encontraron—. Si entras, no ocurrirá

nada que tú no quieras que pase.

—Vale —solté de golpe todo el aire que había estado conteniendo.

Una camiseta roja colgaba del respaldo del sofá, la televisión estaba encendida pero sin el volumen activado y, sobre la mesita auxiliar del salón, había un plato donde todavía se distinguían restos de salsa holandesa.

¡Hacía tanto tiempo que no probaba esa deliciosa salsa! Más de un año. Exactamente, desde que Alex se había marchado, ya que en esencia era él quien siempre se había encargado de cocinar, no solo porque lo hacía como un chef de primera, sino porque las probabilidades de que la cocina estallase en llamas por mi culpa, eran bastante elevadas; calculaba que el peligro estaría en torno a un 69%.

Me senté en el sofá y me hundí ligeramente en el mullido almohadón.

Recordé entonces una de nuestras discusiones, al principio, cuando estábamos a punto de mudarnos. Nos habíamos enzarzado en una batalla campal frente al dependiente de la tienda de muebles, porque Alex quería un sofá con una superficie blanda, mientras que a mí me parecían más cómodos los que eran duros como una piedra —y además, en algún sitio, había leído que eran los adecuados para la espalda. Probablemente, en un folleto de Hannah—. Así pues, finalmente, nos decidimos por uno intermedio. ¿Conclusión? Ninguno de los dos estuvo jamás cómodo en ese sofá.

—¡Déjame adivinar lo que has cenado! —exclamé, en un torpe intento por romper el hielo—. ¡Ternera con salsa holandesa!

Alex sonrió mientras se acomodaba a mi lado. ¿Por qué no podía sentarse en el sillón de enfrente? Entendía que estaba en su propia casa, pero tal proximidad ponía en alerta todos mis sentidos. Un cartel luminoso se encendió en mi cabeza, donde se leía: <<¡Peligro, peligro!>>.

—Pensé que, después de lo que ocurrió anoche, no tenía mucho sentido seguir acudiendo a la terapia —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué no? Hilda todavía no ha dado un veredicto sobre quién tuvo la culpa.

—Sí, claro —Alex se frotó la mandíbula, donde se entreveían indicios de barba, pareciendo incómodo.

Volvíamos a quedarnos en silencio y centré nuevamente la mirada en el plato vacío.

—¿Has cenado? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—¿Quieres un poco? —movió la cabeza hacia la cocina—. Ha sobrado salsa. Me aprendí las medidas de memoria, así que continúo haciendo para dos.

Oh. No creía que mi corazón pudiese volver a romperse, pero aquel comentario me resultó tan, tan triste... Ojala hubiese podido seguir atiborrándome de salsa holandesa durante el resto de mi vida.

—No puedo negarme, sabes que me encanta —contesté, haciendo un esfuerzo inhumano por sonreír.

Alex se levantó y fue a la cocina. Estuve a punto de coger la camiseta roja, antes de seguirle, y exigirle que se la pusiese, pero me contuve en el último momento.

Desde el extremo más alejado de la estancia, observé cómo colocaba una sartén al fuego y, a continuación, sacaba un filete de carne de la nevera. Cuando me dio la espalda, me recreé deslizando la vista por su ancha espalda, los definidos hombros, la estilizada cintura...

—¿Tienes un poco de vino? —pregunté.

Quizá un trago lograra calmar la ansiedad que comenzaba a apoderarse de mí.

—Sí. Está en la nevera. Sírvete tú misma —me miró de reojo, al tiempo que le daba la vuelta al filete—. ¿Has venido en taxi?

—No, al final hemos alquilado un coche —expliqué, tras coger la botella y mirar a mi alrededor, intentando deducir en qué armario estarían las copas. Antes de que pudiese preguntárselo, abrió el mueble más cercano y me tendió dos. Las llené ambas todo lo posible.

—Me alegro —tiró unos granitos de sal sobre el filete de carne—. Así podréis ver algunos lugares de la zona. Conozco sitios increíbles por aquí cerca. Puedo darte algunos folletos...

—No, no, gracias —le interrumpí, después de dar un largo trago de vino—. Hannah ya tiene una tonelada de folletos turísticos.

—No sabía que Hannah supiese leer.

Le dirigí una mirada asesina que no pareció afectarle. Él depositó con cuidado el filete de carne sobre un plato y, a continuación, echó por encima la salsa holandesa. Olía tan bien, y tenía un aspecto tan delicioso..., que olvidé completamente su último comentario.

Mientras devoraba la cena, tenía la sensación de que habíamos

retrocedido en el tiempo, como si nada hubiese cambiado. Alex, a mi lado, relajado y tranquilo, llenó nuevamente las dos copas de vino y comenzó a hacer *zapping*, cambiando de canal una y otra vez hasta regresar al número uno.

—¿Te apetece ver una película? —preguntó, al tiempo que movía el cuello de un lado a otro, aliviando la tensión muscular.

Dejé el plato vacío sobre la mesa.

—En realidad creo que debería irme —me excusé—. Tan solo pasaba por aquí por el tema de la sesión... Pero ya sabes, tú y tu salsa holandesa..., era difícil resistirme.

—Has bebido. No vas a coger el coche —sentenció.

Y sin mediar palabra, activó el videoclub online de la televisión.

Reí con nerviosismo.

—Lo siento, quizá mañana podamos ver una película, pero ahora estoy muy cansada.

Todavía no había logrado alcanzar mi bolso, que colgaba del brazo del sillón, cuando Alex se levantó decidido del sofá, cogió las llaves de la repisa de la entrada y le dio la vuelta a la cerradura de la puerta. Después, cuando se las guardó en el bolsillo del pantalón, los músculos de su estómago se flexionaron de un modo tan seductor que estuve a punto de empezar a hiperventilar.

Regresó al sofá.

—Así pues, ¿qué tipo de película quieres ver? —me miró, sin soltar el mando de la televisión—. ¿Drama?, ¿comedia?, ¿acción...?

—¡No puedes secuestrarme!

—La nueva de *Sylvester Stallone* tiene buena pinta.

—¡Por encima de mi cadáver! Paso de ver una de esas películas donde solo hay explosiones y disparos y... más explosiones. Me niego.

Alex dejó de navegar por el videoclub online, puesto que estaba sumamente ocupado... desabrochándose el botón de los vaqueros.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grité, dando un pequeño saltito con el que logré alejarme de él unos cuantos centímetros.

—Ponerme cómodo —señaló mis pies—. Vamos, quítate los zapatos, sé que lo estás deseando.

—No, en absoluto —mentí y tragué saliva cuando le miré—. ¿Cuánto presupuesto inviertes anualmente en camisetas? Por lo que veo, se ha reducido significativamente.

Emitió una cálida carcajada.

—Lo justo —continuó tocando algunos botones del mando—. Ahora me estoy planteando empezar a ahorrar también en pantalones. Al fin y al cabo, ¿son realmente necesarios?

Le ignoré cuando distinguí la carátula de *Los puentes de Madison* entre las películas que estaban en oferta.

—¡Oh, ésa por favor! —gemí—. ¡Me encanta el papel que hace *Meryl Streep*! ¡Y *Clint Eastwood*! Y todo... ¡todo es perfecto!

—No —negó más efusivamente con la cabeza—. No volveré a pasar por una tortura semejante. Escoge la película que quieras, menos ésa.

—¡Pero acabas de decir que podía elegir la que quisiese!

—Porque no sabía que ese bodrio estaba en el videoclub. No puedo soportarla.

—¡Está bien! —desistí finalmente—. Pues entonces... veamos...
Posdata: Te quiero.

—¡Joder! —masculló, antes de acceder a poner mi última elección.

Tras unos primeros veinte minutos de máxima tensión (¿cómo colocar las piernas?, ¿por qué Alex me miraba de reojo cada dos por tres?, ¿en qué parte de la película estábamos ya?), conseguí relajarme y apoyé la cabeza en el brazo del sofá.

Ver una película con Alex sin estar tumbada sobre su cuerpo, acurrucada entre sus brazos, era casi antinatural, raro e ilógico. Tenía la sensación de que ambos estudiábamos concienzudamente cada uno de nuestros movimientos, hasta el punto de que se me antojaban artificiales, falsos, como si acabásemos de convertirnos en robots manejados por control remoto.

Cuando la película llegó a su fin, casi me había quedado dormida.

Ante el silencio sepulcral, tras apagar la televisión, logré espabilarme rápidamente.

—Acabamos de batir todos los records —musitó Alex, con la mirada fija en el reloj que colgaba encima del mueble principal—. Más de una hora sin discutir.

Ambos reímos al unísono.

—Deberíamos repetirlo algún día —dije, apenas en un susurro—. Quizá incluso logremos superar esta nueva marca.

—¿Tú crees? Creo que hemos puesto el listón demasiado alto —suspiró, al tiempo que se levantaba—. ¿Dónde has aparcado? Vamos, te

acompañaré hasta el coche.

De pronto tuve la sensación de que me estaba echando de su casa. Toda yo era una contradicción andante, porque en primer lugar ni siquiera había sido idea mía quedarme allí más de lo estrictamente necesario —es decir, hasta terminarme los restos de salsa holandesa—, pero a pesar de todo, una parte de mí no quería despedirse de él.

Me levanté a trompicones del sofá y cogí el bolso. Él se sacó las llaves del bolsillo de los vaqueros y le dio la vuelta a la cerradura de la puerta.

—¿No piensas vestirme para salir fuera?

—No era algo que entrase en mis planes —sonrió—. Pero si insistes... —añadió, mientras estiraba al brazo para coger la camiseta roja.

La gente no solía ir desnuda por las calles de Nueva York. Bueno, vale, miento. De vez en cuando se organizaba alguna de esas manifestaciones hippies —a Hilda le habría encantado asistir a tales eventos culturales— y, a modo de reivindicación, ciertas mujeres paseaban sus pechos por la ciudad.

—No te he insistido —aclaré, tras salir—. Quiero que conste en acta que tan solo he hecho una pregunta totalmente inocente.

—Sé perfectamente cómo funciona tu cerebro —comentó, siguiéndome el paso—. Sueltas frases sin ton ni son que sueles clasificar como <<consejos>>, <<sugerencias>> o <<preguntas inocentes>> cuando, en esencia, son simples órdenes que deseas ver cumplidas a raja tabla.

Caminé más rápido hasta llegar al coche y, cuando al fin alcancé a meter la llave en la cerradura, me giré hacia él cabreada.

—Gracias por estropear nuestro nuevo record.

Puso los ojos en blanco.

—Es la verdad, ¡tan solo he dicho la verdad! —se defendió—. ¿Ves? Siempre te cabreas por cualquier cosa. Relájate. Tómate la vida con humor. No sé, prueba otra vez lo de esas clases de yoga...

Sé que lo único que debía hacer era inspirar hondo, llenar los pulmones de armonioso oxígeno, y calmarme. La sesión con Hilda había resultado ser bastante esclarecedora pero, a pesar de que ahora sabía que gran parte de la culpa me correspondía, seguía sintiéndome dolida.

Y atacar a la persona causante de ese intenso dolor, era un reflejo puramente primitivo e instintivo.

—Tienes razón, debería relajarme. Creo que lo único que necesito es

echar un polvo —abrí la puerta del coche con un fuerte estirón—. Gracias por tus consejos.

—¿Qué?

Alex me sujetó de la muñeca, impidiendo que entrase en el vehículo. Tenía la mandíbula en tensión y su mirada era tan intensa que quemaba. En medio de la oscuridad, no podía distinguir el palpitar de la vena de su cuello, pero estaba segura de que en aquel mismo instante se estaría volviendo loca. Por retorcido que pudiese parecer, me sentí aliviada al lograr algún tipo de reacción por su parte, como si así me demostrase a mí misma que, muy en el fondo, no le era totalmente indiferente.

—Ya lo has oído.

Acercó excesivamente su rostro al mío, hasta el punto de que pude sentir la calidad de su aliento. ¿Por qué no podía mantener las distancias?, ¿por qué me torturaba constantemente? Quería que sufriese un ictus cerebral, estaba segura de ello en un 80%.

—¿Has conocido a alguien? —siseó.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

—¿Has conocido a alguien con quien puedas echar un polvo? —especificó, sin soltar mi muñeca, que mantenía firmemente apesada entre sus dedos.

Llegados a ese punto, era plenamente consciente de que la situación se me estaba yendo de las manos. Miré a mi alrededor, intentando encontrar una salida...

¿Sabéis que la probabilidad de recibir el impacto de una pieza de un avión desde el cielo es de 1 entre 10.000.000? ¿Debía mantener la esperanza de que ocurriese en ese mismo instante? Hubiese sido una distracción sin precedentes; mientras Alex se quedase embobado observando la pieza del artefacto, aprovecharía el caos generado para escapar a toda velocidad.

Lástima que jamás llegase a pasar nada similar.

—De ser así, ¿crees que te lo diría? —farfullé, procurando mantenerme serena—. No es asunto tuyo. ¿Cómo te atreves a preguntarme algo tan íntimo? —añadí, fingiendo sentirme conmocionada por su atrevimiento. Dios, era una actriz sensacional.

Alex soltó mi muñeca y dio un paso hacia atrás, sin dejar de mirarme.

Ahí debería haberme subido al coche para irme de una vez por todas pero, por el contrario, con el corazón latiéndome a trompicones, eché por

tierra toda mi anterior teoría sobre la intimidad.

—¿Y tú? —titubeé ligeramente—. ¿Te estás viendo con alguien?

<<Samantha>>, <<Samantha>>, <<Samantha...>>.

Ese nombre retumbaba una vez tras otra en mi cabeza.

<<Sensual>>, <<Sexy>>, <<Sílfide>>, <<Sirena...>>.

Y las características que la formaban, también.

—Es posible —contestó despacio, con la voz ronca, deslizando esas dos horribles palabras entre sus labios como si llevase siglos meditándolas.

Nota mental: no llorar.

No sé exactamente cómo lo conseguí, pero finalmente me metí en el coche y cerré la puerta dando un golpe seco. Introduje las llaves en el contacto, a pesar de que las manos me temblaban incontroladamente, y presioné el acelerador, alejándome de allí lo más rápido posible, incapaz de mirar a través del espejo retrovisor lo que estaba dejando atrás.

¿Se enfadaría Hilda si aparecía en su casa a las tres de la madrugada?

¿Encontraría el camino hacia su <<consulta>> en medio de la oscuridad?

¿Me denunciaría por acoso?

Necesitaba desesperadamente hablar con alguien.

Finalmente, deseché la opción de ir hasta allí, porque no tenía intención de pasar mis vacaciones arrestada o internada en un psiquiátrico. Sin embargo, cuando llegué al bungalow, presa de la desesperación, me dirigí a la habitación de Hannah y sacudí suavemente su pierna, intentando despertarla.

Podría haber acudido a Elisa, quien seguramente me hubiese felicitado por mi brillante comentario sobre echar un polvo con mi amante imaginario, dado que mentir era para ella una solución válida para combatir cualquier problema.

Y juro que realmente quería hacerlo, pero mis pies se movieron solos, dando un paso tras otro, hasta terminar entrando en el cuarto de Hannah, como si el destino —el horóscopo, posos de café o lo que fuese— me guiase hacia el camino de la bondad.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó, tras despertarse, llevándose una mano al pecho.

—Lo siento.

Hannah encendió la lamparilla de noche y se frotó los ojos. Vestía un precioso —y carísimo— pijama azul de seda, que tenía lacitos por todas

partes. Admiraba su capacidad para estar siempre perfecta, inclusive a la hora de dormir. Yo solía utilizar, a modo de pijama, las típicas camisetas gigantes que regalan de propaganda, a conjunto con viejos pantalones de chándal que jamás habían llegado a cumplir su verdadera función; lo que comúnmente se conoce como fines deportivos.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Has estado con Alex, verdad? Nos tenías preocupadas, pero no queríamos llamarte para no volver a interrumpir...

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres tumbarte aquí? —preguntó, dejándome un hueco en la cama.

Me acomodé a su lado, manteniendo la mirada clavada en el techo. Aquella situación me recordó exactamente a la noche en la que todo se rompió. Tras ir a casa de Hannah, habíamos dormido juntas. Si es que al acto de que tu mejor amiga te pase un pañuelo tras otro, porque no puedes dejar de llorar, se le puede llamar dormir.

—No te preocupes. Seguro que todo saldrá bien.

Hubiese podido creerme sus palabras, si no fuese porque se parecían demasiado a las que había pronunciado un año atrás. Todavía podía recordar con exactitud el momento en el que abrí la puerta del apartamento, a la mañana siguiente, dispuesta a solucionar todos nuestros problemas... Pero fue demasiado tarde. Se había ido. Y ni siquiera se molestó en dejar una nota, una señal, un... ¡no sé! ¡Cualquier cosa me hubiese bastado!

—¿Puedo confesarte una cosa?

—Claro.

—No creo que pueda estar jamás con ninguna otra persona. E imaginado desde pequeña cómo sería mi boda y siempre, siempre... estaba allí Alex, sonriendo, esperándome... No concibo mi vida con nadie más, a pesar de lo diferentes que somos, a pesar de que las cosas nunca fueron nada fáciles, a pesar del daño que nos hemos hecho mutuamente... —suspiré hondo—. A veces pienso en cómo sería Alex si no tuviese todas esas características que me sacan de quicio, como ser impuntual, un poco irresponsable, demasiado impredecible e impulsivo... Y no sé, no sé si entonces me gustaría tanto porque, de algún modo un poco retorcido, él ya no sería ese Alex que tan bien conozco, del que siempre he estado enamorada —permanecí en silencio unos instantes—. Pero será mejor que

mañana finjamos que nunca he dicho nada de todo esto, porque me he pasado años criticando sin parar esas cosas que, en el fondo, no quiero que cambie jamás, y cualquiera podría pensar que estoy completamente loca.

Hannah se dio la vuelta en la cama.

—Sabes que él todavía te quiere, ¿verdad?

—No, tú no lo entiendes —atajé—. Puede que todavía me guarde cariño, pero las cosas han cambiado, él ha rehecho su vida...

—¿Se lo has preguntado?

—¿Preguntarle el qué?

—Si todavía te quiere.

Hannah era, definitivamente, demasiado inocente. Eso explicaba por qué el 80% de sus parejas sentimentales, habían terminado arrasando su cuenta bancaria y abandonándola poco después.

—Será mejor que nos durmamos ya —contesté con tristeza—. Tengo ganas de que llegue mañana. Un nuevo día. Empezará todo de cero.

9

A la mañana siguiente, nos propusimos ver las secuoyas de Muir. Era uno de los lugares más conocidos de la zona, tal como se especificaba en los folletos de Hannah, y entre semana no solía haber tanto ajetreo turístico.

Por fin, pude estrenar unas mallas negras, que me llegaban por la rodilla, aprovechando que haríamos una caminata de casi dos kilómetros por el bosque de Redwood Creek. Durante unas horas, olvidé todos mis problemas. California estaba llena de contrastes, aquel paisaje era espectacular. Aunque éramos de las últimas del grupo, podía escuchar al guía que iba explicando los secretos del lugar. Allí estaban los árboles más grandes del mundo, era impresionante observarlos desde abajo. Me sentía tremendamente diminuta al lado de aquellas gigantescas secuoyas.

Cuando el guía paró frente al que parecía ser el más alto, explicando que medía setenta y seis metros, casi todos los turistas fuimos turnándonos para hacernos la típica fotografía a los pies del tronco de la secuoya.

—Perdona, ¿te importaría sacarnos una foto a las tres? —le pregunté a un chico que iba con un grupo de amigos.

Él sonrió y asintió.

—Claro. No hay problema —cogió la cámara—. Es el botón rojo, ¿verdad?

—Sí, ése.

Me acerqué a Hannah y Elisa. Ambas tocaban el tronco con las manos, mostrando una amplia sonrisa, posando para la cámara. Me coloqué en medio e intenté que mi sonrisa pareciese la mitad de sincera que las de ellas.

—Ya está —comentó tras hacer unas cuantas fotografías.

—Muchas gracias.

—De nada —me devolvió la cámara—. Me llamo Dylan, por cierto.

—Yo soy Emma —me esforcé por parecer simpática—. Y ellas, Hannah y Elisa —añadí, presentándoselas.

—¿Estáis de vacaciones? —preguntó, mientras proseguíamos la marcha de regreso por la senda Bohemian.

—Sí, las tres vivimos en Nueva York.

—¿En serio? —Dylan sonrió más ampliamente—. ¡Nosotros también! Bueno, mi hermano pequeño no, él reside ahora en Texas. Es ése de allí, el más bajito —explicó, señalando al grupo de amigos que le acompañaban y

que se habían adelantado; uno de ellos charlaba con Hannah.

—Qué coincidencia —musité sin demasiado interés.

¿Por qué no podía interesarme ningún otro hombre?, ¿por qué siempre los comparaba a todos con Alex y terminaban saliendo mal parados? Era incapaz de conectar con nadie más. No conseguía sentirme cómoda, no lograba ser yo misma.

Vale, era un poco irreflexivo hacerle un escáner tan rápido al tal Dylan, de buenas a primeras, pero me había acostumbrado a actuar así de precipitadamente con el paso del tiempo, por experiencia. En realidad, era atractivo. Pero no como Alex, por supuesto. Tenía el cabello bonito, castaño claro, bien peinado. Y sus ojos eran pardos, tirando a verdes, pero carecían de ese brillo travieso que él sí tenía... en fin, ya sabéis a quién me refiero.

—Podríamos quedar para tomar algo. Parece que nuestros amigos han hecho buenas migas.

—Ajá. Eso parece.

—¿En qué zona os hospedáis?

—Por Alfrach Beach.

—Estamos cerca entonces, a unos quince minutos en coche.

Apenas volvimos a hablar, pero no se apartó de mi lado durante el resto del trayecto. Me sentía torpe caminando tan cerca de él. Y estaba en tensión. ¿Y si tropezaba y caía en un charco de lodo? No parecía un final agradable para una primera toma de contacto. En cambio, si Alex hubiese sido quien presenciase tal situación —en el supuesto caso de darse, puesto que la posibilidad en sí existía—, nos habríamos reído como locos. Probablemente incluso me habría hecho una fotografía para que tiempo después, ya en nuestro acogedor apartamento, hubiésemos rememorado aquel momento viendo el álbum de recuerdos.

Antes de que la excursión llegase a su fin, Hannah intercambió su número de teléfono con uno de los amigos de Dylan y ellos nos preguntaron si aquella noche teníamos planes.

—No, no, ningún plan. Somos tres mujeres sin planes —contestó Elisa, con su típico tonillo de abogada psicópata—. Aunque, por supuesto, estoy prometida. Felizmente prometida. Pero mis queridas amigas —nos miró a ambas significativamente—, están *totalmente* solteras.

¿Acaso se podía estar *medianamente* soltera? O lo eras o no, así de simple.

Tras las palabras de Elisa, advertí que Dylan sonreía sin despegar sus ojos de mí.

—Vale, pues no se hable más. Quedemos esta noche —opinó el más bajito—. Os llamamos luego. Podemos acercarnos a Alfrach Beach.

—¡Súper guay! —Hannah aplaudió animada.

Durante todo el trayecto de regreso en coche, no dejé de preguntarme una vez tras otra si sería cierto que Alex había rehecho su vida tan fácilmente. En palabras textuales, era <<posible>> que estuviese conociendo a alguien; definitivamente no dejaba demasiadas dudas a la vista.

Ni siquiera podía imaginármelo con otra persona, besando unos labios que no eran los míos, acariciando un cuerpo desconocido... Apoyé la cabeza sobre el cristal, sentada en la parte trasera del coche, agradeciendo en silencio que Elisa se hubiese ofrecido a conducir durante el camino de vuelta. Apenas tenía fuerzas suficientes como para sentirme enfadada. No, no era eso, no notaba ni un atisbo de rabia bullendo en mi interior. Tan solo estaba... triste.

—¿Qué te parece Dylan?

Tardé un rato en contestar, puesto que no estaba segura de que la pregunta fuese dirigida a mí, hasta que vi que Elisa desviaba la mirada de la carretera para observarme a través del espejo retrovisor. Me encogí de hombros.

—No está mal.

—Chica, si llegas a contestar con un poco más de entusiasmo, estalla el coche —ironizó, al tiempo que negaba con la cabeza—. Emma, tienes que seguir adelante. Ese chico es mono, parece simpático y, lo mejor de todo, vive en Nueva York. ¡Esto sí que es toda una coincidencia! ¿No hablas ahora de rollos del destino, Hannah?

Hannah terminó de aplicarse brillo de labios, con la ayuda de un pequeño espejo ovalado que siempre solía llevar encima.

—Yo creo que hace mejor pareja con Alex. Cuando estaban juntos, eran ideales.

Elisa le dirigió una mirada letal. No sé cómo Hannah seguía viva, sinceramente.

En realidad, no estaba de acuerdo con ninguna de las dos. No quería saber nada de Alex... ni de ningún otro hombre. Mi vida, a fin de cuentas, no era tan horrible. Estar sola tenía algunas ventajas, como no tener que

preocuparme por si llevaba ropa desaliñada para estar por casa, hacer planes sin tener en cuenta a nadie más, ver cien mil quinientas películas románticas sin escuchar ninguna queja de fondo, gastarme media nomina en elegantes vestidos que nunca llegaba a utilizar...

—Dale una oportunidad. Quizá sea tu media naranja —insistió Elisa.

—A mi media naranja ya la encontré. El único problema es que era gilipollas.

Las tres reímos durante unos instantes, pero en cuanto el silencio invadió de nuevo el coche, volví a sentirme trise, como si aquel momento de diversión hubiese sido solo un espejismo.

—Sea como sea, esta noche quedaremos con ellos. Sin presiones. Tan solo para dar una vuelta, tomar algo, charlar un rato...

Suspiré dramáticamente.

Si no hubiese dicho aquella estúpida frase sobre echar un polvo... ¿por qué mi boca pronunciaba palabras que mi cerebro no llegaba a procesar? Se suponía que ambas partes debían ir a la par, conectadas. Era la ley de la naturaleza, de la genética, o de algo similar.

Aunque quizá era mejor saberlo directamente. Si hubiese cerrado el pico la noche anterior, nunca me habría enterado de que él estaba viéndose con otra persona. Con Samantha, probablemente. Puede que echar un poco de sal en la herida, ayudase de algún modo maquiavélico a que ésta se cerrase antes.

—Vale, me parece bien lo de esta noche —accedí, incorporándome hacia delante, apoyando la mano en el respaldo del asiento de Hannah—. Pero antes, tenéis que hacedme un favor.

Elisa puso los ojos en blanco.

—¿Ese favor está relacionado de algún modo con Alex?

—Eh... bueno...

Fruncí el ceño, mientras Elisa daba golpecitos con el dedo sobre el volante del coche.

—¡CONFIESA, Emma! —gritó de pronto.

—¡Sí, SÍ!

¡Por Dios! El corazón me latía a mil por hora. Me había asustado. Qué cruel era esa mujer. Pobres de los asesinos que tenían que sentarse en el estrado, frente a ella. ¿Cómo narices había conseguido ligarse a un tío como Colin? Él era... perfecto. Quizá le iba la sumisión o algo así.

Media hora después, las tres seguíamos en el interior del coche de

alquiler, a pesar de que el motor estaba apagado. Con las gafas de sol puestas —os lo repito, son infalibles—, observé a través de la ventanilla la playa que estaba enfrente. La misma playa en la que habíamos practicado surf con Alex días atrás.

Tal vez, si le veía con mis propios ojos al lado de otra mujer, lograrse superar la ruptura de una vez por todas.

No era fácil distinguir a todas las personas que había en el agua practicando surf, porque estábamos demasiado alejadas de allí. Intenté recordar de qué color era el bañador que Alex llevaba la última vez, pero probablemente había estado tan concentrada en recordar lo que había *tras* el bañador, que no me había molestado en retener el color. Además, normalmente su torso solía acaparar toda mi atención.

—¡No lo entiendo! —Elisa jugueteó con el ambientador del coche—. No entiendo por qué quieres ver a tu ex novio con otra persona. Es un poco masoquista, Emma.

—Creo que necesita comprobar si todavía le quiere.

—No consigo ver nada desde aquí... —me quejé, ignorándolas e intentando agudizar la mirada.

—Ten, toma mis prismáticos.

Pestañee confundida cuando Hannah los dejó sobre mis piernas, tras sacarlos de la mochila que se había llevado a la excursión.

—¿Qué haces con unos prismáticos encima? —pregunté.

—No sé, como íbamos a hacer senderismo... —se encogió de hombros—. También llevo barritas energéticas, una bolsa de maquillaje, un cepillo del pelo, algunos chicles para el aliento... —prosiguió, revolviendo su mochila.

Dejé de escuchar cuando, al fin, con ayuda de los prismáticos de Hannah, conseguí distinguir a Alex en el agua. De pronto, los latidos de mi corazón se aceleraron y noté que tenía la boca seca.

Alex estaba rodeado por tres chicas que llevaban tablas de surf. Y por supuesto, una de ellas era rubia, alta... y sabía de primera mano que se llamaba Samantha. Estaba tumbada sobre la tabla, boca abajo, con las piernas en alto y remaba con las manos.

Me obligué a no temblar, porque si lo hacía, los prismáticos se movían incontroladamente y perdía la visión.

—¿Le has encontrado ya? —escuché que preguntaba Hannah, pero no fui capaz de contestar.

Alex se acercó nadando a Samantha que, en ese momento, bajó de la tabla con una elegancia innata que contrastaba con mis torpes movimientos. Ella sonrió y él correspondió su sonrisa. O eso creí ver, porque la escena era demasiado difusa como para poder distinguir sus gestos con claridad, así que los detalles corrían a cargo de mi desbordante imaginación. Entonces, Samantha saltó sobre él, rodeándole con los brazos. De súbito, como si estuviese histérica por algo. Recé por dentro, esperando que Alex se apartase en ese momento. Pero no lo hizo. Se quedó allí, en el agua, quieto, permitiendo que ella le abrazase.

Lancé los prismáticos al otro lado del asiento, me quité las gafas y presioné con fuerza el puente de mi nariz, con la mirada clavaba en la alfombrilla del coche.

—Cuéntanos qué has visto, Emma —rogó Elisa, con un tono suave poco habitual en ella.

—No, na-nada. Todo está bien —respiré hondo—. Volvamos a bungaló, quiero prepararme para esta noche —les sonreí intentando tranquilizarlas, aunque sé que no coló, porque ambas continuaban mirándome con expresión de preocupación—. Hannah, ¿me dejas tu vestido negro? El ajustado con la espalda descubierta.

A ella le quedaba un poco grande. Por eso para mí era ajustado, claro.

—¡Por supuesto! ¡Y puedes quedártelo, te lo regalo!

Negué con la cabeza. Por eso las adoraba. Porque Elisa tenía su parte tierna, pero sabía cuándo debía mantenerse firme para no dejarnos caer y Hannah, por el contrario, era toda bondad y, a pesar de la cantidad de dinero que tenía, la persona menos codiciosa que jamás había conocido.

—Gracias chicas, de verdad —les mostré la primera sonrisa sincera del día—. Aunque pueda sonar típico, realmente no sé qué haría sin vosotras.

Pasamos la tarde viendo la televisión, aprovechando que hacían reposición de capítulos sueltos de *Sexo en Nueva York*. Me comí un bollo de chocolate para merendar y juré que jamás volvería a hacer dieta, mucho menos si era por un tío de algún modo indirecto. Fue como si el tiempo no hubiese pasado y todavía fuésemos unas jóvenes estudiantes que compartían piso.

Horas más tarde, cuando intentaba abrocharme la cremallera del vestido de Hannah, me acordé del dichoso bollo de chocolate. No subía. No me cabía. Ideal para reforzar la escasa autoestima que me quedaba.

—Deja que te ayude —se ofreció Elisa, tras dejar la plancha del pelo a un lado.

No sé exactamente cómo lo hizo, pero logró subir la cremallera. ¡Milagro!

Me miré en el espejo del baño, mientras ella continuaba alisándose el cabello, estudiando el resultado. Si exceptuaba el hecho de que mis pechos parecían luchar por salir de aquel vestido, me sentaba bastante bien.

Tragué saliva, observando a la mujer que me devolvía la mirada tras el espejo. Tenía los ojos marrones, de un color clarito. Cierta espécimen, tiempo atrás, solía decir que mis ojos eran dulces. Llevaba el cabello, que era de un castaño tan oscuro que parecía negro, suelto y muy largo. Quizá nunca me había gustado cortármelo demasiado por los estropicios que mi madre había hecho con mi pelo cuando era pequeña; puede que sufriese algún tipo de trauma capilar.

En general, era bastante normal físicamente. No sé por qué en ocasiones me obsesionaba tanto con mi imagen. Tenía un cuerpo curvilíneo, sí, pero también una piel sin imperfecciones, por lo que apenas necesitaba maquillarme y unas pestañas larguísimas. Debía empezar a valorarme de un modo más positivo. En algún lugar —probablemente en una de las revistas de Hannah—, había leído que el atractivo de una persona tenía mucho que ver con la actitud y la imagen que ofrecía a los demás de sí misma.

Habíamos quedado con nuestros nuevos *amigos* en un pub, que estaba a unos diez minutos a pie del bungalow. En cuanto entré, supe que no tenía nada que ver con el local caribeño que Alex solía frecuentar. Aquel lugar, por el contrario, me recordaba un poco a Nueva York. La decoración era minimalista, no estaba atestado, la gente iba vestida y los sillones parecían ser cómodos.

En una de las primeras mesas, distinguí a Dylan. Tan solo iba acompañado por el que creía que era su hermano pequeño y un joven pelirrojo que, a primera vista, parecía escocés.

—Ya pensaba que no vendríais —Dylan sonrió amablemente, mientras me acomodaba a su lado.

—Se nos ha hecho un poco tarde.

Tras excusarse, Elisa alzó la mano cuando uno de los camareros se dirigió a la mesa de al lado. Éste nos atendió un minuto después, sin esperas, sin que tuviésemos que ir hasta la barra y anotando el pedido de

tres San Francisco en un bloc de notas. Maravilloso.

Sonaba una música ambiental de fondo, pero el volumen estaba bajo, así que se podía hablar sin problemas. El tipo pelirrojo comentó que era abogado y rápidamente conectó con Elisa y comenzaron a hablar de *importantísimos* casos judiciales que nadie más parecía conocer.

—¿Y tú a qué te dedicas?

Dylan me miró de reojo, mientras le daba un trago a su bebida. No estaba segura de qué había pedido, pero el líquido tenía un color azul intenso, similar al de los ojos de Alex.

Auch. Mierda. Estaba enferma.

—Trabajo en una editorial. Estoy especializada en novela romántica.

—Interesante... ¿publicas cosas estilo *50 Sombras de Grey*?

En aquel momento, sorprendentemente, comencé a reírme a carcajadas. Mis amigas me miraron emocionadas, intentando adivinar qué me había hecho tanta gracia.

—Vaya, gracias por tu reacción —Dylan sonrió, tenía las mejillas ligeramente sonrojadas—. Hacía siglos que no me sentía tan gracioso al lado de una chica.

—Lo siento —tosí, intentando reponerme—. En realidad la línea que llevo se ajusta a unos cánones románticos más convencionales, aunque actualmente el mercado nos pide que publiquemos novelas de corte erótico, así que no lo descartamos.

—Suenas muy profesional.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Escribo libros eróticos.

Hubo un previo silencio antes de que, nuevamente, estallásemos en carcajadas.

—Era broma —consiguió decir finalmente—. Soy arquitecto.

Clavé la mirada en la mesa de madera, mientras removía mi San Francisco con la pajita rosa. Dylan parecía un tío genial. Divertido, guapo, con un trabajo estable...

¿Lo malo? No me atraía en lo más mínimo. Me hubiese gustado que provocase algún tipo de reacción en mi cuerpo que, para variar, no parecía conectar bien con mi cerebro. Era como si fuesen dos partes de mi anatomía que nada tenían que ver. No pedía mariposas o que me diese un vuelco el estómago, me conformaba con... algo, cualquier cosa, pero *algo*.

La noche fue tranquila, sin ningún contratiempo. Era agradable

disfrutar de unas horas de paz. Tenía su encanto poder hablar con alguien comprensivo, teniendo la seguridad de que la conversación no se terminaría convirtiendo en una apoteósica discusión de un momento a otro.

Tras unas cuantas copas, Hannah comentó que le gustaría ir a algún local más animado donde pudiese bailar. Ya habíamos salido de allí, cuando Dylan me propuso dar un paseo por la playa.

—Claro. ¡Id, divertíos! —exclamó Elisa con demasiado ímpetu.

—No sé... —dudé, con la vista clavaba en el suelo del paseo marítimo—. No he cogido las llaves... —comenté insegura, buscando una excusa, sin saber demasiado bien qué decir.

—Toma las mías.

Elisa zanjó la discusión entregándome sus llaves. Me las pagaría, tarde o temprano.

No me parecía desagradable la idea de pasear con Dylan pero... bueno, apenas le conocía, no sabía nada de él, estaba segura de que me sentiría incómoda.

Al principio, caminamos en silencio por el paseo, pero no tardamos demasiado en comenzar una animada conversación sobre los turistas que diariamente visitaban Nueva York, colapsando la ciudad.

Cuando Dylan se quitó los zapatos para internarse en la arena de la playa, le seguí.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —preguntó.

—Soy toda oídos.

—El famoso dicho: <<Nueva York, la ciudad que nunca duerme>> —ambos reímos—. ¿Quién no duerme?, ¿qué pasa con todos los que vivimos allí?, ¿somos zombis?

—Tienes razón —respiré hondo, deleitándome con el olor a sal marina—. Yo odio cuando los turistas se arremolinan en la avenida principal, haciéndose fotografías sin parar, porque tengo que pasar por ahí para ir al edificio donde trabajo y es un tormento.

La brisa sacudía su cabello castaño. Tenía una de esas sonrisas sinceras que inspiran confianza. Y me sorprendió advertir que me sentía cómoda a su lado.

—Podríamos quedar para almorzar algún día, en Nueva York —propuso—. Normalmente tengo media hora libre, si todo va bien. Y por lo que dices, mi oficina está cerca de la tuya, unas calles más atrás.

—Sí, estaría bien. Suelo ir a Jack's Stir Brewed Coffee, hacen el mejor

café. Y me vuelven loca las pastas que preparan para acompañar. Son mi perdición.

—Sé a qué local te refieres, es bastante pequeño ¿verdad?

Asentí con la cabeza antes de bostezar, tapándome la boca con una mano.

—Deberíamos volver. No creo que las chicas tarden mucho en llegar al bungalow.

—Te acompaño, si quieres.

Cuando dejamos atrás la arenosa superficie de la costa, Dylan se puso de nuevo los zapatos, pero yo preferí caminar descalza por el paseo de la playa. Llevaba los zapatos de tacón en la mano y se balanceaban al compás de mis pasos.

Apenas tardamos cinco minutos en llegar hasta la puerta exterior del bungalow donde nos hospedábamos. No había casi luz, ya que la única farola encendida estaba a varios metros de distancia. Bostecé de nuevo. Había sido un día agotador, necesitaba descansar.

—Gracias por todo. Lo he pasado bien —musité.

Era cierto. Me alegraba haberle conocido. Quizá, si algún día terminábamos quedando en Nueva York, podríamos ser buenos amigos. Salir con ellos y las chicas, había conseguido despejarme. No sé qué habría sido de mí si aquel día hubiese estado completamente sola.

—Yo también. Espero que volvamos a vernos —susurró—. Pero por si acaso...

Lentamente, se inclinó hacia mí. No sé si no pude o no quise frenarle, porque era plenamente consciente de que estaba a punto de suceder.

Sus labios rozaron los míos, fue un contacto sumamente suave. Me quedé muy quieta, casi sin respirar, cuando su boca presionó la mía con más fuerza, a la espera de sentir algo, un cosquilleo quizá, pero no llegó a suceder e, instantes después, escuché un gruñido y el beso se rompió de golpe.

—¿Qué...? ¿Qué estás...? —farfullé desorientada, intentando comprender lo que estaba ocurriendo.

Distinguí la silueta de Dylan en el suelo, que rápidamente se incorporó llevándose una mano a la mejilla derecha. Alex estaba a un escaso metro de distancia y le dio un puñetazo a la pared de cemento que delimitaba la parcela, como si no hubiese tenido suficiente atestándole uno a Dylan.

—¿No tienes ningún derecho a...!

Me quedé muda cuando Alex se giró y pude ver la expresión de su rostro. Tragué saliva despacio. Parecía fuera de control.

—Dylan, será mejor que te marches —comenté, ya que parecía lo más sensato dada la situación—. Lo siento. Lamento lo que ha ocurrido.

Él negó con la cabeza un par de veces, tras dirigirle una mirada iracunda a Alex, como si no pudiese creer lo que acababa de suceder y, finalmente, comenzó a alejarse por donde había venido, recorriendo el paseo de la playa. Nosotros permanecemos en silencio, mirándonos en la penumbra.

Respiré hondo.

—No sé qué es lo que quieres de mí —farfullé—. ¿Lo que haga con mi vida, ya no te incumbe! ¿Acaso te has vuelto loco?

Aun estando separados por varios metros de distancia, podía escuchar su respiración profunda.

—¿Crees que voy a dejar que un tío te bese delante de mis narices? —preguntó, alzando progresivamente la voz.

Dio un paso hacia mí y percibí un intenso aroma a alcohol.

Joder. Menuda suerte la mía.

—Estás borracho. Has bebido.

—Es lo que la gente suele hacer cuando quiere olvidar.

De pronto, me pareció que el frío de la noche era más afilado. Algunos de los arbustos que bordeaban la propiedad se sacudieron movidos por el viento, produciendo un sonido agudo, similar a un silbido muy suave.

—¿De qué pretendes olvidarte? —pregunté, con un hilo de voz.

—De ti —todavía tenía los puños apretados, aunque ahora parecía menos furioso y más alicaído—. Siempre has sido tú, Emma.

Se me encogió el estómago y noté que comenzaba a temblarme el labio inferior, como si estuviese a punto de llorar, pero entonces recordé lo que había visto aquella misma tarde.

—No te entiendo —me abracé a mí misma. Estaba temblando—. Te he visto con ella, Alex. No sé a qué estás jugando.

Dio un paso al frente, sin apartar sus ojos de los míos, como si esperase encontrar alguna pista a través de mi mirada.

—¿De quién estás hablando?

—Samantha —musité secamente.

Y aquel nombre sonó horrible cuando salió de mis labios, como si pronunciarlo fuese una especie de sacrilegio. Seguramente por todo lo que significa para mí, representando aquello que siempre había anhelado, esa seguridad de la que carecía completamente.

Alex paseó los dedos por la línea de su mandíbula y apartó la mirada.

—Solo es una amiga —aseguró—. Lo que dije ayer... no era cierto, no estoy saliendo con nadie, tan solo estaba cabreado... —se tambaleó ligeramente cuando intentó acercarse más. En aquel momento, no parecía tener mucho control sobre sí mismo—. Emma, lamento haberme marchado aquel día, si pudiese retroceder atrás en el tiempo... No importa quién tuvo la culpa de lo que ocurrió, me da absolutamente igual.

No había ningún ruido alrededor y eso provocaba que su voz, sus palabras, sus gestos, penetrasen más profundamente en mi interior. Cuando noté que una lágrima luchaba por escapar, me froté los ojos con furia.

—¿Te has acostado con ella?

Mi voz era apenas un susurro, pero por su expresión supe inmediatamente que me había oído.

—No.

Bajó la mirada.

Y después volvió a alzarla, hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Sí —admitió finalmente, antes de emitir un largo suspiro.

Fue como si todo se derrumbase a mi alrededor. Todo.

En aquel momento, me sentí más pequeña e insignificante que nunca. Cogí mucho aire de golpe, intentando mantenerme serena.

Yo no había mantenido ningún tipo de relación con nadie desde nuestra ruptura. Durante los primeros meses, me convertí en una especie de espectro andante que seguía adelante de forma automática, por puro instinto. Más tarde, cuando acepté la situación, me centré en el trabajo, convenciéndome de que el único amor verdadero y perfecto era el que encerraban las páginas de un libro.

Obviamente, a Alex no le había afectado del mismo modo la ruptura.

—Emma, fue hace mucho tiempo, casi cuando acababa de llegar aquí —susurró—. Ni siquiera me acuerdo, había bebido y yo... no sé por qué lo hice. Ahora solo somos amigos. Y te juro que nunca he sentido nada por ella. Estaba perdido y cabreado por todo... creí que no volvería a verte nunca más. ¡Y joder, ni siquiera estábamos juntos! No hagas que me sienta más culpable, por favor.

Intenté apartar de mi mente las imágenes que comenzaron a sucederse a toda velocidad. Imágenes donde ellos estaban juntos. Acaricié con los dedos las pulseras que colgaban de mi muñeca, concentrándome en las diminutas estrellitas que pendían de una cadena de plata. No sé cuánto tiempo estuvimos en silencio, el uno frente al otro, pero se me antojó eterno, como si llevásemos toda una vida sin hablar. Tenía la sensación de que había una enorme barrera entre nosotros que ninguno de los dos sabía cómo escalar.

—Entra. Te curaré la mano —susurré finalmente, incapaz de proseguir con el hilo de la conversación anterior.

Seguí con la mirada el movimiento de su pecho cuando suspiró profundamente. Después se giró, apoyó las manos sobre el muro de cemento que minutos atrás había golpeado, y permaneció allí durante unos instantes cara a la pared.

—¿Te gusta ese tío?

—¿Quién?

Ladeó la cabeza para mirarme. Tenía una sonrisa irónica congelada en los labios, a pesar de que lo último que parecía era feliz.

—¿Tan difícil es recordar que hace unos minutos te estabas besando con alguien? —escupió cabreado.

Iba a decirle que no, que me importaba tan poco el pobre chico que acababa de conocer que ni siquiera había caído en la cuenta de que se refiriese a él, a pesar de que hacía apenas un rato me había acompañado hasta la puerta del bungalow, porque cuando Alex estaba cerca, su presencia resultaba extrañamente cautivadora, como si me envolviese en una nebulosa, provocando que olvidase todo lo demás. Solo existía él. Y yo. Nosotros...

Dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo, inertes, como si se hubiese quedado sin fuerzas.

—Mejor déjalo, no respondas —siseó—. Creo que prefiero no saberlo.

Evitando mirarme siquiera, pasó por mi lado dando grandes zancadas, dispuesto a marcharse de allí. Así, sin más. Sin cargos de conciencia. Después de darle un puñetazo a una persona inocente. Después de admitir que, durante todo este tiempo, se lo había estado pasando en grande con una modelo de metro ochenta.

No. No permitiría que las cosas acabasen así. Todavía me quedaba un poco de orgullo.

Le seguí hasta la verja de madera.

—¿En serio, Alex? —bramé, furiosa—. ¿Cómo te atreves a juzgarme?

Él paró en seco de caminar e inspiró profundamente, con los ojos cerrados, como si el mero hecho de escuchar el timbre de mi voz lograra sacarle de quicio.

—Emma, estoy a un paso de estallar —musitó—. Te aconsejo que mantengas la boca cerrada.

—¡Oh, perdona, lamento ser una molestia para ti! —continué con ironía, alzando los brazos en alto. Notaba la rabia bullendo en mi interior, como un volcán en erupción—. ¡Ve a casa de Samantha! ¡A lo mejor te molesta menos escucharla a ella! Oh, bueno, ahora que lo pienso... para follar tampoco hace falta hablar, ¿no?

Alex respiró pesadamente. Su pecho subía y bajaba, al compás de las bocanadas de aire que tomaba. Me daba igual el palpar de la vena en su cuello. Me daba igual que sus ojos se hubiesen oscurecido hasta tornarse casi negros. Y me daba igual que estuviese furioso. Porque, ¿sabéis qué?, yo lo estaba más. Yo sí había estallado.

—¿CÓMO TENGO QUE DECÍRTELO? —gritó, sobresaltándose—. ¿EN QUÉ IDIOMA QUIERES QUE TE HABLE? ¡NO FUE NADA! ¡NADA! ¡ESTOY CANSADO DE SENTIRME CULPABLE CONSTANTEMENTE!

—¡Y YO ESTOY CANSADA DE SENTIRME HUMILLADA CONSTANTEMENTE! —contesté, elevando el tono de voz todo lo posible; hasta el punto de que, si existía vida extraterrestre, con total seguridad estarían al tanto de nuestra discusión.

—¡TE ESTABAS BESANDO CON UN IDIOTA HACE CINCO MINUTOS!

—¿Y A TI QUÉ TE IMPORTA? ¡NI SIQUIERA SÉ QUÉ DEMONIOS HACÍAS AQUÍ!

Enmudecí cuando advertí que un coche de policía acababa de estacionar frente a nosotros. Tragué saliva, nerviosa. Alex se giró y se cruzó de brazos, en actitud desafiante, mientras un agente, vestido de uniforme, bajaba del vehículo y se dirigía hacia donde estábamos, caminando a paso lento. ¿Tanto habíamos alzando el tono de voz?, ¿había llamado algún vecino a la policía o era mera casualidad?

—Buenas noches, agente, ¿hay algún problema? —preguntó Alex con altivez.

El policía no era demasiado alto y tenía una voluminosa y llamativa barriga, completamente redonda. Nos miró a los dos con los ojos entrecerrados, al tiempo que se llevaba una mano al rostro y se acariciaba el bigote con parsimonia.

—Nos ha llamado un tal Dylan Wallas, informándonos de que había ocurrido un percance aquí mismo. ¿Saben de lo que estoy hablando?

Madre mía.

Alex se encogió de hombros.

—No, no me suena. Ni siquiera lo conozco, aunque tengo el presentimiento de que es un idiota.

—Es curioso, porque la descripción que nos ha dado encaja con usted —meditó el agente; deslizando la vista por el cuerpo de Alex—. Y además, me gustaría saber por qué estaban gritando en medio de la calle hace tan solo unos instantes; ¿son conscientes de que podría considerarse un delito por escándalo público?

Alex bufó, tambaleándose ligeramente hacia un lado. Yo me había quedado completamente muda, convirtiéndome en un mero espectador. Una parte de mí, no creía que todo lo que estaba ocurriendo pudiese ser real; aquella situación tenía pinta de película de comedia de las malas.

—¿Y usted es consciente de que está empezando a tocarme los cojones? —farfulló Alex, provocando que emitiese un pequeño grito, conmocionada por su contestación—. ¡Déjenos en paz!

El agente abrió los ojos consternado y carraspeó, aclarándose la garganta antes de hablar.

—Bien. Por lo que veo, van a tener que acompañarme a comisaría. Necesitaré tomarles algunos datos, ¿llevan la documentación encima?

Volví en mí rápidamente, recobrando la capacidad de hablar, a pesar de que tenía la boca completamente seca y me sudaban las palmas de las manos.

Aquello no podía ser real. De hecho, el bigote del agente parecía falso, estaba un poco ladeado hacia la derecha y algunos pelillos sobresalían más de lo normal. Parecía plausible que fuese un actor de segunda categoría, aunque tampoco lo hacía nada mal.

—¿Es una broma? Oiga, agente, no quiero participar en ningún reality show de esos que están de moda, donde al final se descubre que hay una cámara oculta —repliqué, indignada—. No me interesa salir en la televisión.

—Señorita... lamento comunicarle que esto no es ninguna broma — dijo, hablando despacio y con calma—. Y ahora, por favor, suban al coche sin oponer resistencia o tendré que pedir refuerzos. Les aconsejo que no compliquen más la situación.

—¿Pero está pirado o qué le pasa? —Alex dio un paso al frente, acercándose al agente, y éste alzó las manos en alto, intentando tranquilizarle—. ¿Va a detenernos? ¡Ese gilipollas estaba besándola! ¡Y sí, le he dado un puñetazo! ¿Cuál es el problema? ¿Acaso ahora es ilegal darle un pequeño golpe de nada a alguien? ¡Venga ya! ¡No me joda!

Respirando con dificultad, a causa de la tensión, le estiré a Alex de la camiseta, llamando su atención.

—Por favor, hagamos lo que dice —pedí en un susurro—. Tan solo será un momento. Vamos, nos toman los datos y ya está. Por favor... te ruego.

Alex me miró desde arriba, inclinando ligeramente la cabeza hacia mí. Todavía seguía furioso y casi podía recrear en mis oídos el palpitar acelerado de su corazón. Normalmente era una persona paciente y no solía meterse en líos. El problema era que, cuando traspasaba su línea de control, perdía completamente el norte. Era todo o nada. Blanco o negro. Para él no existían los puntos intermedios. Yo le había visto realmente cabreado pocas veces a lo largo de mi vida pero, sin duda, ésta era una de ellas.

Me dedicó una mirada repleta de ira.

—Está bien, si lo que quieres es pasar una divertida noche en comisaría, ¿quién soy yo para negarme? —contestó, antes de pasar al lado del policía, casi rozándole el hombro a propósito, e introducirse en el interior del coche dando un sonoro portazo.

Diez minutos después, los dos estábamos en una comisaría de policía.

Bueno, al menos ahora podía tachar de la lista de <<cosas por hacer>> el hecho de estar detenida. Y no, no era una situación graciosa como solían mostrar en la mayoría de *sitcoms* que me tragaba semanalmente. No molaba nada. En realidad, estaba aterrada.

Nos encontrábamos dentro de una sala, acompañados por dos policías —uno de ellos era el que nos había detenido—, sentados en unas sillas increíblemente incómodas, frente a una mesa de madera blanca casi prehistórica. Los dos agentes llevaban más de media hora haciéndonos

infinidad de preguntas. En resumen, les habíamos relatado gran parte de nuestras memorias, incluyendo el episodio de la boda cancelada, el reencuentro, el beso de Dylan y el posterior golpe que éste se llevó antes de llamar a la policía.

—Vale —el agente John, que se había presentado al entrar en la sala, me miró directamente a mí, provocando que me estremeciese—. Ya hemos aclarado el asunto de la pelea. Por suerte, el señor Dylan Warris no va a presentar cargos.

Alex bufó.

Un parte de mí, tenía ganas de asesinarle. ¿Por qué era tan estúpido? ¿Por qué no se paraba a pensar más de dos segundos antes de hacer las cosas? ¿Por qué tenía que ser tan ridículamente impulsivo?

Estábamos-detenido-en-una-comisaría. Detenidos. Como dos ladrones de poca monta.

Afortunadamente, el agente John ignoró el gesto de Alex, y prosiguió hablando.

—Como decía, no ha presentado cargos —se cruzó de brazos—. Pero según mi compañero, cuando él llegó al lugar de los hechos, ambos estaban enzarzados en una disputa. Y según su descripción, usted estaba sumamente alterado —se giró hacia Alex y después me miró a mí—. ¿Le ha hecho daño este hombre en algún momento, señorita? —me preguntó.

Alex emitió una profunda carcajada, sorprendiéndolos a ambos.

—¿Qué si le he hecho daño? —se burló, todavía sonriendo—. No, no, ustedes no están entendiendo de qué va todo esto. Ella es el demonio. El anticristo —aclaró, gesticulando excesivamente con las manos.

Respiré hondo, intentando tranquilizarme. Llegados a este punto, alguien debía seguir manteniendo el control. Y sin duda, ese alguien era yo, dado que no quedaba nadie más que estuviese cuerdo en esa habitación.

—No, no me ha hecho daño, omitiendo el hecho de que es un imbécil. Pero él no tiene la culpa. Nació así. Y créame, es genético. Lo sé porque conozco a su madre —farfullé, incapaz de morderme la lengua. A la mierda la cordura.

Alex chasqueó la lengua, tras emitir otra risotada. Sabía cómo sacarme de quicio.

El agente que nos había detenido, intercambió una mirada con John y suspiró pesadamente.

—Bien, creo que tendrán que solucionar sus problemas en otra parte.

Ahora les tomaremos los datos y podrán irse.

—Vale, una pregunta, señor agente... —les miré a ambos, dudando sobre a cuál de los dos dirigirme, ¿quién hacía de *poli bueno* en esos momentos?, porque me interesaba hablar con ése en concreto. Finalmente, me decanté por John—. ¿No quedará reflejado este percance en mi expediente, verdad?

—Lamento comunicarle que sí.

—¡Pe-pero no puedo p-permitirlo! —balbuceé, furiosa—. ¡Oiga, tengo un trabajo respetable! ¡Y no he hecho nada malo! ¿Y si mi jefa termina enterándose de esto?

—Ella y su trabajo. Siempre. Constantemente. Como si no existiese nada más importante en el mundo —se inmiscuyó Alex, tirado sobre la silla de mala manera, con los pies estirados, como si estuviese en el sofá de su casa—. ¿Sus mujeres también son tan insoportables? Cuéntenme cuál es el secreto para aguantar semejante tortura —les sonrió a los agentes, que estaban perplejos—. Sé que solo existen dos posibilidades. Una es que la chupen de maravilla. Y la otra, que ustedes sean sordos.

La mandíbula de John se tensó. Entendía perfectamente a ese pobre hombre. Alex extinguía la paciencia de cualquiera. Hasta un monje tibetano terminaría suicidándose si tuviese que pasar más de veinticuatro horas seguidas con él. ¿Qué digo?, con veinte minutos sería más que suficiente para atreverse a dar el paso hacia el otro mundo.

—Señor, le aconsejo que mantenga la boca cerrada si no quiere pasar la noche en el calabozo —musitó, apoyando con firmeza las manos en la mesa blanca. Vale, al menos, ahora ya sabíamos quién era el *poli malo*—. Rob, tómales los datos y sácalos de aquí cuanto antes. No aguanto más toda esta mierda.

Le di un codazo a Alex cuando advertí la media sonrisa que destacaba sobre su rostro. Parecía estar pasárselo en grande, como si aquello fuese una especie de atracción de feria.

—Quiero llamar a mi abogada —declaré con voz autoritaria, a pesar de que estaba temblando por dentro a causa de los nervios—. Sé que tengo derecho a hacer una llamada. Lo he visto en las películas —expliqué.

John suspiró hondo y se pasó la mano por la frente, hastiado. Su compañero le miró dubitativo y finalmente el otro negó con la cabeza.

—Deja que se vayan —accedió—, necesito perderles de vista —detalló antes de dirigirse nuevamente hacia nosotros—. Pero quedan

advertidos, si vuelve a ocurrir algún percance, por estúpido que sea, moveré tierra y mar para que no salgan de esta comisaría en un par de días. A ver si así aprenden la lección y se dejan de chorradas.

El agente John abandonó la sala de interrogatorios dando un fuerte portazo y Alex empezó a aplaudir. En serio, estaba muy borracho. Era como un niño, con la peculiaridad de que tenía treinta y dos años.

—¡Sí, nena! ¡Lo has conseguido! —exclamó, alzando una mano en alto con la intención de que chocase los cinco. Le dirigí una mirada iracunda, ignorando su mano, y salí de allí acompañada del otro agente.

Cuando desperté a la mañana siguiente, era casi medio día. La noche anterior, había sido probablemente la más intensa (y horrible) de toda mi vida. Supongo que ser detenida cambia las perspectivas de las cosas. De algún modo misterioso, ya no me sentía como una editora de alto nivel, residente en Nueva York, increíblemente profesional... sino, más bien, como una delincuente desenfrenada al límite de la locura. Estaba a un paso de tatuarme ambos brazos de arriba abajo, comprarme una chupa de cuero y empezar a fumar cigarrillos de liar.

Me levanté de la cama con cierta dificultad. Todo parecía dar vueltas a mi alrededor; probablemente las copas que había tomado la noche anterior se vengaban ahora de mi inocente estómago. Por culpa de Alex, por supuesto. Y tenía una especie de taladradora en la cabeza, estaba segura de que ni siquiera era capaz de multiplicar dos por siete. Uhhh... eso eran unos 12, ¿verdad? Eh, no, definitivamente no podía hacerlo. Mis neuronas habían palmado.

Mientras me arrastraba hacia el salón del bungalow, cual zombi recién salido de *The Walking dead* (os confesaré un secreto: siempre había deseado que me cogieran como extra pero nunca llegué a conseguirlo), advertí que todavía llevaba el vestido negro de Hannah. La pasada noche, al llegar al apartamento, me había lanzado hacia cama como si ésta fuese una balsa de salvación marítima, incapaz de plantearme siquiera la posibilidad de ponerme el dichoso pijama.

—Vaya, por momentos dudé sobre si estabas muerta —dijo Elisa, acomodada en el sofá con los pies sobre la superficie de la mesa.

—En esencia, lo estoy —admití, haciendo un hueco en el sofá entre mis dos amigas y acoplándome en medio como buenamente pude. Me llevé una mano a la frente y suspiré dramáticamente—. Puede que mi corazón siga latiendo, puede que mis piernas funcionen, puede que mi cuerpo siga engordando... pero estoy... muerta en vida; ¿no era eso lo que decía *Neruda*?

—Eh, no. Creo que *Neruda* era el que le escribió un poema a una cebolla —me corrigió Elisa.

—Al menos la piroleaba —gemí—. Ojala Alex me hubiese comparado con una cebolla. Es mejor que nada.

Recosté la cabeza contra el mullido respaldo del sofá y observé con

atención cómo Hannah se pintaba las uñas con suma delicadeza. El pintaúñas era de un suave color melocotón y ella tenía un pulso envidiable, porque no se salía ni un solo milímetro del perímetro que marcaban sus inmaculadas uñas.

—¿Café? —preguntó Elisa, sacándome de mi ensimismamiento, y balanceando sutilmente su taza de cerámica, al compás del movimiento de su mano.

—Sí, por favor. Sería capaz de asesinar por un poco —bromeé, levantándome del sofá y siguiéndola hacia la barra de la cocina, que estaba en el mismo extremo del salón. Dios, podía escuchar un zumbido en la cabeza, como si la habitación estuviese plagada de avispas asesinas.

En cuanto terminé de prepararme el café, y antes de que pudiese echarle mi amada cucharadita de azúcar (era una tradición sagrada), Elisa comenzó a interrogarme sobre los acontecimientos ocurridos la noche anterior y yo negué repetitivamente con la cabeza, intentando así ganar algo de tiempo para... no sé, no sé para qué en realidad; en el fondo de mi ser, sabía que no tenía escapatoria alguna.

—¿En serio?, ¿de verdad no tienes nada que contarme?

—Bueno... —me mordí el labio inferior, intentando decidir al vuelo si debía mentirle o confesarle la verdad—. Estuvo... estuvo bastante bien —me esforcé por sonreír, tras decantarme por la primera opción—. Ya sabes, lo típico: hablamos, dimos un paseo por la playa, vimos las estrellitas...

—Y luego tu ex prometido le dio un puñetazo a tu cita —me interrumpió. Sus ojos escupían fuego—. Sí, ya, qué típico —ironizó.

Pillada y hundida.

—Todavía estábamos pasando el rato con sus amigos, cuando Dylan regresó y nos lo contó todo, incluyendo el hecho de que de camino hacia allí había llamado a la policía —prosiguió—. Intentamos volver lo más rápido posible, pero ya no estabas. Y no sabíamos si te habías marchado con Alex o...

De mala gana, dejé el café sobre el banco de la cocina.

—Oh, ¡por favor! ¡Dilo de una vez! Sé que lo estás deseando.

—¿Te detuvieron?

Me crucé de brazos, a la defensiva. Yo tenía derecho a dramatizar, al fin y al cabo se trataba de mi propia vida; pero no me hizo ninguna gracia la expresión de horror que se apoderó su rostro. Tampoco era para tanto.

Seguía viva.

—Sí, me detuvieron. Eso es lo que ocurrió —confesé molesta—. No pongas esa cara. ¿Quieres que montemos un estrado con los cojines del sofá y me suba a él? ¡Deja de juzgarme a todas horas, por favor!

Elisa abrió exageradamente la boca, como si acabase de declararme culpable de un ataque terrorista o algo peor.

—¡No estoy enfadada porque ahora seas una delincuente! —exclamó, alzando la voz progresivamente—. ¡Lo que me enfada es que no fuiste capaz de llamarme! ¡Soy tu abogada!

Paciencia.

Respiré hondo.

—Pues no tienes nada de lo que preocuparte, ni siquiera me abrieron expediente.

Me giré, dándole la espalda, para tomar un trago de café. Antes de que me diese cuenta, me había rodeado rápidamente y volvía a estar frente a mí.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó. Sus ojos se habían convertido en dos diminutas rendijas.

—Uhhh... bueno... —me limpié una pelusilla de la camiseta del pijama—. Alex había bebido, y a los policías les resultó tan molesta su mera presencia, que decidieron soltarnos. Creo que uno de ellos estaba a punto de pegarse un tiro. Faltó poco.

Suspiró hondo.

—Emma, espero que esto te sirva de lección —concluyó con dureza.

Se dio la vuelta con soltura y comenzó a caminar de nuevo hacia el sofá dando grandes zancadas. Fruncí el ceño y la seguí. Hannah había terminado de pintarse las uñas y sostenía las manos en alto, a la espera de que se secasen.

—¿Qué has querido decir con eso?, ¿a qué lección te refieres?

Elisa batió sus pestañas con delicadeza, antes de mirarme fijamente a los ojos.

—A Alex, por supuesto —emitió una risa estrangulada—. Imagino que, después de esto, no pensarás volver a dirigirle la palabra jamás, ¿no?

Eso era fácil decirlo, pero <<jamás>> implicaba mucho, mucho tiempo. Como... bueno... como eternamente o hasta el infinito, y yo nunca había sido partidaria de los blancos o negros, normalmente me gustaba moverme entre diferentes tonos de gris.

Elisa permaneció durante unos segundos con la boca entreabierta.

—¿Todavía tienes dudas? ¡No me lo puedo creer!

—Oye, no es tan sencillo —protesté, sintiéndome cada vez más débil—. La vida es eso que te pasa mientras apuntas otros planes en la agenda... o algo así. Lo he leído por ahí. Era una frase muy bonita —aclaré.

—Es Emma quien tiene que decidir qué es lo que quiere hacer —dijo Hannah, uniéndose de pronto a la conversación, pero sin apartar la mirada de sus impecables uñas melocotón—. Tú vas a casarte con Colin, ¿no? Y nadie ha dicho nada sobre eso...

Oh Dios mío, muerte espontánea en tres, dos, uno...

¿Acababa Hannah de soltar algún tipo de indirecta sobre el perfecto Colin o me lo estaba imaginando?

Un tenso silencio se apoderó del salón durante lo que pareció una eternidad.

Juro que podía escuchar la acelerada respiración de Elisa que, como poco, estaba en shock. Cuando logró reponerse, clavó su afilada mirada en Hannah.

—¿A qué te refieres? —preguntó en un siseo casi inaudible.

Sí, eso, ¿a qué demonios se refería? Obviamente, lo llamábamos <<el perfecto Colin>> por eso, porque era perfecto; el adjetivo en sí ni siquiera daba pie a que tuviese un talón de Aquiles.

—Bueno... yo... —titubeó Hannah. Me apostaría quinientos dólares a que estaba arrepiñiéndose de haber abierto la boca—. No creo que Colin sea tan perfecto. Nadie lo es.

—Y lo dices porque...

Elisa dejó la frase inacabada, a la espera de que Hannah lograra terminarla. Me había convertido en una espectadora invisible, dado que ambas me ignoraban y, de golpe y de repente, nadie parecía acordarse de lo *horrible* que Alex era. Una parte egoísta de mí, se sentía feliz por ello ya que, por primera vez en todo el viaje, había dejado de estar en el punto de mira. Me senté en el brazo del sofá, alejada de ambas, pero sin dejar de observarlas. Solo me faltaba un cubo de palomitas en las manos.

—Tiene sus cosas —chasqueó la lengua—. Es un poco mirón, por ejemplo.

¡Ahh! ¡Sacrilegio total! No podía creer que Hannah hubiese dicho algo semejante. Me parecía tan improbable como la idea de que en algún momento llegase a grabarse la película de *Friends*. No. O sea, imposible.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho?

Elisa estaba a un paso de escupir fuego por la boca. Me removí incómoda en el brazo del sofá, sintiéndome algo inestable sentada ahí y preguntándome si debía interponerme entre ambas antes de que la cosa fuese a más. Pero, sinceramente, estaba tan anonadada que no fui capaz de moverme y, antes de que pudiese hacer nada al respecto, Hannah prosiguió hablando como si tal cosa.

—Sí, ya sabes... Por ejemplo, cuando estamos comiendo en un restaurante, Colin siempre... siempre mira a todas las chicas que pasan alrededor o que están sentadas en otras mesas. Y es... es incómodo porque, bueno, es bastante evidente —frunció su pequeña nariz—. Imagino que no te habrás dado cuenta pero, en fin, a mí me molestaría un poco si estuviese en tu lugar —suspiró hondo y agitó las manos en alto, como si intentase desprenderse de toda la energía negativa acumulada—. Ya está. Ya lo he dicho. No quiero que te enfades, Elisa, tan solo es mi opinión y yo...

Hannah cerró la boca al instante, dejando la frase sin concluir, exactamente en cuanto Elisa emitió un primer sollozo que me puso los pelos de punta. La miré conmocionada. En primer lugar, porque efectivamente estaba llorando. Y en segundo lugar, porque nunca —a lo largo de todos los años que hacía que nos conocíamos—, había visto a Elisa soltar ni una sola lágrima. Ni siquiera cuando su amado gato murió atropellado por un camión que transportaba gambas congeladas.

—Lo siento —Hannah se llevó una mano al pecho, con los ojos muy abiertos—. ¡Lo siento mucho! No pretendía decir lo que he dicho... de verdad que no... ¡Lo retiro todo!

Moviéndome por puro instinto, me levanté y me arrodillé frente a Elisa, que se tapaba el rostro con ambas manos, como si le avergonzase que la viésemos en semejante estado. Le acaricié el cabello con delicadeza, temiendo que pudiese dañarla de algún modo. Al fin y al cabo, la situación era tan... inusual, que no sabía cómo enfrentarme a ello.

—Shh, tranquila —susurré—. Hannah estaba hablando sin pensar, ¿verdad que sí? —miré a mi amiga significativamente y ella asintió con la cabeza. Creo que también estaba a punto de ponerse a llorar, y no estaba segura de si me sentía capacitada para consolarlas a ambas porque, en aquellos instantes, una neblina de confusión me impedía pensar con claridad.

—Lo siento mucho... —repitió Hannah, en un murmullo casi

inaudible.

Elisa dejó caer las manos a ambos costados de su cuerpo, permitiendo al fin que fuésemos testigos de su rostro repleto de lágrimas. Un surco de rímel negro se deslizaba por su pómulo derecho. Por el contrario, en la mejilla izquierda no había ni rastro de maquillaje. Me concentré en ese pequeño detalle, porque parecía lo más real de toda la situación.

—No, no lo sientas —sollozó de nuevo y proseguí acariciándole el cabello—. Tienes toda la razón, Hannah —emitió un pequeño gemido. En realidad, en medio del llanto costaba bastante entender qué estaba diciendo—. De hecho... bueno, le pillé con otra. En la cama. En nuestra cama —me llevé una mano a la boca, incrédula, al tiempo que Elisa sollozaba con más intensidad—. Y yo... no sabía qué hacer —se miró las palmas de las manos, como si esperase encontrar allí algún tipo de respuesta—, así que... así que os propuse este viaje porque necesitaba alejarme de él. Necesitaba pensar las cosas. Estoy... estoy muy confusa.

Deberían darme un premio o algo similar porque, en medio de aquel completo caos, logré estirar los brazos en alto y rodear el cuello de Elisa con ellos, abrazándola. Unos segundos después, un aroma a frambuesa nos envolvió cuando Hannah se unió al abrazo, y nadie volvió a murmurar ni una sola palabra durante los siguientes diez minutos.

No podía creer que todo aquello fuese real. De hecho, una parte de mí todavía albergaba dudas. ¿Cómo era posible? Elisa y Colin siempre habían sido una pareja perfecta. No solo él era <<el perfecto Colin>>, sino que a ella también la asociábamos con el mismo adjetivo; y habíamos dado por hecho que era la característica más fuerte que ambos tenían en común. Llevaban juntos infinidad de años (desde el primer año de universidad) y, desde entonces, yo imaginaba una y otra vez cómo serían sus inmejorables hijos. Y ahora... ¿Ahora qué?

—Voy a prepararte una tila, ¿de acuerdo? —propuse, quitándole de las manos el vaso de café que acababa de coger—. Tranquila, Elisa. Seguro... seguro que todo irá bien —dije, no demasiado convencida.

Hannah me miró asustada, con sus enormes ojos azules brillantes, al tiempo que le temblaba el labio inferior. Parecía un cervatillo atemorizado. Moví la cabeza hacia Elisa significativamente, indicándole así que continuase consolándola.

Una vez me alejé de ellas, en la cocina, me esforcé por tranquilizarme mientras calentaba agua en un cazo. Probablemente, en aquellos

momentos, Hannah se sentiría inmensamente culpable y no parecía decidida a llevar las riendas de la situación, así que estaba sola a la hora de volver a poner las cosas en orden. El problema era que no sabía ni por dónde empezar. De hecho, resolver conflictos era uno de mis puntos débiles. Prueba de ello, era mi inestable relación con Alex.

Cuando regresé al salón, le tendí la tila que acababa de preparar y me obligué a que mi voz sonase suave y calmada, como si en el fondo lo tuviese todo bajo control.

—Vamos a superar esto —afirmé. No estaba segura de que sonase realmente convincente—. ¿Recuerdas cuando cancelé mi boda con Alex?, ¿recuerdas todo lo que me dijiste sobre ser una mujer fuerte e independiente? No habría podido pasar página de no haber sido por ti y por Hannah.

Elisa me miró y sus labios se curvaron mostrando una sonrisa triste. Había dejado de llorar, pero seguía teniendo los ojos enrojecidos y un poco hinchados.

—Eso no me anima mucho, Emma, porque es bastante obvio que no has superado lo de Alex —se frotó el rostro con ambas manos con cierta brusquedad.

—Vale, puede que en eso tengas un poco de razón pero, lo importante, es que seguí con mi vida —suspiré hondo—. He estado un año sin Alex. Y no estuvo tan mal, en realidad. Hubo momentos malos, sí, pero también muy buenos... ¿os acordáis de la noche tan divertida que pasamos en *The Stanton Social*? Me salieron agujetas en el estómago de tanto reírme. Fue increíble.

Hannah asintió enérgicamente con la cabeza.

—No puedo hacerlo, chicas —volvió a sollozar—. No puedo cancelar la boda.

Esto... ¿qué? ¿Qué demonios estaba diciendo? Había dado por sentado que sobre ese tema no hacía falta ni hablar, básicamente porque se sobreentendía, ¿cómo iba a casarse con un hombre al que acababa de pillar en la cama con otra?

Hannah pestañeó, confusa, y yo me quedé mirando a mi amiga como una lela, incapaz de comprender lo que Elisa acababa de decir. Cuando logré reaccionar, la zarandé ligeramente.

—¿Te has vuelto loca? ¡No te mereces algo así! —exclamé—. Elisa, tú eres increíble. La persona más inteligente que he conocido. Y fuerte... e

invencible...

Sacudió una mano en alto, con desgana.

—Todo fachada.

—¿Qué? ¡No! ¡Por supuesto que no! —me apresuré a decir.

Elisa respiró hondo, cogiendo mucho aire de golpe.

—Nunca he estado sola. Ya ni siquiera recuerdo cómo era esa sensación —admitió—. Y no quiero estarlo. Me he acostumbrado a tener a alguien a mi lado; incluso aunque esa persona sea un ser despreciable, estoy segura de que es mejor que nada —se levantó decidida del sofá, como si un huracán la impulsase—. No, definitivamente no cancelaré esa boda —se limpió el rostro con el dorso de la mano y después se entretuvo arreglándose los puños de la camisa blanca que vestía—. Colin solo ha cometido un pequeño error. Tenéis razón en que no es perfecto, pero puedo perdonarle que sea humano —sonrió. Parecía una marioneta a la que le estuviesen estirando de ambos mofletes con una cuerda hasta lograr que sus labios se expandiesen formando una forzada sonrisa—. El drama ha terminado. Nos quedan cuatro días de vacaciones, y será mejor que los aprovechemos. De hecho, voy a preparar unos sándwiches para que nos los llevemos a la playa. No perdamos más tiempo —concluyó, dándole unos golpecitos a su reloj de pulsera con la punta del dedo índice.

Y sin más, salió del comedor y se encerró en su habitación tras dar un sonoro portazo que retumbó en todo el bungalow. Despacio, me giré hacia Hannah, incapaz de procesar lo que acababa de ocurrir. Mis ojos lo habían visto, sí, pero mi mente se negaba a creerlo.

—Creo que se ha vuelto loca —susurró Hannah. Parecía asustada.

—Definitivamente.

—Tenemos que hacer algo —insistió, arrugando su naricilla con fastidio—. No podemos permitir que se case con ese idiota. Merece algo mejor.

Asentí con la cabeza.

—Pero, ¿cómo? —me encogí de hombros—. Ya sabes, es Elisa, no es fácil tratarla. Sería más sencillo enseñarle a un gato a escribir el abecedario completo.

Hannah se mordió el labio inferior, pensativa. Sentada en el sofá, se inclinó hacia delante para acercarse más a mí, colocándose en el borde.

—¿No podría ayudarnos esa mujer a la que acudías con Alex? —preguntó, de pronto más animada, como si hubiese encontrado la solución

a todos nuestros problemas—. Es psicóloga. Seguro que si le explicas lo que ha ocurrido puede darnos algún consejo.

—¿Mi loquera? —fruncí el ceño—. Es ella la que necesita uno de esos psicólogos de psicólogos...

—Por probar... —Hannah sonrió tímidamente.

—Sí, bueno, vale, supongo que no hay nada que perder... aparte de setenta dólares más, claro.

Pasamos el resto de la mañana en la playa y, de hecho, tal como Elisa había vaticinado, nos quedamos allí a comer. No sé cómo podía estar tan tranquila. Obviamente, todo era fingido, eso lo tenía claro pero, aun así, me parecía increíble que lograra actuar tan bien. *Martin Scorsese* no habría meditado dos veces darle el papel principal de su próxima película. Y estaba segura de que, un año más tarde, Elisa se habría llevado a su casa un óscar y la admiración y los aplausos de toda la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas.

Contemplé de reojo cómo se comía su sándwich de pavo con queso, con los ojos ligeramente entrecerrados, disfrutando de la brisa del mar que sacudía su cabello suelto. Por el contrario, mi comida continuaba en la bolsa de papel, dado que me sentía incapaz de tragar nada por miedo a sufrir una indigestión.

Apenas hablamos. De vez en cuando, Hannah y yo intercambiábamos miradas de desconcierto, pero poco más. Todo era tan... ¿normalmente raro? Y cuando unas horas más tarde regresamos al bungalow, Elisa se despidió de nosotras mientras reprimía un bostezo, anunciando que pensaba acostarse un rato para estar bien despejada esa noche, ya que había decidido que saldríamos de marcha por ahí. Ale, ¡viva la vida loca! Estaba como una regadera.

—Vale, me voy corriendo a ver a la loquera —le dije a Hannah, en cuanto escuché que Elisa cerraba la puerta de su habitación—. Y rezo para que tenga súper poderes o algo así, porque la cosa pinta cada vez peor.

—Te acompaño.

—Eh... no creo que sea buena idea. Créeme, no te gustará —le aseguré.

—Por favor —insistió, mostrándome un puchero como si tuviese seis años—. Déjame ir contigo. Yo también quiero ayudar a Elisa.

Suspiré hondo.

—Como quieras. Pero, te lo advierto, entrar ahí es como visitar la

casa del terror. Una vez lo haces, no hay vuelta atrás.

11

Aunque Hannah se resistía a admitirlo en voz alta, yo sabía que estaba convencida de que iba a morir. Había llegado el final de su elegante y sofisticada existencia. De hecho, tras llamar a la puerta de la casa de Hilda, mientras esperábamos fuera, casi podía sentir cómo temblaba compulsivamente, sin dejar de mirar constantemente a su alrededor como si temiese que, en el momento menos esperado, la mismísima muerte apareciese tras ella para llevársela al otro mundo.

Golpeé por segunda vez la puerta de madera con los nudillos, preguntándome qué podría estar haciendo Hilda para negarse a atenderme. Demonios, ¡aquello era importante! ¿Qué tipo de psicóloga deja colgados a sus clientes en los momentos más críticos?

Cuando el gato negro de Hilda hizo acto de presencia en el porche, Hannah dio un paso hacia atrás y tropezó con sus altísimos tacones. Disimuló el susto peinándose con los dedos las perfectas ondas de su rubio cabello. Se mostró más tranquila cuando advirtió que el gato pasaba de ella, dado que solo venía a mí, como si un imán lo atrajese. Cuando quise darme cuenta, ya estaba frotándose contra mis piernas. Mierda. Ahora tenía unos vaqueros que quemar y una futura visita al hospital para que me pusiesen la vacuna contra la rabia.

Haciéndome a un lado, con la esperanza de que el felino se apiadase de mí y terminase ignorándome, giré el pomo de la puerta y descubrí que estaba abierta. Dudé durante un segundo pero, finalmente, abrí más la puerta y, con un gesto de mano, le indiqué a Hannah que íbamos a entrar.

En el interior de la casa, como siempre, la iluminación era tenue y un asfixiante aroma a incienso lo envolvía todo a su paso, como si fuese un humo tóxico y letal, preparado para alejar a los intrusos. Yo, afortunadamente, ya estaba inmunizada y apenas me afectaba pero, por el contrario, Hannah parecía estar a punto de desfallecer.

Fruncí el ceño cuando escuché unas voces a lo lejos que parecían provenir de la habitación donde Hilda impartía sus consultas. Vale, sabía que no estaba bien el hecho de colarme en una propiedad privada pero, en primer lugar, oficialmente ya era considerada una delincuente potencial en California, después de haber sido arrestada. Y en segundo lugar, Hilda era mi psicóloga. Yo le pagaba constantemente. Lo menos que ella podía hacer era atenderme cuando la necesitaba. Parecía un trato justo, ¿no?

Me giré hacia Hannah, llevándome un dedo a los labios, indicándole

así que mantuviese la boca bien cerrada. Lentamente, dando cortos y silenciosos pasos, conseguimos llegar hasta el extremo de la puerta y, una vez allí, me agaché junto a la pared, situándome de cuclillas. La puerta de la sala de consultas apenas estaba abierta unos centímetros y tan solo se escuchaba la maléfica voz de Hilda.

¿Qué estábamos haciendo? No lo sé.

Existía la opción de entrar sin más y exigirle que nos ayudase, asegurándole que se trataba de un caso de máxima urgencia. Y también existía la opción de simplemente quedarnos allí, escuchando y espiando. ¿Trataría a sus otros clientes con la misma dureza que demostraba conmigo?, ¿les odiaba también a ellos o era un problema a nivel personal? ¿Por qué Hilda no me entendía, ni me... quería?

Hannah me miró interrogante, preguntándose lo que ocurría, pero volví a pedirle que guardarse silencio.

—Te lo repito: tienes que aprender a controlarte —prosiguió Hilda—. No debes dejarte llevar tan fácilmente por tus impulsos. Todos sentimos rabia, miedo o dolor en ciertos momentos de la vida y es normal, es totalmente normal, pero no podemos permitir que esas emociones nos desborden y se apoderen de nosotros —explicó. Qué lista era esa mujer—. Pase lo que pase, tienes que mantener la calma, ¿de acuerdo?

—No lo entiendes. Vi cómo la besaba —respondió una voz que conocía perfectamente. Oh Dios mío, estábamos espiando a Alex. A mi Alex. Dejé de respirar—. Te juro que quería matarlo. Mira, no me importa lo que haya hecho en Nueva York, entiendo que la vida sigue y todas esas cosas, pero ¿después de reencontrarnos? Pensé que, al menos, todavía sentiría algo, aunque fuese... no sé, ¿cariño, por ejemplo? Sí, creo que eso me hubiese bastado.

Me llevé una mano al pecho. El corazón me latía tan fuerte que era probable que nos descubriesen a causa del rítmico ruido. Ni siquiera fui consciente del momento exacto en el que Hannah me cogió de la otra mano y presionó mis dedos con fuerza entre los suyos, infundiéndome ánimo.

—Alex, está claro que ella siente algo por ti. Os besasteis hace un par de noches, ¿no es cierto? —contestó Hilda. Pff, siempre metiéndose donde no le importaba. Aquello era algo íntimo, no podía hablar de ello así como así. Qué cotilla.

—No lo sé —Alex emitió un largo suspiro—. Llegaron sus amigas, nos interrumpieron y ella se fue. ¿Entiendes ahora por qué las odio? Las

dos son tan...

Pude imaginarme perfectamente a Alex gesticulando con las manos como si estuviese estrangulando a alguien. Tragué saliva nerviosa, consciente de que Hannah estaba también escuchándolo y rezando una oración para pedir que cambiase el rumbo de la conversación. Como de costumbre, Dios me ignoró. Desde luego, no me consideraba su hija pródiga.

—Elisa es... bueno, en realidad creo que no existen palabras en el diccionario que puedan describir a esa especie de... monstruo —me llevé una mano a la boca, ya que por poco se me escapa un grito de indignación—. Cuando teníamos que quedar para cenar en pareja, era una tortura. Hubiese preferido que me clavasen palitos de bambú en los ojos. Uno a uno. Sin pausas. Tardaba días en recuperarme.

Hubo un momento de silencio (gracias a los cielos) y, como Hilda no dijo nada, Alex prosiguió hablando felizmente.

—Y Hannah... —emitió una estúpida risita—. Con ella ni siquiera se puede hablar porque, claro, es incapaz de comprender el lenguaje que utilizamos los humanos. Su mente no da para más. De hecho, por casualidad, el otro día me enteré de que sabía leer y todavía estoy conmocionado. Fue toda una sorpresa —explicó. Parecía estar pasándose en grande, el muy idiota—. Pero claro, ya sabe, una es <<Elisa la abogada>> y la otra <<Hannah la billonaria>> y como básicamente eso es lo único que Emma valora de las personas, pues supongo que todo tiene sentido. Y quedo yo, el malo de la película, porque obviamente al contrario que sus fantásticas amigas, dejé la carrera a medias y no me contentaba con el primer trabajo que me ofreciesen.

Cuando comencé a notar que la mano de Hannah se aflojaba y soltaba la mía, ya era demasiado tarde. En tres segundos exactos, logró ponerse en pie con sus altísimos zapatos de tacón, dar un paso al frente y, finalmente, abrir la puerta. No solo su nariz estaba arrugada, sino todo su rostro en general. Por primera vez en mi vida, estaba viendo a Hannah enfadada.

—¿CÓMO HAS PODIDO DECIR TODO ESO? —gritó fuera de sí—. ¿CÓMO ES POSIBLE QUE SEAS TAN... TAN... MALA PERSONA?

En el refinado vocabulario de Hannah no existía nada peor que <<mala persona>>, pero si por mí hubiese sido, los calificativos habrían variado desde <<imbécil>> hasta <<gilipollas>>, tirando por lo bajo y siendo amable.

Ni siquiera nos echaron en cara el hecho de que les estuviésemos espiando, tanto Hilda como Alex estaban totalmente fuera de juego, especialmente éste último, que permanecía sentado en el almohadón de la consulta, con los ojos clavados en Hannah.

—¡Y pensar que yo siempre te he defendido! ¡Incluso después de que Emma y tú rompieseis! —prosiguió mi amiga. Le estiré del brazo, con la intención de que parase, pero fue inútil—. ¿Sabes? ¡Eres como todos los demás! ¡Despreciable!

Vaya, ese adjetivo era nuevo. Y sonaba bastante bien. Se lo tenía merecido.

—Vale, chicos, no sé qué está ocurriendo aquí —intervino Hilda—, pero vamos a calmarnos. Ahora, todos a la vez, cerrad los ojos. Inspirad hondo y soltar el aire despacito... ¿notáis cómo el cuerpo se va relajando?

No, principalmente porque solo ella estaba realizando aquel ejercicio místico. Nosotros tres continuábamos mirándonos en silencio. Por suerte, la respiración de Hannah había dejado de ser tan sonora y ya no parecía que estuviese a punto de sufrir un infarto.

Cuando Hilda se dio cuenta de que no seguíamos sus indicaciones, frunció el ceño, pero guardó silencio en cuanto advirtió que Alex se levantaba y caminaba despacio hacia mi amiga. Él suspiró hondo, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—Lo siento, ¿vale? Lo siento de verdad —se disculpó. Y era un poco raro, porque sonaba sincero—. No sabía que estabais... espiándonos. Pero, de todos modos, no debería haber dicho todo eso.

Hannah tenía los ojos acuosos. Me contuve por no abrazarla, permitiendo que ambos aclarasen la situación.

—No sé qué decir —susurró ella.

—Un <<te perdono>> me bastaría —la instó Alex, mostrándole su sonrisa más encantadora. Ahg, era odioso. Aunque, por otra parte, estaba tan guapo cuando se le marcaban los hoyuelos... no, no. Sacudí la cabeza, esforzándome por ignorar el efecto que su presencia física causaba en mí.

—Acepto tus disculpas —accedió Hannah con cierta distinción, como si fuese la Primera Dama—. Pero necesitaré tiempo para perdonarte.

Sin más preámbulos, e ignorando la confusa mirada de Alex, pasó por su lado y entró en la consulta de Hilda. Cuando Alex clavó sus ojos en mí, me encogí de hombros y, acto seguido, imité los pasos de mi amiga.

—Oye, espera. Si has aceptado mis disculpas eso significa que me

perdonas —insistió Alex—. No puedes coger mis disculpas para utilizarlas, no sé, en cualquier otro momento que te plazca.

—Sí puedo —se empeñó Hannah—. Y de hecho, como puedo, lo estoy haciendo. Ya tengo tus disculpas. Te avisaré cuando decida perdonarte.

Alex puso los ojos en blanco.

—No tenía previsto hacer hoy una consulta grupal —comentó Hilda, mirándonos a ambas.

—Ni yo que me espiesen —añadió Alex con ironía.

—Pero podemos quedarnos, ¿verdad? —preguntó Hannah—. ¡Tenemos un problema grandísimo de vida o muerte! —miró a su alrededor—. ¿Dónde están las sillas?

—En ningún lugar —contestó Alex, disfrutando del momento. Sabía que, para Hannah, aquello sería un golpe muy duro—. ¡Toma tu silla! —agregó, segundos antes de lanzarle un almohadón azul que terminó golpeando a mi amiga en el pecho.

Hilda se inclinó hacia delante, juntando las palmas de sus manos como si estuviese rezando, e inspiró profundamente.

—Vamos a proseguir donde lo habíamos dejado —se presionó el puente de la nariz, cerrando los ojos, y después miró a Alex. Yo creo que estaba a punto de auto-mutilarse—. Continúa. Me hablabas sobre el odio que sientes hacia las amigas de Emma, ¿no es cierto?

Alex emitió una carcajada, a pesar de que no parecía divertirse la situación.

—No pienso mantener una sesión con ellas aquí.

—Sí, y nosotras necesitamos su ayuda —agregó Hannah. Estaba sentada en su almohadón de lado, con una pierna sobre la otra, impidiendo así que se le subiese la corta falda (de *Armani*) que llevaba puesta.

—Todo a su tiempo —dijo Hilda, sin apartar sus ojos de Alex. Estaba convencida de que era su preferido pero, ¿por qué? ¡Yo era más mona y agradable!—. Creo que es una ventaja que ellas estén aquí, así podemos aclarar cuál es el problema que tienes.

Alex volvió a reír, esta vez con cierto nerviosismo, y se pasó las manos por la mandíbula, acariciándose la incipiente barba. Negó con la cabeza un par de veces.

—No tengo ningún problema, Hilda. Ninguno —volvió a hacer uso de su sonrisa más encantadora—. Pasemos al siguiente punto de la lista. No

pretendo acaparar todo el protagonismo.

Le notaba inquieto, pero no entendía por qué. Normalmente, Alex solía tener una envidiable seguridad en sí mismo digna de estudio.

—¿Por qué el hecho de que Emma se relacione con personas que tienen un título académico o una cantidad cuantiosa de dinero, provoca que te sientas inseguro? —preguntó Hilda, así de golpe, sin pensárselo dos veces.

Pestañee confundida. Su pregunta no tenía ni pies ni cabeza. Si algo le sobraba a Alex, era confianza. Le sobraba a patadas.

Me preparé para escuchar otra risotada a mi derecha, que era donde Alex se encontraba pero, cuando reparé en que continuaba en silencio, me giré rauda y veloz hacia él. ¿Por qué demonios no se reía y vacilaba un poco a nuestra loquera? Es más, se mostraba extrañamente serio y pensativo.

—Bueno... —permaneció quieto, con la cabeza algo agachada y la mirada clavada en la alfombra de colorines que había a nuestros pies—. Supongo que me afectaba lo que Emma pudiese pensar de mí, porque nunca destaqué especialmente en ningún ámbito profesional y sé lo importante que es eso para ella —se rascó la nuca, abstraído—. Yo siempre tenía dudas y nunca me sentía realmente satisfecho con lo que hacía, mientras que Emma vivía por y para su trabajo y no dejaba de presentarme a gente influyente. En resumen, yo era la única persona de su entorno que no era considerado valioso en algo concreto. Puede que eso me agobiase un poco, sí.

No sé cómo conseguí hablar (o mejor dicho, gritar), porque me sentía totalmente desconcertada.

—¡Yo nunca pensé algo semejante! —exclamé—. ¿Cómo pudiste planteártelo siquiera? ¡Jamás me importó que tuvieses o no un título! ¡Menuda chorrada más grande!

Alex evitó mirarme. Mientras tanto, en medio de aquel incómodo silencio, Hannah aceptó una de las galletas con pepitas de chocolate que Hilda le tendía y la masticó enérgicamente, sin dejar de observarnos, a la espera de que el show prosiguiese.

—¿No piensas decir nada? —pregunté, atónita.

Él alzó finalmente la mirada y sus ojos azules se encontraron con los míos.

—¿Qué más quieres que diga? —frunció el ceño—. Es la verdad. Me

sentía así. Y sinceramente, tú no colaborabas demasiado para que la cosa cambiase. Si te fijas, siempre que hablas de tus amigas, no dices sus nombres sin más, sino que las asocias a cosas concretas; como por ejemplo <<Elisa, la abogada>> o <<Hannah, la billonaria con b>>. ¿Por qué haces eso si no es a modo de indirecta?, ¿crees que no sé en qué trabaja una y que la otra está forrada? No sufro pérdida de memoria a corto plazo ni interpreto la película *50 primeras citas* así que, por lo que más quieras, deja de repetirlo de una vez por todas.

Hannah se llevó al pecho la mano con la que sostenía su galleta.

—Oh, qué bonita es esa película, ¡la adoro! —gimió.

Vale, puede que Alex tuviese razón y no fuese una buena idea hacer una sesión de terapia estando Hannah delante. Tener público no ayudaba mucho, sino más bien todo lo contrario. Inspiré hondo, procurando reordenar mis ideas.

—¿Por eso te caían mal mis amigas? —pregunté en voz baja.

—Puede que influyese un poco en ello, sí —admitió de mala gana.

Me levanté de mi sitio, caminé a trompicones por la sala y me arrodillé al lado de Alex, posando una mano en su hombro. Noté cómo se estremecía.

—Lo siento si te hice creer eso... pero no es cierto —le aseguré, esforzándome por no llorar—. Sí que es verdad que me frustraba que nunca encontrases nada que te gustase realmente, pero jamás pensé que fueses poco inteligente o me molestó el hecho de que no te graduases. Lo prometo. Y odio que te hayas sentido así todo este tiempo por mi culpa; si me lo hubieses dicho antes habríamos podido...

Dejé de hablar cuando los brazos de Alex me rodearon con fuerza y caí sobre su regazo. Correspondí su abrazo, cerrando los ojos y aprovechando aquel momento de paz para inspirar el aroma a cítricos que desprendía su piel, su suave piel...

—¡Son tan ideales! —gritó Hannah, emocionada.

Fue entonces cuando la mágica sensación se rompió. Desde luego, estábamos ofreciendo una obra de teatro inmejorable para ambas porque, de hecho, Hilda apenas había abierto la boca a lo largo de toda la consulta. Me separé de Alex, pero no regresé a mi sitio, sino que me senté a su lado, en la alfombra, con mi rodilla tocando la suya y sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo.

Tosí, aclarándome la garganta. Ya había decidido a qué quería

dedicarme en mi próxima vida: psicóloga. Sentarme y escuchar. Comer galletas y escuchar. Dibujar y escuchar. Jolines, era mucho más interesante que ver la televisión y no tendría que contratar el canal por cable. Y encima, me pagarían por ello. Menudo chollo.

—Veo que vamos progresando —Hilda sonrió y Hannah (a la que tenía ganas de matar) aplaudió enérgicamente—. Son buenas noticias. Os hacía falta un poco de comunicación. Debéis aprender a escuchaos mutuamente, a entendeos y dejar de juzgaos constantemente. ¿Alguno de los dos quiere aportar algo más?

Ambos negamos simultáneamente con la cabeza.

—¡Entonces supongo que es mi turno! —exclamó Hannah emocionada—. ¿Puedo hablar ya o tiene usted que darme permiso o hacerme antes algunas preguntas...?

Hilda cerró los ojos y suspiró, antes de volver a mirar a mi amiga. Parecía cansada, como si nuestra presencia le incordiasse.

—Puedes expresarte directamente.

—Ah, vale, perfecto —sonrió ampliamente, mostrando una perfecta hilera de dientes blancos—. ¿Recuerda nuestra otra amiga de la que él ha estado hablando? La que era un monstruo —aclaró, asesinando a Alex con la mirada y consiguiendo que éste no pudiese reprimir una sonrisa—. Pues el caso es que se va a casar el próximo mes y, ¿a qué no adivina de qué nos hemos enterado hoy?

Hilda presionó los labios con fuerza.

—Cariño, soy psicóloga, no vidente.

Alex alzó una mano en alto, pidiendo turno para hablar.

—¿Puedo intentarlo yo?

Emití una risa seca.

—No lo adivinarías ni en un millón de...

—Él está con otra —concluyó, dejándome a medias y consiguiendo que pareciese idiota a los ojos de nuestra loquera.

—¿Cómo lo sabes? —gritó Hannah con su aguda voz, como si de verdad creyese que Alex se dedicaba habitualmente a leer las cartas del tarot.

—No era una pregunta muy complicada —respondió fanfarrón—. Me atrevería a decir que no ha estado con una, sino con varias a lo largo de todos estos años. Se veía venir de lejos. Era un gilipollas —centró su mirada en mí—. Te lo dije.

Fruncí el ceño.

—¿Me dijiste el qué, exactamente?

—Que la engañaba —respondió, moviendo las manos significativamente, como si fuese lo más obvio del mundo.

—Ahora sí que has tocado fondo. Estás loco de remate —aseguré—. ¿Insinúas que todo este tiempo lo he sabido pero no he hecho nada al respecto?, ¿te estás oyendo?

—No exactamente, pero te advertí que no era de fiar y tú lo único que repetías una y otra vez es que era absolutamente perfecto. Pues bien, ahí tienes a tu hombre perfecto —bufó—. Cuando quedábamos con ellos, tenía que hablar con él y te aseguro que rezaba para quedarme sordo.

Hilda llamó nuestra atención.

—Será mejor que vayamos al grano. No me gustaría tener que cobraos una doble sesión.

Ja. Seguro que le encantaría.

—Eso es lo que ha pasado —continuó Hannah—. Elisa pilló a Colin con otra. Pero no es lo peor, lo que de verdad nos preocupa es que no quiere cancelar su boda —sus ojos se abrieron excesivamente, dándole un aspecto de loca.

—Bueno, es su decisión ¿Cuál es el problema? —preguntó Hilda.

¿Esa tía era tonta o qué?

—El problema es que se va a casar —repetí, pronunciando despacio las palabras, con la esperanza de que lograra entenderme—. Esperábamos que usted pudiese ayudarnos. Quizá consigamos que entre en razón si nos da unos consejos o logramos que acuda a una de sus sesiones.

—Lo siento mucho, Emma, pero no puedo influir en algo así —dijo—. Si vuestra amiga quiere acudir a mi consulta por su propia voluntad, estaré encantada de atenderla, como a cualquier otro cliente.

Tan amable como de costumbre.

—Pues gracias por... bueno, por nada, en realidad —ironicé, molesta, al tiempo que empezaba a levantarme con torpeza—. Creo que ha llegado la hora de irnos —le indiqué a Hannah; sus labios estaban curvados mostrando un conmovedor puchero. Seguro que Hilda había exterminado toda su inocencia. Era posible que no volviese a ser la misma después de pisar aquella casa.

Le tendí a Hilda sus setenta dólares, tras asegurarle que no hacía falta que nos acompañase hasta la puerta de salida, y caminé por el largo pasillo

dando grandes zancadas. No había conseguido todavía escapar de allí, cuando Alex me retuvo sujetándome de la muñeca. Sacudí el brazo, intentando desprenderme de la cantidad de sensaciones que me provocaba el contacto de su piel contra la mía.

—Yo os ayudaré —dijo, inclinando la cabeza y acercándose peligrosamente a mi rostro. Me estremecí al notar su cálido aliento—. Hablaré con ella.

—¿Con quién?

—Con Elisa —me miró como si fuese tonta—. Déjame que tengamos una charla. Los dos solos —puntualizó.

¿Qué se suponía que debía contestar ante tal propuesta? Era como una especie de ofrenda de paz. Creo que nunca habían permanecido ambos a solas. Quizá en algún momento esporádico, cuando Alex venía a recogerme al piso que nosotras compartíamos y yo iba al baño o me cambiaba a toda prisa de ropa por cuarta vez consecutiva.

—No estás bromeando, ¿verdad? —pregunté, para asegurarme.

Alex negó con la cabeza y unos cortos mechones de cabello negro se deslizaron por su frente. Lo que realmente necesitaba era poner una distancia prudencial entre nosotros, porque su aroma conseguía que entrase en trance. Y no quería desfallecer en el pasillo de Hilda, porque estaba convencida de que ésta ni se molestaría en llamar a las autoridades y enterraría mi cuerpo en el jardín, sin ningún tipo de remordimiento.

—¡Es una gran idea, Alex! —decidió Hannah.

—Perfecto —sonrió—. Decirle que pasaré a recogerla a las siete. Conozco un sitio que le encantará.

Asentí con la cabeza, básicamente porque no era capaz de vocalizar ninguna palabra. Una vez salimos al exterior, Alex se despidió de nosotras sacudiendo una mano en alto, al mismo tiempo que con la otra acariciaba amistosamente al gato negro, que ronroneaba agradecido a sus pies. Me pregunté si no habría juzgado demasiado rápido a aquel felino, puesto que cuando estaba con Alex parecía encantador y formaban una imagen idílica, digna de enmarcar.

Cuando me di la vuelta, dispuesta a marcharme de allí, advertí que Hannah se quedaba rezagada y, unos segundos después, escuché su alegre voz gritona.

—Por cierto, ya estás perdonado —anunció, con cierto retintín—. Pero si me entero de que vuelves a decir algo tan horrible...

—No volverá a pasar. Confía en mí.

—De acuerdo.

Desde luego, no podía decirse que Hannah fuese una persona rencorosa. Si de mí dependiese, probablemente ni en un millón de años hubiese perdonado algo así.

Unos segundos después, Hannah me alcanzó, caminado dificultosamente con los tacones por el camino de gravilla y me sonrió satisfecha. Antes de montar en el coche, con la puerta del conductor ya abierta, miré a Alex, que me observaba a lo lejos, y descubrí que también él sonreía.

Ya había empezado a anochecer cuando conseguimos convencer a Elisa de que saliese a cenar con Alex aquella noche. Aunque, en realidad, no sabía si iban a cenar o a visitar un zoo, ambas opciones me parecían igual de improbables tratándose de ellos. Por supuesto, tampoco le habíamos dicho a qué se debía tal acontecimiento; me había aferrado a la idea de que no tenía ni la más remota sospecha y no cedí ante los diversos interrogatorios a los que Elisa me sometió.

—Seguro que quiere convencerme de que es todo un partido, para que le ayude a reconquistarte. Patético —me miró furibunda—. Alex todavía no sabe quién soy yo —sonrió malévola—, y creo que ha llegado la hora de demostrárselo.

Tragué saliva despacio, notando un nudo en la garganta.

Ya no estaba tan segura de que aquel experimento fuese una buena idea. Ciertamente, visto con un poco de perspectiva y objetividad, podría considerarse como el peor plan del mundo mundial.

—No estás obligada a ir... —titubeé—. Creo que lo mejor será que lo cancele —concluí, sacándome el móvil del bolsillo e ignorando la mirada alarmada de Hannah. Aún estaba a tiempo de evitar una catástrofe sin precedentes.

—¡No! ¡Deja eso ahí! —me exigió Elisa, señalándome firmemente con el dedo—. Quiero saber qué pretende. Ahora tengo curiosidad —se dio la vuelta con soltura, posicionándose nuevamente frente al espejo del servicio, y deslizó la barra del pintalabios rojo por el contorno de sus labios.

Como era de esperar, Alex llegó quince minutos tarde.

En cuanto escuché el timbre de la puerta, corrí a abrir a toda

velocidad, como si me persiguiese una manada de osos pardos. Las piernas me temblaban y tenía la boca seca. Por el contrario, él parecía tan sereno y tranquilo como siempre. Me sonrió. El azul de sus ojos me parecía especialmente brillante aquel día.

—Me gusta ese pantalón —opinó, con la mirada clavada en mis piernas.

No estaba segura de que pudiese considerarse un pantalón. Más bien era un trozo de tela vaquera deshilachado. Un trozo demasiado corto, razón por la cual solo los usaba para estar por casa, a modo de pijama. Noté que me sonrojaba y eso me hizo sentir doblemente ridícula. Suspiré hondo.

—¿De verdad que no puedo acompañaros? —insistí, al tiempo que vigilaba de reojo a Elisa que, tras saludar a Alex con la mano, metía en su bolso las pertenencias que había dejado desparramadas encima de la mesita auxiliar unas horas antes.

—No, no puedes —él se inclinó más hacia mí, sin borrar esa estúpida sonrisa de su cara, ¿qué era tan gracioso?, no lo estaba pillando—. Pero cuando termine esta noche, me deberás un favor. Y en algún momento, me lo cobraré.

Fruncí el ceño.

—Pensaba que lo hacías de un modo desinteresado —protesté.

Alex negó con la cabeza, mientras me miraba travieso.

—¿Sabes? No importa —dije, enfadada de pronto sin saber demasiado bien por qué—. En cuatro días estaré en la otra punta del país. No creo que me dé tiempo a devolverte ningún favor.

Casi pude ver a cámara lenta cómo el rostro de Alex se crispaba. Presionó los labios con fuerza y me miró con tal intensidad, que temí que la habitación estallase en llamas de un momento a otro. Pero, lo que más me incomodó, fue que no contestase, que no dijese absolutamente nada.

Quizá había sonado cruel, pero era la verdad. Las vacaciones estaban llegando a su fin y, de un momento a otro, volvería a estar en el interior de un avión (muchas probabilidades de morir, sí), camino a Nueva York. De hecho, mi *amada* jefa ya había empezado a avasallarme mandándome infinidad de e-mails y colapsando la bandeja de entrada de mi correo. Hasta el momento, los había ignorado todos.

Me esforcé por pensar en algo interesante que decir, para romper aquella incómoda situación, pero lo único que se me ocurrían eran tonterías variadas y, la mayoría de ellas, Alex ya las conocía, porque en

algún momento de nuestra relación las había utilizado para huir de conversaciones difíciles o intentar distraerle. Como el hecho de que el 14% de las personas se comen las pepitas de sandía, ¿lo sabíais? Seguro que no. O que los hombres tienen más probabilidades de ser alcanzados por un rayo que las mujeres (¡bien por mí!), o que...

—¿A qué estás esperando ahí plantado? —le recriminó Elisa a Alex, tras sacudirse hacia atrás su larga melena con un ágil golpe de mano.

—A nada en concreto. Simplemente me hacía viejo mientras me preguntaba cuándo estarías lista para marcharnos—ironizó, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

Los labios de Elisa se curvaron mostrando una pequeña sonrisa casi imperceptible, antes de alzar la cabeza bien arriba y salir del bungalow, repiqueteando sobre el suelo con sus zapatos rojos de tacón. Alex negó con la cabeza y después la siguió. Y sorprendentemente, ni siquiera se molestó en despedirse de mí, fue como si de pronto me convirtiese en un ser invisible para él, dado que sí vi cómo le decía adiós con la mano a Hannah, que estaba a mi espalda.

Intentando matar el tiempo (y los nervios), ambas nos propusimos preparar una cena decente. En concreto, tacos de pollo con tiras de pimientos, queso rallado y picante. A las siete y media, ya lo habíamos engullido todo y, a partir de ahí, comenzó mi viaje por el camino de la desesperación. Así fue la cronología de los hechos:

7:45 pm. – Le hice una llamada perdida a Elisa, temiendo que la cosa fuese terriblemente mal. Como no me contestó, me acomodé en el sofá junto a Hannah y empezamos a ver una película de miedo en la que salía una niña terrorífica que tenía un cabello negro muy largo (¿los espíritus no saben lo que es una peluquería?).

8:05 pm. – Ante la nula respuesta a mi perdida, le escribí un mensaje a Elisa que decía: <<¿Sigues viva? Espero que sí. Llámame>>. Dudé sobre si añadir una carita sonriente pero, como no estaba nada feliz, finalmente omití el emoticono. Se lo tenía merecido.

8:25 pm. – Cambié de canal, dejando la película a medias. Hannah estaba aterrada y yo no podía dejar de mirar mi teléfono a la espera de que Elisa me contestase o de que me llamase la muerte para anunciarme, con voz susurrante, que me quedaban siete días de vida.

9:00 pm. – Seguía sin noticias. ¿Habrían intentado matarse entre ellos?

9:40 pm. – El reality show sobre la vida de algunos famosos era mucho más interesante que la película de miedo. Ahora ya podía morir en paz, porque estaba al tanto de que *Jennifer López* exigía que en sus habitaciones de hotel fuese todo blanco. Guau. Qué excéntrica.

10:00 pm. – Todavía no sabía nada de Alex o Elisa pero, por el contrario, sí sabía que *Mariah Carey* acostumbra a pedir sales del Mar Muerto para hacerse un peeling casero.

10:30 pm. – Le exigí a Hannah que la llamase desde su móvil. Quizá a ella sí decidía cogérselo.

11:00 pm. – Iba a morir. Ninguno contestaba al teléfono. ¿QUÉ ESTABA PASANDO? ¡TENÍA DERECHO A SABERLO!

12:00 pm. – Hannah se fue a dormir y me dejó completamente sola con un puñado de preocupación y a punto de sufrir un ataque cardiaco. El hecho de que estuviesen juntos tantas horas, no podía ser un buen augurio. Eran como el agua y el aceite, no se trataba de que pudiesen llegar a entenderse, sino más bien de un concepto científico irrefutable.

12:30 pm. – Empecé a buscar en el listín telefónico los números de todos los hospitales de la zona. Con un poco de suerte, todavía estarían vivos. No perdía la esperanza.

12:47 pm. – Elisa llegó al bungalow.

Me levanté a toda velocidad del sofá, llevándome una mano al pecho y olvidando a la recepcionista del segundo hospital al que había llamado, que me atendía al otro lado del teléfono. Elisa me miró sonriente, tras cerrar la puerta con el pie derecho como si fuese un *cowboy*; llevaba el cabello revuelto y se la notaba algo achispada.

Reparé en que todavía tenía el teléfono en la mano y me lo llevé a la oreja, mientras ella se quitaba la chaqueta y la dejaba de cualquier modo sobre el respaldo del sofá, instantes antes de desprenderse de los zapatos de tacón.

—Sí, sigo aquí —dije—. Perdona las molestias, ha sido un... un error. Gracias por su ayuda, de todos modos —concluí, antes de colgar.

Me acerqué a Elisa, que se había dejado caer sobre el sofá, y la estudié rápidamente, intentando encontrar algo raro en ella pero, a simple vista, parecía... normal. Al menos, a nivel físico, todo estaba en su sitio. Ninguna mutilación a la vista. Bien.

—¿Qué tal? —pregunté, tanteando el terreno, con la voz algo acongojada.

Elisa se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Fantásticamente bien.

—Ajá —continuó mirándola. No sabía qué más decir.

Se incorporó en el sofá, sentándose con las piernas al estilo indio.

—Lo hemos pasado genial, ¡ha sido tan divertido! —exclamó alegremente—. Hicimos una competición para ver quién conseguía beber más chupitos y ganamos a los de la mesa de al lado, ¿te lo puedes creer?

Asentí con la cabeza, sintiéndome un poco (solo un pelín) incómoda.

—Alex estaba en tu equipo. Era de esperar —ironicé.

—No, no es eso. Es que los de la otra mesa eran unos aficionados de poca monta. Menudos *pringaos* —hizo un gesto despectivo con la mano.

Comencé a recogerme el cabello con las manos, enrollándolo después, y finalmente formé una especie de moño que anudé con uno de los coleteros que siempre solía llevar en la muñeca derecha.

—Bueno y, ¿qué más habéis hecho? —indagué.

—Después de cenar y de ganar esa competición, quedamos con algunos amigos de Alex en un local que está aquí cerca. Ha sido divertido, sí.

Noté que se me aceleraban los latidos del corazón, pero meforcé para que mi voz sonase totalmente monótona, como si nada pudiese afectarme.

—Qué interesante —mentí—. ¿Y qué tal eran sus colegas? ¿Había también amigas? ¿Te presentó a alguna chica alta que se pareciese a *Claudia Schiffer*?

—¡Qué pesada eres, Emma! —bufó—. Alex no siente nada por Samantha, deja ya de tener alucinaciones. Parece que estés chiflada. Y no, no la he visto.

O sea, ¿hola? ¿Chiflada yo? ¿Chiflada tú!

¿Qué tipo de amigas tenía? ¿Es que la lealtad no significaba nada para ninguna de las dos? Era un concepto básico que nos enseñaban a todos los seres humanos desde bien pequeños, precisamente por eso existía *El Rey León*, para divulgar y potenciar todo el tema de los clanes, la manada inseparable, el cumplimiento de la fidelidad... Y luego, cuando crecíamos, pues ahí teníamos a *El Padrino*. ¿No podíamos nosotras ser como una familia unida?

—Así que veo que habéis estado hablando de mí —deduje, llevándome un dedo a los labios—. Suena genial —agregué con sarcasmo

—, os habéis hecho tan amiguitos que no me sorprendería que terminases invitándolo a tu boda —concluí, soltando así como si nada la bomba. ¡Pum!

Elisa bostezó.

—¿Qué boda?

Enarqué las cejas, incrédula.

—No sé... la tuya, por ejemplo.

Definitivamente, era la única persona cuerda que quedaba sobre la faz de la tierra. Una superviviente. Una especie en extinción.

—¡No hay boda! —anunció sonriente—. La cancelé hace horas —se levantó del sofá, bostezando por segunda vez, y estiró los brazos en alto—. No pensarías de verdad que iba a casarme con ese imbécil, ¿no? ¡Ja! ¡Ya le gustaría a él! —rio, dejándome totalmente anonadada—. Creo que mi cama me llama. Buenas noches, Emma.

Unos segundos después, estaba sola en el comedor del bungalow. Apagué la televisión, todavía dándole vueltas a lo que acaba de ocurrir, y el silencio se apoderó de la estancia. Pulsé el interruptor de la luz y me tumbé en el sofá, tras decidir que esa noche dormiría allí. Clavé la mirada en el techo y suspiré hondo.

Al final iba a resultar que todo el mundo se entendía con Alex, menos yo. ¿Eso provocaba que me sintiese celosa? Pues sí, un poco sí.

Recordé que en apenas tres días me encontraría rumbo a Nueva York y sacudí la cabeza, intentando reprimir aquel pensamiento. Era más fácil ignorar la realidad.

12

Desperté en cuanto escuché el ruido metálico que producían los cacharros de la cocina. Olía bien. Hannah estaba preparando tortitas. Me incorporé en el sofá y, al mirar la hora en el móvil, descubrí que tenía un mensaje de Alex.

<<Estás en deuda conmigo. Me debes una. Ves haciéndome un hueco en tu agenda>>.

Negué con la cabeza, reprimiendo una sonrisa, y pulsé el botón de responder.

<<Gracias por lo de Elisa, de verdad. Y exactamente, ¿qué es lo que quieres?>>

Comencé a ayudar a Hannah con el desayuno, mientras la ponía al tanto de lo que había ocurrido la noche anterior, enfatizando en el hecho de que la boda se había cancelado. Cuando escuché el pitido de mi móvil, que indicaba la llegada de un nuevo mensaje, dejé una de las tortitas a medio hacer en la sartén, a riesgo de que se quemase, y corrí hacia él.

<<Una cita>>

Permanecí más de un minuto mirando la pantalla del teléfono.

¿Qué esperaba conseguir? ¿Pasar un buen rato conmigo antes de que llegase el momento de la despedida? Nuestra relación no era así. Nunca había sido así, ni siquiera al comienzo. No era un lío de una noche, no era un desahogo rápido que, horas más tarde, pudiese olvidar. Si accedía a tener una cita con él, probablemente recordaría aquel episodio durante el resto de mi vida, a modo de auto-tortura. Y además, era débil ante la proximidad de Alex y solo Dios sabía qué podía llegar a pasar si permanecíamos los dos a solas, en algún lugar que no fuese público, durante más de media hora.

—¡Buenos días! —gritó Elisa, entrando en el salón.

Llevaba puesta una desaliñada camiseta muy corta que dejaba al descubierto la parte inferior de su estómago. Tras arrancar un trozo de una de las tortitas, sonrió cuando Hannah le regañó por ello, y se lo metió en la boca.

Me guardé el móvil en el bolsillo de los deshilachados vaqueros. Sabía perfectamente cuál era mi respuesta a su petición, pero preferí postergar el momento. Miré a Elisa.

—¿Qué tal te has levado?

—¡Genial! —cogió el plato de tortitas y lo llevó a la mesa.

—Emma, ¿prefieres café o zumo? —preguntó Hannah, sosteniendo en una mano la cafetera.

—Café, gracias —me acerqué a la barra de la cocina—. Ya lo cojo yo.

Nos acomodamos en la mesa y comenzamos a desayunar en silencio. Todo parecía diferente, como si Hannah ya no fuese Hannah y Elisa ya no fuese Elisa y yo... bueno, yo me sentía confundida, perdida e incapacitada para pensar con claridad. ¡Menudas vacaciones! Desde luego, relax era lo último que habíamos tenido.

—Emma me ha comentado que has cancelado tu compromiso —dijo Hannah, haciendo una pausa para masticar.

Elisa frunció el ceño y se limpió la boca con una servilleta.

—Debía de estar drogada para querer seguir adelante con esa estúpida boda. Tendríais que haberme dado una paliza —rio alegremente—. El muy idiota no para de llamarme desde anoche y a mí me empieza a doler el dedo de tanto presionar el botón de colgar. Como siga así, le haré un regalito: una orden de alejamiento. No me digáis que no es original.

Ahí estaba otra vez la chica decidida y temible que tan bien conocía.

—¿De qué hablasteis tú y Alex? —preguntó Hannah.

Si escuchaba una vez más su nombre, me pegaría un tiro.

—Uhhh, de infinidad de cosas —contestó, sin dejar de llevarse trozos de tortita a la boca—. De la vida, hablamos mucho de la vida en general.

—Suena interesante —mentí, e intenté cambiar el rumbo de la conversación—. ¿Ya habéis pensado qué queréis que hagamos hoy?

—¿Tú no tienes... ningún plan? —dejó caer Elisa.

—Uhhh, déjame pensarlo... No. Definitivamente no —le di un sorbo al café, consciente de que ella estaba al tanto de que Alex había planeado pedirme una cita—. ¿Sabes? No digas nada, ni siquiera quiero oír hablar del tema. Las cosas son como son. Tú misma me lo dijiste hace apenas unos días; no me vale que ahora cambies de opinión por muy bien que lo pasases ayer.

—De acuerdo —Elisa frunció el ceño—. Lo siento, no quería interferir en nada. Tú sabrás lo que haces.

—Exacto —concluí.

Terminé los restos del café que quedaban y, dejando la mitad de mi tortita intacta, me levanté de la mesa y me encerré en la habitación. Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y suspiré hondo, antes de comenzar a

marcar las teclas del teléfono.

<<Lo siento, Alex. No puedo aceptar>>.

Me asaltó la duda en el último segundo y noté un vuelco en el estómago, pero era demasiado tarde. En la pantalla de mi móvil ya podía leerse “*Mensaje enviado*”.

Los siguientes dos días, se convirtieron en una tortura lenta y dolorosa. Me levantaba pensando en Alex, preguntándome cuántos pasos de distancia nos separarían en esos instantes. Puede que fuesen más de mil o puede que apenas se tratase de treinta y estuviese a la vuelta de la esquina. Existía la probabilidad de que en apenas tres minutos pudiese llegar hasta él y eso me resultaba más doloroso incluso que pensar que se encontraba a horas y horas de distancia.

Después, durante el desayuno, charlaba con las chicas que, afortunadamente, no habían vuelto a sacar el tema de Alex a relucir. Tampoco importaba mucho, en realidad, ya que ya me encargaba yo misma de rememorarle una vez tras otra.

Más tarde, cuando llegábamos a la playa, me tumbaba sobre mi toalla y deslizaba las manos por la arena y jugueteaba con ella porque, de algún modo retorcido, la calidez que desprendía me recordaba al tacto de su piel.

Cada vez que miraba el reloj del móvil, restaba los minutos que me quedaban para regresar a Nueva York. Albergaba la esperanza de que, cuando pusiese un pie en mi antiguo apartamento, los recuerdos evocados volverían a convertirse en eso, en meros recuerdos; a pesar de que era consciente de que ambos habíamos convivido en ese mismo piso y que también existía la posibilidad de que, por el contrario, todo se magnificase y fuese todavía más difícil.

Y por las noches... por las noches permanecía despierta hasta entrada la madrugada, hecha un ovillo en la cama. Era entonces cuando todas mis dudas cobraban más fuerza. Incluso, de vez en cuando, ojeaba mi móvil, como si una parte de mí esperase recibir otro mensaje de Alex.

Fueron muchas las ocasiones en las que me planteé la idea de tirarlo todo por la borda, correr a los brazos de Alex y olvidarme durante unas horas de que todo lo que nos rodeaba estaba en nuestra contra. Y disfrutar de su compañía, sin pensar en nada más. Total, después tendría todo el tiempo del mundo para recuperarme e intentar superar el dolor que me causaría perderlo por segunda vez.

Sin embargo, no sé muy bien cómo, resistí la tentación. Lo hice, al menos, hasta el penúltimo día.

—Tengo que comprar una maleta —dijo Hannah—. Me llevo más cosas de las que traje. ¿Por qué me dejáis que siga comprando compulsivamente?

—Si te lo impidiésemos, ahora no podrías comprar esa maleta. Mira el lado positivo —ironizó Elisa.

—Cierto —Hannah suspiró hondo—. Bueno, ¿quién quiere acompañarme?

Dejé la revista que estaba leyendo sobre la mesita de la habitación, el único lugar de la estancia que no estaba repleto de ropa tirada por todas partes.

—Yo no puedo. Tengo que ir a devolver el coche de alquiler —contesté, mientras me obligaba a levantarme.

—De acuerdo, pues solo quedas tú —dedujo Hannah señalando a Elisa—. Será mejor que nos demos prisa, antes de que cierren las tiendas. No quiero tener que ir mañana a última hora.

Ignorando la conversación que mantenían mis amigas, comencé a vestirme con parsimonia. Me sentía extrañamente triste y los movimientos de mi cuerpo, torpes y desganados, parecían sincronizarse con mi pésimo estado de ánimo. Cualquier cosa me parecía un mundo. Sacar de la percha el vestido blanco que pensaba ponerme, quitarme la ropa, alzar los brazos, alisarme la zona de la falda... Cada pequeño acto, me requería un esfuerzo inimaginable.

Cuando subí en el coche de alquiler, tenía bien claro hacia dónde debía dirigirme. Sin embargo, una vez llegué a mi destino y aparqué frente a la casa de Alex, tuve que tomarme varios minutos para tranquilizarme.

Lo mínimo que podía hacer era despedirme de él. De algún modo, trazar el punto final de nuestra historia. No me sentía capaz de marcharme sin más.

Cogí mucho aire de golpe antes de llamar al timbre de la puerta.

Cuando abrió, se quedó allí quieto, mirándome silencio. Para variar, no vestía ninguna camiseta, así que tuve que hacer un gran esfuerzo para no desviar los ojos hacia su torso y mantenerme firme y serena. Control mental.

Ante mi mutismo, se cruzó de brazos y suspiró pesadamente.

—Supongo que vienes a despedirte —dedujo.

Asentí con la cabeza levemente; fue un movimiento tan imperceptible que no sé si llegó a advertirlo.

—Vale —contestó con cierta frialdad—. Pues ya está. Gracias por la visita —concluyó, instantes antes de intentar cerrar la puerta.

—¡Espera! —interpuse un pie entre la puerta y el marco de ésta, impidiendo que pudiese cerrarla—. De verdad que siento mucho no haber aceptado esa cita, pero sabes que solo habría empeorado las cosas. No sé cómo consigues afrontar esta situación tan bien, a veces incluso parece que intentes meter el dedo en la herida a propósito —tragué saliva, nerviosa—. Yo lo paso mal. Deberías haberte dado cuenta. Me conoces bien, sabes lo mucho que me cuesta superar... ciertas cosas. No lo hagas más difícil, por favor...

Alex frunció el ceño, mostrándose inmune ante mis palabras.

—¿Yo tengo pinta de estar pasándomelo en grande? —preguntó, molesto—. ¿De verdad crees que para mí todo esto es sencillo?

—No, eso no es lo que pretendía decir —respondí, dubitativa—. No sé cómo hacerte entender lo que siento o qué decirte para que tú...

—Supongo que <<adiós>> sería más que suficiente —me interrumpió.

Me llevé las manos a la frente, presa de la desesperación. Así no era exactamente como había imaginado que sería nuestra despedida.

—¿Podríamos... podríamos dar un paseo por la playa? —balbuceé—. No quiero que las cosas terminen así.

—Bueno... —alzó la vista hacia el cielo, que ya no era como el color azul de sus ojos, sino de un tono grisáceo nada agradable—. No te preocupes por eso, porque las cosas entre nosotros terminaron hace ya mucho tiempo.

—Alex... —dije, pretendiendo parecer fuerte, aunque en realidad sonó casi como una súplica.

Nos miramos fijamente, hasta que noté que me escocían los ojos y agaché la cabeza, concentrándome en el suelo y en las líneas que lo surcaban. Él cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, pareciendo incómodo.

—Espera aquí. Me pondré una camiseta.

Dejó la puerta entreabierta mientras desaparecía en el interior de aquella preciosa casa que ahora llamaba hogar. Cuando volvió a salir, un minuto después, ya había logrado reprimir las ganas de llorar. Empezó a

caminar hacia la playa, atravesando el paseo, sin decir nada. Al internarnos en la arena, me quité los zapatos y anduve descalza a su lado.

Cualquier otro día hubiésemos podido ver el atardecer. Habría sido una despedida cálida y agradable, incluso aunque no nos dirigiésemos la palabra porque, de hecho, tampoco hacía falta ni echaba de menos su voz, me bastaba con tenerlo cerca y saber que respirábamos el mismo aire, que mirábamos el mismo mar y que sentíamos la misma brisa.

Pero aquel día no había sol. El cielo era de un gris tan oscuro, que casi parecía que ya había anochecido.

Observé en silencio cómo el viento sacudía la camiseta azul que llevaba puesta y revolvía su cabello, mientras él se acercaba hasta la orilla, también descalzo, y permitía que el agua bañase sus pies. Me senté en la arena, con las piernas extendidas, aprovechando que me daba la espalda para poder mirarlo sin remordimientos. Quise grabar para siempre aquella escena en mi retina; quizá para poder recordarla una y mil veces cuando finalmente volviésemos a estar tan lejos el uno del otro.

El momento se rompió, cuando Alex se cansó de contemplar la espuma que las olas formaban en la arena, y se giró hacia mí, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón corto. Todavía en silencio, caminó despacio hasta donde me encontraba y se sentó a mi lado. Me estremecí cuando su rodilla rozó mi pierna sin querer y la apartó rápidamente, como si el contacto entre nosotros produjese una especie de descarga eléctrica.

Un trueno estalló en lo alto del cielo, sorprendiéndonos a ambos.

Cogí una gran bocanada de aire porque, a pesar de que seguía respirando, tenía la sensación de que me faltaba el oxígeno.

—Voy a echarte de menos —susurré, haciendo una pausa para tragar saliva; tenía un nudo en la garganta—. Lamento todo lo que pasó entre nosotros. Y siento haberme comportado como una idiota el 60% del tiempo, no sé en que estaría pensando —admití, nerviosa, porque era la primera vez que decía algo así en voz alta—. Ahora que lo pienso, y veo las cosas en perspectiva, me doy cuenta de que siempre estábamos discutiendo por tonterías. Eran... eran cosas tan estúpidas que ni siquiera las recuerdo —reí tristemente—. No sé por qué a la Emma del pasado le parecían tan importantes. Está claro que no lo eran. Y también está claro que Hilda no es una psicóloga tan terrible porque, de no ser por ella, no estaría confesándome.

Alex permaneció tanto tiempo sin decir nada, que temí que no fuese a dirigirme la palabra nunca más. Pareció una eternidad, cuando apartó la mirada del mar y la posó en mí.

—No tienes nada que confesar —dijo—. Yo también me equivoqué mil veces, también me sentía contantemente inseguro..., pero supongo que al final son esos errores los que nos hacen ser quiénes somos —su mirada se acentuó, enmarcada por las negras pestañas—. En el fondo, siempre me gustó la Emma dramática y desmesurada porque, ¿sabes qué?, no solo exagerabas los malos momentos, sino también los buenos y, cuando eso ocurría, era simplemente increíble —me dedicó un amago de sonrisa.

¿Notaría que estaba temblando? Esperaba que no.

Me sobresalté cuando un segundo trueno retumbó sobre nosotros, produciendo un leve fogonazo. Bajé la mirada hasta contemplar nuestras manos, las dos posadas sobre la arena blanquecina, apenas a unos centímetros de distancia. Si movía tan solo un poco el dedo índice, en menos de un segundo estaría tocando su cálida piel. Casi había decidido hacerlo, presa de una debilidad digna de estudio, cuando comenzó a llover estrepitosamente.

No era una llovizna tierna, suave o melancólica. Era una lluvia furiosa.

De golpe, enormes gotas de agua comenzaron a caer del cielo, empapándonos en menos de medio minuto, el tiempo exacto que tardamos en levantarnos a toda prisa y comenzar a correr hacia el paseo de la playa. Alex emitió una profunda carcajada cuando descubrió que intentaba protegerme el pelo, colocando los brazos sobre mi cabeza —¡me lo había planchado concienzudamente esa mañana!—, y me cogió de la mano, tirando de mí para avanzar más rápido, arrastrándome a su paso.

La arena de la playa se convirtió en una especie de barro pringoso en los escasos cinco minutos que tardamos en salir de allí. Me estremecí cuando otro trueno explotó en la cúpula del cielo, al tiempo que Alex conseguía introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta de su casa.

—Quédate aquí hasta que pase la tormenta —dijo. Se sacudió y despeinó el cabello con la mano.

Asentí con la cabeza.

Alex dejó las llaves sobre la repisa de la entrada y después caminó hacia la cocina, esquivando las tres tablas de surf que estaban apoyadas en la pared del comedor. Le seguí en silencio, tiritando ante el repentino

cambio de la temperatura.

—¿Quieres tomar algo? Hay café hecho.

—Vale, sí.

Apoyé la espalda contra la repisa de la cocina, manteniendo la vista fija en la ventana que estaba enfrente. Las gotas de lluvia chocaban con violencia contra el cristal, deslizándose después, dejando a su paso un reguero de agua antes de desaparecer. La melodía de la tormenta se escuchaba desde cualquier rincón de la casa, golpeando el techo, las paredes... como si el cielo estuviese enfadado.

Aparté la vista de la ventana cuando advertí la extraña calma que se respiraba en la cocina. Alex no preparaba el café, tan solo estaba quieto, en medio de la estancia, mirándome fijamente. Sus ojos se pasearon voraces por mi cuerpo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba un vestido blanco —totalmente empapado—, que se transparentaba completamente. Ahogué un gemido al observar mis propios pechos, con los pezones ligeramente erguidos, que parecían luchar contra la fina tela que los retenía.

Alex dio un paso al frente. Tenía los ojos más oscuros de lo normal, de un azul peligroso e intenso, con las pupilas dilatadas, y esa expresión ardiente en su rostro que tan bien conocía.

Abrí la boca, dispuesta a decir algo, cualquier cosa... Pero antes de que pudiese pensar una sola palabra, él rompió la escasa distancia que nos separaba y apoyó ambas manos sobre la repisa de la cocina, rodeándome, impidiendo que pudiese escapar. Incluyó la cabeza para poder mirarme fijamente a los ojos, antes de decir:

—No puedo aguantar más.

Y un segundo después, su boca estaba sobre la mía.

Jadeé, sorprendida cuando presionó su cuerpo contra el mío y sentí su excitación. Paseó su lengua por mi labio inferior, apresándolo después entre sus dientes y mordisqueándolo suavemente, mientras sus manos comenzaban a vagar por mis piernas, ascendiendo rápidamente hasta presionar mi trasero con fuerza.

Estaba dividida entre el calor que emanaban nuestros cuerpos y entre el frío de las ropas empapadas, entre el hecho de que mi deber era apartarle cuanto antes y el hecho irrefutable de que no había nada más que desease en el mundo que seguir besándole eternamente...

—No tiene sentido que sigamos resistiéndonos —susurró, al tiempo

que sus dedos se deslizaban por la cara interna de mis muslos—. Emma, sabes que te quiero. Sabes que estamos hechos el uno para el otro —concluyó, antes de quitarme las bragas con un tirón brusco.

El corazón me martilleaba furiosamente en el pecho. Mi cerebro se desconectó; ya no podía —ni quería— pensar en nada. Rodeé su cintura con las piernas cuando él me alzó en alto, antes de cogerme al vuelo y tumbarme sobre la pequeña mesa de madera de la cocina. Mientras intentaba desabrochar el botón de sus vaqueros, escuché el estruendoso ruido que produjo un plato al romperse en mil pedazos. No me importó. Podría haber lanzado toda su vajilla por los aires en ese mismo instante y me habría dado absolutamente igual.

Mis dedos parecían de gelatina y no conseguía dominar ese dichoso botón... finalmente Alex se despojó él mismo de los vaqueros y me quitó el vestido por la cabeza, tirando también al suelo el único vaso que quedaba sobre la mesa. Creo que jamás habíamos estado tan ansiosos. Apresé su miembro con la mano y él se inclinó, escondiendo el rostro en mi cuello, mordiendo y besando cada centímetro de piel que sus labios encontraban.

Alzó la cabeza cuando finalmente se introdujo en mí con fuerza, de un solo movimiento, sin previo aviso, como si llevase siglos deseándolo. Cerré los ojos, incapaz de soportar las intensas sensaciones que me invadían.

—Mírame, Emma.

Me obligué a hacerlo. Y solo cuando nuestros ojos se encontraron, Alex comenzó a moverse, primero lentamente, y después más rápido, más profundo, más ansioso... hasta que sentí que estaba a punto de estallar y me abracé a él con fuerza mientras un sofocante placer se adueñaba de todo mi cuerpo. Moví las caderas hacia arriba, anhelante por sentirle todavía más, al tiempo que Alex terminaba emitiendo un gemido ronco.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, sin movernos, sobre la mesa de la cocina, respirando entrecortadamente. La lluvia continuaba escuchándose a lo lejos, recordándome que, contra todo pronóstico, el mundo todavía existía más allá de esas cuatro paredes.

Todo había ocurrido tan rápido...

Alex se incorporó ligeramente y su mano acunó mi mejilla con delicadeza. Sonrió, paseando después sus dedos por mis labios, acariciándolos.

—Quédate a dormir. No quiero que te vayas —susurró.

Sus manos descendieron por mi estómago, trazando cálidos círculos sobre mi piel. Y sé, sé que si hubiese sido cualquier otra persona, en aquel momento, tras la excitación inicial, me habría tapado a toda velocidad, impidiendo que pudiese ver mi cuerpo así, tan expuesto, tan... íntimo. Pero era Alex. Una parte de mí, que luchaba fervientemente contra todas mis inseguridades, deseaba que él me tocara de aquel modo, mirándome fijamente. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí atractiva a su lado. No tenía prisa por vestirme.

Cinco minutos después, volvimos a hacer el amor, en esa ocasión en la cama de su habitación. Yo habría estado encantada de repetirlo en todas las estancias de la casa, a modo de visita turística, pero me temblaban las piernas y me sentía tan abrumada que, cuando nos desplomamos sobre el colchón, fui incapaz de volver a moverme.

Alex se levantó para cerrar la ventana de la habitación, antes de regresar a mi lado y estrecharme entre sus brazos. Apoyé la cabeza sobre su pecho desnudo, sin dejar de acariciar con los dedos el contorno de su ombligo y el escaso vello que crecía en la parte inferior de su estómago. Él suspiró hondo, con la mirada clavada en el techo, y después depositó un suave beso en mi frente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en un susurro.

Pensaba en lo débil que era, en que aquello no había sido finalmente la despedida imaginada, en que tardaría una década en recuperarme tras lo que acababa de ocurrir y, muy a mi pesar, en lo mucho que le quería y en que, de algún modo, no me arrepentía de estar en esa cama. Estaba segura de que, si regresase atrás en el tiempo, volvía a caer una y otra vez.

—Pensaba... —titubeé, intentando discurrir con rapidez—. Pensaba en lo bonito que es el color de la habitación, ¿dónde compraste la pintura? —pregunté, sin dejar de mirar las paredes cubiertas por un ligero tono azul; era tan pálido que casi parecía gris.

Alex prorrumpió en una carcajada y mi cabeza, apoyada sobre su estómago, se balanceó al compás de los movimientos de su risa.

—Qué profundo —bromeó—. ¿Quieres saber en qué pienso yo?

—No estoy segura... —dudé.

—De acuerdo. Tú te lo pierdes —respondió juguetón, encogiéndose de hombros.

Permanecimos un minuto en silencio.

Vale, ahora en serio, ¿EN QUÉ ESTABA PENSANDO? Odiaba que hiciese eso, que me tentase haciéndose el interesante para después dejarme con la duda. Porque no quería saberlo, pero... sí, sí quería saberlo.

—Dímelo —exigí finalmente.

Tenía los labios apoyados en mi frente, así que pude notar la sonrisa que se formó en ellos.

—No.

—¡Por favor! —supliqué.

Su boca volvió a curvarse sobre mi piel.

—Pensaba en lo suaves que son estas sábanas, ¿no lo notas? Son de microfibra. Las compré en una tienda llamada Firdho —se mofó, vengándose por mi anterior comentario.

Le di una pequeña palmada en el estómago, a modo de advertencia, provocando que se sobresaltase y riese después. Entrelazó sus piernas con las mías y se dio la vuelta, colocándose sobre mí. Con el dorso de la mano, me apartó el cabello de la cara y depositó un corto beso en mis labios.

—Tú piensas en la pintura de las paredes. Yo pienso en las sábanas... —sonrió, con su frente tocando la mía. La calidez de su aliento me hizo estremecer—. Tú mientes. Y yo también —agregó—. Pero, como creo que en el fondo ambos estamos pensando en lo mismo, lo dejaré pasar. Me gusta que seas una mentirosilla —concluyó, mientras me acariciaba la mejilla con los dedos.

—¿Y qué se supone que pensamos los dos? —pregunté, a pesar de que ya lo sabía.

—En lo perfecto que es que estemos juntos, aquí y ahora.

<<Ahora>>, no <<mañana>>, me recordé a mí misma.

Tragué saliva con cierta dificultad y me esforcé por corresponder su sonrisa, antes de que nuestros labios se fundiesen de nuevo.

Siempre he creído que existe una técnica muy sencilla y práctica a la hora de poder descubrir si la persona que está a tu lado es verdaderamente tu media naranja. El truco está en el tiempo.

Lo sabes cuando, al estar con él, los días se transforman en horas, las horas en minutos y los minutos en segundos. Aunque sea científicamente imposible, el tiempo empieza a correr a una velocidad diferente a la que estás acostumbrado, como si intentase huir de ti. Todo pasa más rápido y no importa de cuánto tiempo dispongas, porque nunca parece suficiente, no

llegas a sentirte jamás totalmente satisfecho, siempre necesitas un poquito más y no estás dispuesto a conformarte.

Las tres horas que estuvimos hablando, riendo, haciéndonos cosquillas, abrazándonos, besándonos e, incluso, bailando sobre la cama en un momento de locura transitoria, se me antojaron como si hubiesen pasado apenas veinte míseros minutos, de no haber sido por el reloj que había en su mesita de noche y que marcaba el tiempo real, recordándome la velocidad a la que seguía avanzando el resto del mundo.

No sé cuándo ocurrió exactamente, porque me sentía desorientada y abrumada por un millar de sentimientos encontrados, pero en cierto momento su respiración se volvió más regular y no tardé mucho en darme cuenta de que se había quedado dormido. Me recreé contemplando en silencio el contorno de su mandíbula y cómo sus pestañas se curvaban delicadamente hasta acariciar la piel bajo sus ojos y... en fin, y cada pequeño detalle de ese rostro que tan bien conocía.

—Te quiero, Alex —susurré, cuando me decidí a dejarme llevar por los brazos de Morfeo.

Sus manos se movieron, rodeándome la cintura con más firmeza, y temí que hubiese escuchado mi confesión. No es que no quisiese que supiese lo que sentía por él, dado que era bastante obvio, pero tampoco servía en sí para solucionar la situación en la que nos encontrábamos. Era como quitarle la costra a una herida una vez tras otra, impidiendo así que sanase jamás.

Cogí mucho aire de golpe, sintiéndome nerviosa, pero afortunadamente Alex no volvió a moverse. Siempre había tenido un sueño profundo. En ocasiones, me era literalmente imposible despertarle por las mañanas. No importaba cuántas veces sonase la alarma, para él tan solo era una agradable melodía que le inducía al sueño.

Acomodé mejor la cabeza en su pecho, como tantas otras noches había hecho, y escuché el rítmico latir de su corazón hasta quedarme dormida.

Desperté desorientada, preguntándome dónde estaba exactamente y si los sucesos acontecidos la noche anterior formaban parte de un efímero sueño. Pero descubrí rápidamente que no, en cuanto noté los fuertes brazos que me apresaban con firmeza y miré a Alex en medio de la penumbra, puesto que apenas había empezado a amanecer.

Todavía descansaba plácidamente. Su pecho subía y bajaba al compás

de su pausada respiración. Era extrañamente hipnótico observarle dormir. Un mechón de cabello se deslizaba por su frente y me contuve para no apartárselo suavemente.

Me hubiese quedado allí eternamente, mirándole en silencio, pero entonces recordé que mi vuelo salía esa misma tarde, a las cinco. De modo que, intentando en vano no llorar, conseguí desenredar su cuerpo del mío sin que él llegase a despertarse. Aparté las sábanas blancas a un lado y, muy a mi pesar, me levanté de la cama.

Nos encontrábamos en un punto muerto. Él en California. Yo a punto de regresar a Nueva York, para seguir adelante con mi solitaria vida. Había estado bien fingir durante una noche que todo era como siempre, como si jamás hubiésemos roto nuestra relación y ese año separados no existiese, pero la realidad era muy distinta. Durante ese tiempo, ambos habíamos recorrido caminos separados y no parecía que éstos fuesen a encontrar una bifurcación en la que unirse de nuevo.

Ya había terminado de vestirme, cuando volví a centrar la mirada en él y me pregunté si debía despertarle. Sacudí la cabeza, enjugándome una lágrima con el dorso de la mano, desechando rápidamente la idea.

No era capaz de despedirme de Alex. De pronunciar en voz alta un <<hasta nunca>>.

Quizá por eso, él había hecho lo mismo antes de marcharse un año atrás. La idea de decirle adiós se me antojaba retorcidamente dolorosa. Era mucho más sencillo irse sin pronunciar ni una sola palabra, sin dejar una nota, sin mirar atrás.

Y así, probablemente, ambos podríamos seguir fingiendo que nada había ocurrido, que nunca nos habíamos vuelto a encontrar, que nos habíamos olvidado el uno del otro, que en fondo no seguíamos queriéndonos...

Parecía una táctica infalible.

Lástima que no funcionase al 100%, dado que era incapaz de dejar de llorar.

Evitando mirarle una última vez, salí sigilosamente de la habitación caminando de puntillas. Avancé a tientas por el pasillo de la planta superior y, casi estaba a punto de bajar la escalera y huir como una cobarde, cuando mis ojos se dirigieron a la estancia que tenía enfrente. El trastero.

Una sucesión de palabras recorrieron mi mente. Tales como:

<<regalo>>, <<rojo>>, <<lazo>>, <<muy brillante>>, <<secreto>>.

Me dije a mí misma que entraría tan solo para coger mis pertenencias. Parecía lógico. Ya que iba a marcharme en apenas unas horas, debía llevarme las cosas que Alex se había adueñado por error.

Sin embargo, en cuanto encendí la tenue luz de la pequeña habitación, mis ojos se posaron en el regalo que descansaba sobre la estantería. Y juro —lo digo de corazón—, que fue como si una fuerza sobrehumana me lanzase hacia el misterioso objeto. Y a pesar de que lo siguiente que ocurrió fue contra mi voluntad —no era mi intención, de verdad— suponía que después de lo que había ocurrido entre nosotros la noche anterior, tenía ciertos derechos sobre su intimidad, ¿no?

(No, no era cierto, pero quise convencerme de lo contrario).

Cogí el rectangular regalo y me senté sobre el frío suelo con las piernas al estilo indio. Comencé a desenvolverlo lentamente, intentando quitar el celo con las uñas para no romper el precioso papel. Tenía la firme intención de dejarlo tal como estaba, sin que Alex notase nada. Lo único que necesitaba era descubrir qué escondía, y así podría al fin saciar esa insana curiosidad que me convertía en una mujer terrible.

Dejé a un lado el envoltorio rojo y miré algo desilusionada el cuaderno que sostenía entre las manos. No sé qué había esperado encontrar, pero fuese lo que fuese estaba mucho de esa especie de libro marrón, de aspecto acartonado.

Abrí la primera página y, lo que vi, me dejó todavía más asombrada.

Era un álbum de fotografías casero, repleto de instantáneas en las que salíamos Alex y yo, sonrientes. Las primeras, correspondían a cuando éramos pequeños y, en muchas de ellas, aparecía mi hermano mayor. Después, las imágenes eran todas de los cuatro años que habíamos estado juntos. Al lado de la mayoría de las fotografías, Alex había escrito comentarios con rotulador negro, podía reconocer perfectamente su letra irregular.

Con un nudo en el estómago, fui pasando las páginas del álbum. Hubo fotografías que me hicieron llorar tristemente, como si éstas me recordasen esa felicidad que ya no tenía, mientras que con otras terminé riendo a carcajadas, dado lo cómicas que eran algunas instantáneas, junto a los ingeniosos comentarios que Alex había escrito.

Tan solo hubo una fotografía que me dejó totalmente conmovida.

La última de todas.

Estaba sola en la página, en el centro, a pesar de que sobraba espacio arriba y abajo para colocar otras más. En la fotografía, se distinguía perfectamente una idílica casa, pintada de blanco, con las ventanas azules, frente al paseo de la playa... Era exactamente la casa en la que me encontraba en ese mismo instante. La nueva casa de Alex.

No entendí qué hacía esa fotografía al final de un álbum dedicado a ambos, dado que formaba parte de su nueva vida, hasta que leí el comentario que había escrito a un lado:

<<Ahora que ya somos marido y mujer y que tengo la obligación de cuidarte en la salud, en la enfermedad, en la pobreza, en los días en los que estés insoportable y un eterno etcétera, ¿qué opinas de tomarnos unas vacaciones en nuestra nueva residencia, señora Harton? Espero que la respuesta siga siendo un sí. Te quiero, Emma>>.

Comencé a hiperventilar, llevándome una mano al pecho.

Escuché un crujido a mi espalda, pero no tuve tiempo de envolver otra vez el regalo y dejarlo sobre la estantería, porque Alex ya estaba allí, en la puerta de la habitación, mirándome en silencio.

Él suspiró hondo.

—Esto... esto es muy propio de ti, supongo —musitó.

Me levanté de un salto, dejando en el suelo el álbum de fotografías y sujetando con fuerza el asa del bolso. La idea de salir corriendo era tentadora, pero Alex se interponía en mi camino, apoyado en el marco de la puerta.

—Lo siento —susurré, sintiéndome avergonzada—. Tan solo quería...

—Averiguar qué había en esa caja —concluyó Alex—. Eso lo sé, Emma. Lo has dejado bastante claro.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Me mordí el labio inferior.

—De modo que, en principio, esta casa... —miré a mi alrededor, fijando la vista en el techo, porque parecía mucho más sencillo que enfrentarme a la intensa mirada de Alex—. Esta casa iba a ser nuestra. La compraste cuando todavía estábamos juntos.

Alex se llevó las manos al rostro y se frotó la incipiente barba.

—Iba a ser una especie de regalo de bodas, sí —admitió.

No me había dado cuenta de que tenía la mirada borrosa. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas, pero no me molesté en apartarlas y fingir que no estaba llorando.

Alex dio un paso al frente, con toda esa seguridad de la que yo carecía; alzó las manos en alto, tras respirar profundamente, y deslizó los pulgares por mis pómulos, limpiando las lágrimas que todavía caían, silenciosas. Me sostuvo la mirada durante un largo minuto y después, su voz ronca pareció retumbar en las paredes de la minúscula y oscura habitación.

—Puedo volver a Nueva York —dijo de pronto.

—¿Cómo...? —balbuceé, nerviosa—. Tienes aquí la empresa... al fin has logrado encontrar algo que te gusta de verdad...

—Si ahora me pidieses que dejase atrás todo esto... lo haría —afirmó, y no había ningún atisbo de duda en su voz—. Si crees que nos merecemos una segunda oportunidad, si todavía me quieres... necesito saberlo. Porque nada de lo que he conseguido aquí importa si no estás. Es solo un trabajo, Emma. Y tú... tú eres todo mi mundo —acunó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarle—. Lo único que tienes que hacer es decírmelo. Volveré a Nueva York. Y retomaremos la vida que teníamos.

Fue como si dos partes opuestas de mí chocasen entre ellas furiosamente. Algo se removió en mi estómago, una especie de tirón que provocó que me temblasen las piernas.

El demonio interior que tantas veces me acompañaba, se apoderó de mí, envolviéndome con todas esas promesas que quería ver cumplidas. El hecho de que mi vida podría volver a ser lo que era, teniendo a Alex a mi lado... era más de lo que jamás hubiese podido imaginar. Deseaba fervientemente que mis labios pronunciasen la palabra <<sí>>. En el fondo, mi lado más egoísta, quería retenerlo, incluso aunque su felicidad estuviese en riesgo.

Pero el ángel que en ocasiones me visitaba —muy de vez en cuando, si he de ser sincera—, no era capaz de permitir que él hiciese algo semejante. ¿Abandonar el trabajo de sus sueños?, ¿dejar atrás aquel idílico lugar en el que siempre había querido vivir? No parecía justo que Alex se desprendiese de todo por mí.

Muriéndome por dentro, negué lentamente con la cabeza, con la esperanza de que aquel gesto fuese suficiente para él, dado que no era capaz de pronunciar la respuesta en voz alta.

—Emma... —rogó en un ronco susurro.

—No puedo —dije finalmente—. Tienes una nueva vida.

—Ni siquiera deberías llamarla <<vida>> si tú no estás en ella.

—Alex, las cosas son demasiado complicadas ahora mismo —me armé de valor—. Todo ha cambiado. Incluso nosotros. Todo, absolutamente todo.

Él apartó las manos de mi rostro, sin dejar de mirarme, y dio un paso atrás.

—Lo único que necesito saber es si todavía me quieres —susurró.

El corazón me martilleaba con fuerza en el pecho, a un ritmo vertiginoso.

Intenté recordar el asunto del pestañeo a la hora de mentir, ¿tenía que pestañear o debía no hacerlo? Cogí mucho aire de golpe, mientras me esforzaba por parpadear con absoluta normalidad.

—No —contesté—. No como antes. Lo siento.

Las palabras sonaron falsas.

Alex respiró hondo y, por primera vez en mucho tiempo, apartó sus ojos de mí, incapaz de sostenerme la mirada.

Un extraño vacío me envolvió y, durante unos minutos, fue como si no sintiese nada. Como si acabase de convertirme en un cuerpo autómatas, carente de emociones.

Tragué saliva, nerviosa.

Los largos dedos de Alex repiquetearon contra la madera de la pared, rompiendo el silencio que se adueñaba de la estancia. Finalmente, alzó la cabeza para mirarme. Y fue tal el dolor que vislumbré, tras su perfecta máscara de seguridad, que estuve a punto de correr hacia él y abrazarle, tirando por tierra todos mis propósitos anteriores.

Nunca le había visto tan expuesto, pillándole desprevenido, como aquella mañana. Jamás hubiese esperado que él confesase tan abiertamente lo que sentía por mí, incluso estando dispuesto a abandonar todo lo que al fin había logrado...

—Espero que seas feliz, Emma —murmuró, tras lo que pareció una eternidad. Lo dijo tan bajito, que me pregunté si realmente le había oído.

—Lo mismo digo, Alex.

Tenía la boca completamente seca. Me di la vuelta y comencé a bajar las escaleras a trompicones. Cada escalón que me alejaba de Alex, parecía un kilómetro. Y cada imaginario kilómetro, un inmenso océano que nos separaría para siempre.

Sabía que no habría una tercera oportunidad.

¿Cuántas probabilidades había de que volviésemos a encontrarnos otra

vez?

Ninguna.

Me tropecé cuando abrí la puerta y salí al fin al exterior, agradeciendo el viento que soplaba. Di varios pasos hacia atrás, sin poder dejar de mirar la residencia de Alex. Ahora era todavía más doloroso, después de saber que esa casa había sido comprada para que ambos la disfrutásemos juntos.

Caminé hasta el coche dificultosamente, con la mirada todavía borrosa. No podía quedarme allí ni un minuto más, así que arranqué el motor, aún a sabiendas de que había un alto porcentaje de posibilidades de que sufriese un accidente de tráfico encontrándome en aquel estado.

Conduje por el paseo de la playa. En la radio sonaba una recopilación de baladas románticas de los ochenta, como si aquel locutor pudiese saber exactamente cómo me sentía. ¡Dichoso hombre! Odiaba la dulzura que desprendía la canción *Unchained Melody*, me hacía recordar la película *Ghost*. Tan triste, tan desgarradora, tan... Era demasiado. Era insoportable.

Con un fuerte manotazo, apagué la radio.

El repentino silencio me puso todavía más nerviosa y terminé estacionando en la cuneta de la carretera. Apoyé la cabeza sobre el volante del coche y me concentré en la idea de respirar con normalidad. Eso era todo lo que debía hacer. Inspirar, expirar. Inspirar, expirar.

Le había dicho que no le quería... cuando, en realidad, lo único que deseaba en esos momentos era dar media vuelta, correr hacia él y abrazarle con la firme intención de no volver a soltarle jamás.

Me incliné a un lado para poder coger un pañuelo del bolso y sonarme la nariz. Suspiré hondo y me mantuve en silencio durante unos eternos minutos, con la mirada fija en la carretera, donde los coches seguían circulando tranquilamente, ajenos a mi dolor.

Cuando logré calmarme, me incorporé nuevamente a la calzada y conduje, sin pensarlo demasiado, hacia la casa —consulta, choza, lo que fuese—, de Hilda. No tenía claro por qué me dirigía allí, pero me dije que probablemente lo único que quería era despedirme de esa estrafalaria mujer, puesto que de un modo u otro había logrado sacar a relucir los errores cometidos que nunca antes quise atribuirme.

Sin embargo, en cuanto recorrí a toda prisa el camino de la entrada y ella abrió a puerta, tan solo dije:

—Nos hemos acostado.

Hilda abrió excesivamente los ojos. Y después sonrió cálidamente,

como si aquello fuese una buena noticia que llevase siglos esperando oír.

—Entra, querida —dijo, tras hacerse a un lado—. Vayamos a la cocina, estoy preparando un pastel de manzanas. No te preocupes, esta sesión corre de mi cuenta.

—Eh, bueno, gracias —balbuceé, algo confundida por su inesperada amabilidad—. Pero en realidad no venía para hacer una última sesión. Tan solo quería despedirme porque... en fin, me marchó en apenas unas horas.

Hilda me ignoró. La seguí por el largo pasillo hasta llegar a la iluminada cocina. Nunca había estado en esa estancia. Era de madera, acogedora, con los armarios de color blanco. Casi me sorprendió el hecho de encontrar dos sillas al lado de una pequeña mesa. Frente a la zona donde estaban los electrodomésticos, había una ventana abierta con una jardinera que contenía varias plantas aromáticas, verdes y brillantes. No estaba muy puesta en el tema de la jardinería, pero pude distinguir el aroma que desprendía la albahaca.

—Bonita cocina —admití, tras acomodarme en una silla.

Tras darme las gracias, cogió una manzana y comenzó a pelarla con delicadeza. Manejaba el cuchillo de maravilla. ¡Qué energía de buena mañana!

—Así pues, Alex y tú habéis avanzado mucho durante las últimas horas.

—No sé si al hecho de mantener sexo se le puede calificar de tal modo —suspiré.

—Habitualmente, suele ser la forma física en la que dos personas expresan los sentimientos que se profesan —apuntó—. De modo que sí, lo considero un avance. En cierto modo, ambos habéis admitido que todavía os seguís queriendo.

Negué con la cabeza, manteniendo la mirada fija en el suelo de madera.

—¿Qué importancia tiene? Vivo en la otra punta del país —alcé las manos en alto, enfadada conmigo misma—. Usted no lo entiende. Ahora todo es doblemente complicado.

Hilda se mantuvo en silencio. Cuando terminó de pelar la última manzana, se lavó las manos, y se sentó frente a mí al tiempo que se secaba los restos de agua con un trapo de cocina.

—Emma, creo que estás a punto de cometer el peor error de tu vida —musitó—. Verás, no debería contarte ciertas cosas, dado que el protocolo

que sigo con mis clientes me lo impide. Pero la situación lo requiere, así que haré una excepción y me saltaré el código de confidencialidad.

—¿Contarme qué? —pregunté, inclinándome ligeramente sobre la mesa.

—Conozco a Alex desde hace casi un año, en realidad incluso podría decirse que somos amigos —confesó—. Cuando acudió a mi consulta por primera vez, apenas llevaba un mes viviendo en California. Estaba muy deprimido.

Oh, Dios mío.

Ahora entendía por qué Hilda parecía saber desde el principio toda nuestra vida. Por supuesto. Claro. Estaba al tanto de lo que había ocurrido con mi vestido de novia, de los acontecimientos de aquella noche... de todo.

Traición absoluta.

—¿Por qué me engañasteis? —pregunté, alzando la voz.

—Alex me llamó a la mañana siguiente de que os encontraseis en aquel pub —explicó—. Le sugerí que te invitase a desayunar. Creí que un acercamiento directo podría ser la solución a todos vuestros problemas. Lamentablemente, no fue así —apuntó—. De modo que le pedí que consiguiese, de algún modo, que pudiésemos comenzar una especie de terapia de pareja exprés.

Me levanté de la mesa con indignación.

—¿Terapia exprés? ¡Me ha estado estafando! Todo era una trampa —protesté—. ¡Yo confié en usted!

—Emma, cálmate —me rogó—. Solo pretendía ayudar. No lo hicimos de forma malintencionada. Lo que realmente quería que supieses, confesándote todo esto, era lo mucho que Alex te ha querido siempre. Jamás había visto a una persona tan enamorada. Él te acepta tal y como eres. Entiende que tienes defectos, que ambos los tenéis, pero a pesar de todo te sigue queriendo. Y creo que tú también a él.

Mi pecho subía y bajaba de un modo forzado, al compás de mi respiración irregular. Me sentía engañada, ultrajada, enfadada... Pero, sobre todo lo demás, tremendamente triste.

Nos queríamos. Hilda tenía razón. Entonces, ¿por qué no podíamos estar juntos?

A lo largo de mi vida, había leído novelas románticas de todo tipo, donde los protagonistas tenían que solventar mil y un obstáculos por amor.

Ésas eran mis preferidas. Y ahora estaba a punto de dejar atrás a la persona que más quería en el mundo, sin luchar, sin intentarlo siquiera.

—Alex ha hecho todo lo posible por volver a estar contigo —dijo—. En muchas ocasiones, durante el último año, estuvo a punto de regresar a Nueva York para buscarte. El hecho de que te presentases aquí, de pronto, fue casi como un... milagro —suspiró hondo—. A veces, la vida nos envía señales que debemos tener en cuenta. Todo sería mucho más fácil si no fueseis ambos tan testarudos, tan sumamente... orgullosos.

Agitó las manos en el aire. Parecía sentirse impotente.

—No entiendo que intenta decirme —respondí con cierta indignación—. ¿Pretende que mantengamos una relación a distancia a través de internet o algo así? ¡Apenas uso las redes sociales! ¡Usted no sabe lo complicado que es *Facebook*!

—¿Te ha propuesto Alex regresar a Nueva York contigo? —preguntó, sonriéndome con suficiencia, al tiempo que sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

Sentí un vuelco en el estómago al recordar la conversación que había mantenido con él apenas una hora atrás. Jamás olvidaría sus palabras. Probablemente, me las repetiría una vez tras otra durante el resto de mi vida, a modo de castigo.

—¡No es una opción! Aunque no lo crea, todavía tengo algo de conciencia. Quiero que Alex sea feliz.

Hilda puso los ojos en blanco y se levantó de la silla.

—Pues no lo parece —masculló, aunque lo dijo tan bajito que dudé de mis facultades auditivas—. ¿Ni siquiera se te ha pasado por la cabeza la idea de mudarte tú a California? Piénsalo, ¿qué es lo que tienes en Nueva York, más allá del trabajo de tus sueños?

Permanecí en silencio.

Vale, admito que quizá lo había pensado un par de veces, pero siempre terminaba desechando la idea e intentando encontrar algo que me entretuviese el tiempo suficiente como para que me olvidase de que existía esa posibilidad. Porque, en esencia, esa posibilidad que Hilda planteaba, significaba tirar por la borda todo lo que tanto me había esforzado en conseguir. Y no era solo eso lo que más me aterraba en sí, lo que verdaderamente me daba un miedo de muerte era que, después de romper con mi actual vida, las cosas no funcionasen con Alex por segunda vez consecutiva. ¿Qué ocurriría si eso pasaba? Pues que no me quedaría nada,

absolutamente nada. Al menos, ahora podía aferrarme a mi trabajo; era en realidad lo único que tenía.

—De-debería... irme ya —tartamudeé, confusa—. Todavía no he hecho las maletas y tengo que devolver el coche de alquiler así que... — aparté la mirada de ella, era lo más fácil—. Supongo que gracias por todo —concluí, antes de salir de allí a toda prisa, casi tropezando con los escalones del porche.

Tras discutir con el dependiente de la tienda de alquiler de coches, ya que quería cobrarme un extra por una supuesta rozadura en la zona del maletero que yo no había hecho, regresé al bungaló.

En cuanto entré, me lancé a los brazos de Elisa. Creo que en realidad no solo yo necesitaba ese abrazo, sino también ella. No dijo nada, no me presionó ni me preguntó dónde había pasado la noche —aunque tampoco era un misterio, vaya—, por el contrario, con toda la calma del mundo, comenzamos a ordenar el apartamento y, más tarde, a sacar la ropa de los armarios, doblarla e introducirla en las maletas.

Cuando quise darme cuenta, faltaba una hora y media para que el avión despegase y nuestras maletas —unas doscientas, aproximadamente —, estaban perfectamente alineadas frente a la puerta de salida.

—El taxi se está retrasando —protestó Elisa, tras emitir un largo suspiro—. Como pase un minuto más, les caerá una denuncia a la empresa, ¿qué demonios se han creído?

Hannah, sentada sobre el bajo alfeizar de la ventana, con la mirada puesta en el exterior, se levantó cuando divisó el taxi que estacionaba frente al bungaló.

—Ya está aquí —anunció.

Nos mantuvimos en silencio durante todo el recorrido. Pegué la cara al cristal, como si fuese una niña pequeña, y contemplé el mar que se dibujaba a mi derecha y del que cada vez nos alejábamos más.

—Vamos, tenemos que darnos prisa —nos instó Elisa en cuanto bajamos del vehículo y le pagamos el importe al taxista—. ¡Venga, venga, venga! —gritó, como si un alto cargo del ejército acabase de suplantar su identidad.

Odiaba los aeropuertos. No ya solo por el hecho de que temía sufrir un accidente aéreo, sino porque a pesar de todos los cartelitos y las flechitas de diversos colorines que indicaban la dirección que debían seguir los transeúntes, yo siempre terminaba haciéndome un lío y perdiéndome. Era

una suerte que viajase con Elisa, que lo tenía todo bajo control, dado que Hannah tampoco parecía pillarle el punto al tema de las señales.

Tras caminar a toda velocidad por el pulido suelo del aeropuerto, arrastrando las maletitas con ruedas, conseguimos encontrar nuestra cola. Todavía quedaban algunos pasajeros rezagados, pero la mayoría ya habían pasado a la zona de embarque. Cambié el peso del cuerpo de un pie al otro, nerviosa, incapaz de mantenerme quieta.

Por primera vez en mi vida, pensé que la cola iba demasiado rápida. ¿Qué prisa tenían esas azafatas a la hora de embarcar a sus clientes? Por favor, un poco de relax.

Cuando nos tocó el turno, advertí que tenía ganas de vomitar. Respiré hondo, quedándome algo rezagada tras mis amigas, hasta que llegó un momento en el que no pude evitar enfrentarme a la azafata. La chica llevaba el largo cabello rubio recogido en una estirada y perfecta coleta. Me sonrió, instantes antes de extender la mano sobre el mostrador y exigirme que le tendiese mi pasaporte.

Y vamos a ver, primera cuestión, ¿por qué tenía que darle mi pasaporte? No, no me parecía bien.

—Por favor señorita, necesito su pasaporte para que pueda embarcar —repitió por segunda vez, ante mi mutismo. La amplia sonrisa que destacaba en su rostro comenzó a tambalearse.

Tanto Elisa como Hannah se mantenían a mi lado, observándome en silencio. Detrás de nosotras, había otros tres pasajeros que esperaban pacientemente su turno. Y frente a mí, la azafata continuaba manteniendo la mano extendida. Manoseé con los dedos el pasaporte, indecisa. Ya no estaba tan segura de subir a ese avión. Mi mente sí parecía querer hacerlo, pero mi cuerpo no estaba dispuesto a cumplir órdenes y no era capaz de reaccionar.

—Emma... —me instó Elisa, apoyando una mano sobre mi hombro—. ¿Vas a subir a ese avión? No quiero presionarte, pero tienes que tomar ya una decisión.

El ceño de la azafata se frunció, produciendo que un montoncito de pequeñas arrugas apareciesen en su frente. Alcé levemente la mano donde llevaba el pasaporte, temblando, y ni siquiera era todavía consciente de lo que estaba haciendo, cuando la malévola azafata me lo arrebató con sus largos dedos, sin previo aviso.

Abrí la boca con indignación, antes de que ella pudiese hojear las

páginas de mi documentación.

—¿Qué cree que está haciendo? —grité con furia, consiguiendo así captar la atención del resto de clientes que guardaban cola—. ¡Es mi pasaporte! ¡Devuélvame!

Definitivamente, estaba completamente loca. Una fuerza sobrehumana se apoderó de mí y me lancé sobre el mostrador. Ignoré el agudo dolor en las costillas y alargué las manos hasta conseguir arrebatarme mi pasaporte a la azafata que, llegados a ese punto, parecía sentirse conmocionada. Cuando conseguí mi propósito, respiré hondo y me llevé la libretita al pecho, encantada de que volviese a estar en mis manos.

—Seguridad, tenemos un 445 en la puerta de embarque número 8 —dijo de pronto la joven de la coleta—. Repito, un 445 en la puerta 8.

¿Pero qué demonios...?

Miré a mis amigas aterrada, mientras divisaba por el rabillo del ojo cómo dos guardias de seguridad, que estaban unos metros más allá, se acercaban corriendo hacia mí, como si quisiesen derribarme o hacerme un placaje. Uno de ellos parecía un orangután. Iba a morir.

Antes de que pudiesen alcanzarme, Elisa se interpuso en su camino, acortando mi campo de visión.

—Soy su abogada —dijo, haciendo uso de un increíble tono profesional—. Aquí no ha ocurrido nada, mi clienta simplemente ha cambiado de opinión y tiene derecho a hacerlo. Esto ha sido una falsa alarma, seguro que tienen cosas mejores que hacer.

Me giré hacia la azafata, que repiqueteaba con sus dedos sobre el mostrador, atenta a lo que hablábamos, sin atender a los demás pasajeros que había en la cola, ya que también estaban entretenidos viendo el espectáculo. Hannah me sonrió, dándome ánimos.

—Necesitamos comprobar sus datos —dijo uno de los agentes de seguridad.

Di un paso al frente; estaba dispuesta a razonar con ellos.

—Escuchen, no soy una terrorista ni llevo cocaína escondida entre la ropa. Solo quiero volver a ver a Alex, por favor no me detengan, sería la segunda vez durante esta semana y creo que no podría soportarlo...

—Eso no ayuda, Emma. Cierra la boca —me exigió Elisa con semblante serio.

—¡Por favor, por favor, por favor! —supliqué como una loca, presa de la desesperación.

Elisa se giró y me arrebató el pasaporte de las manos, tendiéndoselo después a uno de los guardias de seguridad.

—Pueden comprobar sus datos. Está completamente limpia.

—Bien —el agente le echo un rápido vistazo al dichoso librito—. Esperen aquí con mi compañero, tengo que contrastar la información y, si todo está en orden, podrá marcharse.

Respiré hondo, mientras él se alejaba hacia el mostrador y le daba el pasaporte a la azafata que, rápidamente, comenzó a teclear en el ordenador. Cuando advertí que eran bastantes los transeúntes que me miraban con curiosidad, noté cómo me ardían las mejillas. Había tocado fondo.

—Así que... ¿te quedas? —me susurró Elisa sonriente.

—Supongo que sí —me limpié las manos frotándolas contra los pantalones vaqueros que vestía; no paraba de sudar, todo mi cuerpo estaba... confuso y medio atrofiado o algo así. Ni siquiera sabía cuándo había tomado esa decisión exactamente.

—¡Es genial! —Hannah me abrazó y luego miró a Elisa—. ¡Te lo dije! ¡Yo gano!

—¿Habíais apostado o algo así? —pregunté, todavía temblando.

—Sí, más o menos... —Elisa frunció el ceño, antes de sonreír tontamente—. Ya sabes que no me gusta perder pero, por una vez, me alegro de haberlo hecho. Creo que has elegido la opción correcta y no quiero ponerme sentimental pero... estoy segura de que aquí serás muy feliz.

Tragué saliva, nerviosa. No sé por qué Elisa daba por sentado tantas cosas. No estaba segura de qué ocurriría cuando saliese de ese aeropuerto. Le había dicho que no le quería. Esperaba que pudiese perdonarme... una vez más.

Tenía mucho miedo.

El agente regresó pasados unos minutos y me devolvió el pasaporte.

—Puede irse. Todo está en orden —comentó con un tono seco.

—Gracias —me lo guardé en el bolso.

Cuando me giré hacia Hannah advertí que estaba llorando. Nos abrazamos en silencio.

—Te voy a echar de menos —dijo entre sollozos. Nos separamos y ella se limpió las lágrimas con delicadeza—. Menos mal que uso maquillaje resistente al agua —añadió—. ¿Te veremos pronto, verdad?

—Claro que sí —eliminé con la mano una lagrimilla que intentaba

escapar, deslizándose por mi mejilla—. Pase lo que pase... tengo en el apartamento todas mis cosas.

—Vale —sonrió, algo más animada—. Y por favor, ten cuidado con el sol, no quiero que te salgan manchas en la piel —agregó.

—Señoritas, ¡tienen que embarcar ya! —les indicó la azafata sin demasiada simpatía.

Nos despedimos una última vez y me quedé allí hasta que ambas desaparecieron por la puerta de embarque, diciéndome adiós con las manos. Presa del pánico, cuando ya se habían ido, permanecí durante al menos cinco minutos de pie, casi sin respirar, contemplando el constante movimiento de la gente que había en aquel aeropuerto.

Me temblaban las manos cuando saqué el móvil del bolso y marqué el número de Alex.

Sí, sé que no era muy romántico.

Aunque tampoco importó, dado que no me cogió la llamada.

Suspiré hondo.

¿Y si no volvía a querer saber nada de mí? Las personas toman decisiones a todas horas y se replantean las cosas constantemente. Un día te gusta el atún y al día siguiente decides que es demencial comerte a un pobre pez que no ha hecho nada para merecer terminar en un plato. Es la esencia natural del ser humano. Había desperdiciado un sinnúmero de oportunidades durante los últimos días. Puede que fuese como un atún. Puede que Alex quisiese comerme la noche anterior, pero también existía la posibilidad de que, de pronto, ya no le pareciese lo suficientemente apetecible.

Armándome de valor, salí del aeropuerto y me subí en el primer taxi que paró. Le indiqué al conductor la dirección e intenté tranquilizarme en mi asiento, esforzándome por controlar mi respiración. Años atrás, había asistido a una clase de yoga a la que Hannah era asidua y la profesora no paraba de repetir todo el tiempo que el secreto estaba en relajación de los músculos del cuerpo. Cuando conseguías tener ese poder sobre ti misma, los planetas se alineaban, retenías la energía positiva y tu vida se tornaba maravillosa. Recuerdo que ese día me pareció una estupidez, razón por la cual nunca había repetido la experiencia, pero mientras nos dirigíamos hacia la playa donde Alex trabajaba, estaba tan desesperada que era capaz de aferrarme a cualquier cosa, incluidas todas las religiones del planeta Tierra.

Veinte minutos más tarde, el taxi estacionó en doble fila. Contemplé el mar que se extendía a lo lejos y las tablas de surf que se movían entre las olas.

—Señorita, hemos llegado —indicó el hombre.

Bien, eso lo sabía. El problema era que no estaba segura de si era capaz de mover las piernas y salir del vehículo. Puede que tuviese que llamar a la grúa, porque me había quedado anclada en el asiento trasero, como si una fuerza sobrenatural me retuviese allí.

Tan solo nos separaban unos metros...

Y aunque estaba convencida de que apenas existía un 1% de posibilidades de que me perdonase, estaba dispuesta a correr el riesgo.

Finalmente pagué el importe al taxista y logré salir del coche. La brisa del mar me sacudió el cabello, despeinándome. Llevaba dos maletas con ruedas y un pequeño bolsito de mano, pero no me importó cuando comencé a caminar hacia la playa. Fue como si acabase de transformarme en *Hulk* porque, ciertamente, no sé cómo conseguí arrastrar el enorme equipaje por la arena. La gente que estaba tomando el sol, me miraba como si fuese una loca psicópata y estuviese a punto de lanzarme sobre sus toallas de playa para robarles los bocadillos de la merienda. Llevaba puestas unas gafas de sol y esperaba que eso fuese suficiente como para que no pudiesen reconocerme en un futuro.

Distinguí el cabello negro de Alex a lo lejos, en el agua, junto a una tabla de surf a la que intentaba subirse un chico joven. Verle al fin, me dio ánimos para continuar e ignorar las miradas curiosas pero, cuando los brazos comenzaron a temblarme a causa del esfuerzo, tuve que dejar las maletas tiradas sobre la arena de la playa. Suspiré hondo, sin dejar de observarle. Si conseguía que se girase y me viese, podría llamar la atención alzando los brazos en alto o saltando sin parar... pero no, no se giraba; estaba sumamente concentrado dándole clases a ese chico.

Chasqué los dedos frente a una familia que descansaba bajo una enorme sombrilla. La niña pequeña, que llevaba dos trenzas, pareció asustarse. El padre me miró hosco.

—Tengo que ir al agua... —dije—. ¿Les... les importaría vigilar mis cosas un momentito de nada? —pregunté, señalándoles mis maletas apiladas sobre arena, a unos metros de distancia.

—Sí, no se preocupe —respondió él.

Les sonreí. Me quité las sandalias y, acto seguido, comencé a correr

hacia el agua, a pesar de que iba vestida con unos pantalones vaqueros largos y una blusa. Tampoco tenía otra opción, más allá de quedarme en ropa interior.

—¡Alex! —grité su nombre, aterrada cuando comencé a notar que el agua me cubría hasta las rodillas.

¿Y si el peso de la ropa empapada provocaba que me ahogase?

—¡Alex! ¡Estoy aquí! —chillé desesperada, sin dejar de avanzar hacia las profundidades del mar.

¿Por qué no me miraba? Casi todos los demás bañistas sí lo hacían e incluso, algunos, se apartaban rápidamente de mi camino. En medio del caos, distinguí a una madre que le tapaba los ojos a su hijo y lo cogía en brazos, sacándolo después a toda velocidad del agua, como si les persiguiese un tiburón blanco. Había dejado las gafas de sol en la arena, junto a las maletas, así que si finalmente conseguía que Alex me perdonase, nuestros vecinos siempre me reconocerían como la demente que se metió en el agua completamente vestida. ¿Pero sabéis qué? Me daba igual si él estaba a mi lado. Quizá incluso me hiciese famosa y los platós de televisión se rifasen hacerme una entrevista. Y yo las denegaría todas, por supuesto, a lo *Grace Kelly*, con elegancia y serenidad y...

—¡Alex! ¡ALEX! —el agua me llegaba casi por el cuello y estaba a punto de rendirme y dejarme llevar por la corriente cuando, milagrosamente, oyó mi voz y se giró.

Entonces, fue como si lo viese todo a cámara lenta. Él con gesto de asombro, instantes antes de recomponerse y soltar la tabla de surf que sostenía en las manos. Y después al Alex sonriente que tan bien conocía, mientras avanzaba hacia mí a toda velocidad, sumergiéndose entre las olas y extendiendo los brazos a ambos lados, impulsándose en el agua.

Se quedó quieto cuando llegó hasta mí, manteniéndose a unos centímetros de distancia, sin llegar a tocarme. Nos miramos en silencio, bajo el débil sol de la tarde. Mis ojos recorrieron su rostro, deteniéndose en los rojizos labios y la definida curvatura de su mandíbula, ascendiendo después hasta sus ojos azules, enmarcados por las espesas pestañas negras, de las que pendían pequeñas gotitas de agua. La nuez su cuello se sacudió ligeramente cuando tragó saliva.

—No te has ido —dijo, recalcando lo evidente.

—No —negué con la cabeza, para enfatizar más, por si todavía albergaba dudas de que realmente estuviese allí, frente a él.

—Y no vas a irte —insistió, aunque no llegó a ser una pregunta.

—No.

—Te quedas conmigo.

—Sí.

Sonrió y unos atractivos hoyuelos se formaron en sus mejillas.

—Entonces, me quieres.

—Sí.

Era una maquina rota, tan solo capaz de pronunciar monosílabos. No estaba segura de que pudiese volver a formar palabras esdrújulas nunca más.

—No vuelvas a mentirme en algo así...

Negué con la cabeza. Definitivamente, ya había perdido la capacidad para hablar. Era totalmente muda. Aunque tampoco hubiese podido decir nada más, porque un segundo después los labios de Alex estaban sobre los míos y nuestras lenguas se entrelazaban ansiosas. Le rodeé con los brazos el cuello y sus manos se pasearon por mi cuerpo, palpando la ropa empapada. Dejó de besarme cuando comenzó a reír. Me miró, con una sonrisa ladeada y los ojos entrecerrados.

—¿Te has metido en el agua completamente vestida?

Era bastante humillante, pero después de todo lo que había conseguido... carecía de importancia. De hecho, probablemente fuese una buena anécdota que contar en el futuro a nuestros hijos o... a nuestros nietos o bisnietos. Sí, vale, empezaba a divagar.

Correspondí su sonrisa.

—Completamente, a excepción de las sandalias, que han conseguido salvarse.

Y entonces volvió a besarme y, después, ambos comenzamos a reírnos a carcajadas.

EPÍLOGO

(Un año después)

Casarse en la playa tiene sus ventajas.

En primer lugar, no tienes que preocuparte por el vestido de novia que llevarás porque, a fin de cuentas, sabes que terminará empapado, sucio y lleno de arena y que, por mucho que quieras, no podrás dárselo a tu futura hija cuando llegue el momento de su boda. A no ser, que quieras que tu hija se case vestida como una pordiosera. Así que, teniendo en cuenta que no esperaba ser una mala madre, elegí un vestido playero que encontré por casualidad en un mercadillo (adoro los puestos de venta ambulante), bastante corto (para amortizar mi nuevo bronceado) y con un escote considerable (a petición de Alex).

En segundo lugar, no hace falta que lleves tacones. Bueno, no es que no haga falta, es que literalmente no puedes. ¿Qué mujer consigue caminar por la arena con diez centímetros de tacón? Ninguna, ni siquiera *Catwoman*; es totalmente imposible. Así que mis pies podían descansar plácidamente sobre la cálida arena y, como punto extra, todos los invitados podían ver mi nueva manicura de color rosa.

Sonreí, mientras sostenía en las manos un pequeño ramo de diversas flores silvestres de color rosa (a juego con la manicura, obviamente), y me perdí en los ojos de Alex que, aquel día, eran de un azul cristalino, como el mar que se extendía apenas unos metros más allá de donde nos encontrábamos.

El cura se había hecho un lío, buscando un libro de no sé qué tontería que, al parecer, necesitaba para poder casarnos. A mí me daba un poco igual, todo sea dicho, porque Alex estaba frente a mí, mirándome también con una sonrisa, y eso me parecía más que suficiente. Ah, bueno, y puede que también influyesen los tres chupitos de tequila que una hora antes me había tomado con Elisa y Hannah, mientras ambas me ayudaban a pintarme las uñas de los pies.

—Tan solo necesito un momentito... —nos dijo el cura, agachado frente al altar blanco desmontable que habíamos colocado sobre la arena—. No se impacienten...

Reí tontamente, dando un pasito atrás en la arena. Alex me cogió la mano derecha, se inclinó y deslizó su lengua por ella, probablemente saboreando los restos de sal y limón.

—Tequila —sonrió travieso y yo me esforcé por no reír—. Has sido una chica muy mala. Tendremos que solucionarlo más tarde...

Uhm... no sonaba nada mal. Miré al cura, ahora me corría un poco más de prisa, porque cuanto antes terminásemos con esa boda, antes podríamos marcharnos para que fuese castigada por Alex. Tenía que redimir mis pecados, por supuesto.

—La culpa la tiene Elisa —le susurré—. Fue idea suya.

—No sé por qué no me sorprende...

Alex se giró, buscando a mi amiga con la mirada y yo también lo hice, observando con cierto nerviosismo a nuestros invitados, que parecían impacientes, a la espera de que diese comienzo la ceremonia. No eran demasiadas personas, en realidad apenas veinte. Los chicos que Alex tenía a su cargo en la empresa de surf, Amy y Tom (socios de la pequeña agencia editorial que había abierto en California siete meses atrás), Hilda (nuestra psicóloga preferida), mi hermano y su novia, Hannah, Elisa y nuestros padres, a los cuales les faltó poco para sufrir un infarto cuando se enteraron de que volvíamos a estar juntos.

De hecho, al principio, la madre de Alex amenazó con quitarle del testamento tras averiguar lo que había ocurrido y estuvieron unas semanas sin hablarse pero, finalmente, llamó entre lágrimas para disculparse. Desde entonces, casi parece que me quiera. En ocasiones, incluso me lanza algún cumplido, aunque el día de la boda no fue el caso, porque lo único que hizo cuando se enteró de que llevaría un vestido cualquiera e iría descalza, fue arrugar la nariz como si frente a ella hubiese una tonelada de estiércol.

Pero no pasa nada, sin rencores, porque debemos desprendernos de la energía negativa, (eso es lo que dice mi nueva profesora de yoga). Y sí, aunque parezca increíble, asisto dos veces a la semana (casi) sin excepción. Ahora soy todo filosofía zen y tengo un aura limpia y pura y... ¿Cuándo iba a empezar esa dichosa boda?

Miré al cura, que abría un grueso libro sobre el atril.

—Ejem —carraspeó, aclarándose la garganta, llevándose una mano a los agrietados labios—. Me enorgullece dar comienzo a la ceremonia en la que, nuestros queridos Alex y Emma, quedarán unidos en santo matrimonio.

¡Por fin!

A partir de ahí, el hombre comenzó a musitar un montón de cosas que ni entendí ni me molesté en escuchar, perdí el hilo a los dos minutos,

probablemente porque estaba embobada mirando a Alex que, por cierto, no podía estar más guapo, vestido con esa desenfadada camisa blanca que contrastaba con sus ojos azules y le daba un aire tan bohemio y seductor que...

—¿Acepta a Emma Sowerd como legítima esposa?

Alex sonrió y me cogió de la mano, presionando sus cálidos dedos contra los míos.

—Sí, acepto.

Creo que podía escuchar el latir de su corazón, a pesar del ruido que producían las olas del mar.

—Y tú, Emma Sowerd, ¿aceptas a Alex Harton como tu legítimo esposo?

Fue como si tan solo estuviésemos nosotros en aquel lugar. De pronto, todo el mundo, incluidos los invitados y el cura, desaparecieron de mi vista. Solo tenía ojos para Alex. Sonreí.

—Sí, acepto.

FIN.

Table of Contents

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[11](#)
[12](#)